

5390

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LOS HÉROES DEL BRUCH

Drama histórico de espectáculo

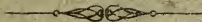
EN SEIS ACTOS, DIVIDIDOS EN SIETE CUADROS

ORIGINAL DE

ALFREDO MORENO GIL

DECORADO POR

D. FRANCISCO SOLER Y ROVIROSA



MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.º

— 1 —
1893



LOS HEROES DEL BRUCH

2570947

LOS HÉROES DEL BRUCH

Drama historico de espectáculo

EN SEIS ACTOS, DIVIDIDOS EN SIETE CUADROS.

ORIGINAL DE

ALFREDO MORENO GIL

DECORADO POR

D. FRANCISCO SOLER Y ROVIROSA

Representado con extraordinario éxito en el TEATRO DE NOVEDADES
de Barcelona el día 1 de Abril de 1893.



MADRID
IMPRESA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

—
1893

TÍTULOS DE LOS ACTOS Y CUADROS

ACTO PRIMERO.....	La despedida.
ACTO SEGUNDO.....	El proscrito.
ACTO TERCERO.....	La cueva de Salmitra.
ACTO CUARTO.....	El prisionero.
ACTO QUINTO.....	Un consejo de guerra.
ACTO SEXTO..	{ Cuadro 1.º.. El reo en capilla.
	{ Cuadro 2.º.. ¡Viva España!

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SEÑOR
DON PEDRO PASCUAL

A nadie mejor que á usted debo dedicar la presente obra, siendo, como es, hijo del Bruch y descendiente de uno de los héroes que enaltecieron las páginas de nuestra historia con el glorioso hecho de armas que, EN LOS PINARES DE SU PROPIA CASA, tuvo lugar el día 6 de Junio de 1808.

Hay, además, otra causa no menos poderosa para mí, que me obliga más y más á ofrecer á usted estas improvisadas escenas. Comprometido por la Empresa del teatro de Novedades, de Barcelona, á escribir esta obra en el corto espacio de tiempo de catorce días, se me presentó usted espontáneamente y con el mayor entusiasmo á facilitarme cuantos datos pudiera necesitar para llevar á cabo mi empeño.

Su generoso y patriótico ofrecimiento me franqueó el camino, y tan llano le encontré que, después de la larga entrevista que tuvimos con este objeto, la obra quedó planeada aquel mismo día.

Al consignarlo así, estampando su nombre al frente de ella, cumplo, no sólo un deber de amistad, sino de justa compensación, compartiendo con usted los aplausos con que el público la ha recibido, por más que éstos, en su mayor parte, sean debidos á su patriótico entusiasmo, como igualmente á la inteligente dirección escénica de D. Antonio Tutau, á la creación que del papel de Teresa ha hecho la inspirada actriz Carlota de Mena, al acierto con que han desempeñado sus papeles todos los demás artistas y á las decoraciones del eminente pintor escenógrafo D. Francisco Soler y Roviroa.

A todos mi gratitud y amistad; á todos mi cariñoso reconocimiento.

EL AUTOR.

PERSONAJES

ACTORES

TERESA	DOÑA	CARLOTA DE MENA.
ELVIRA.....	»	CONCEPCIÓN FERRER.
ROSA.....	»	CONCEPCIÓN GALCERÁN.
SEÑORA ANDREA.....	»	ELVIRA MORERA.
ÁNGELA.....	»	JULIA RIERA.
SEÑORA CATALINA (no ha- bla).....	»	N. N.
MARGARITA (niña de 4 años)	»	N. N.
FEDERICO (niño de 6 idem).	»	N. N.
JORGE.....	DON	FEDERICO G. PARREÑO.
ALBERTO.....	»	ENRIQUE GUITART.
FR. CLEMENTE.....	»	JUAN OLIVA.
DANIEL.....	»	JÁIME VIRGLI.
SEÑOR PEDRO.....	»	VICENTE DAROQUI.
EL MANSUETO.....	»	MIGUEL PIGRAU.
SARGENTO MORTIER (fran- cés).....	»	ANTONIO TUTAU.
TROPEZONES.....	»	RICARDO ESTEVE.
Mr. RENARD (Coronel fran- cés).....	»	JOAQUÍN MONTERO.
JÁIME.....	»	LUIS MUNS.
JULIÁN.....	»	LEÓN ODENA.
UN OFICIAL FRANCÉS....	»	CARLOS DELHOM.
OTRO SARGENTO.....	»	HERMENEGILDO OLIVAR.
FR. CRISÓSTOMO.....		

Aldeanas, Aldeanos, Voluntarios catalanes, Oficiales y Soldados franceses, Pobres impedidos, Ancianos, Mujeres, Niños, Músicos, etc., etc.

La acción pasa en Martorell y en el Bruch, del 4 al 6 de Junio de 1808.

DERECHA E IZQUIERDA, LAS DEL ACTOR

ACTO PRIMERO

LA DESPEDIDA

Plaza en un extremo de la ciudad de Martorell. A la derecha, en primer término, varios árboles que marcan la entrada de la carretera; en segundo y tercer término, la fachada de un convento con puerta grande y escalinata de piedra: al lado una imagen de la Virgen, con un farolillo apagado, pendiente de una cuerda: en segundo término, y por consiguiente delante del ángulo de esta fachada, un árbol grande. A la izquierda, en primer término y ocupando la tercera parte de la escena, el interior de una sala baja en casa del señor Pedro. Puerta al fondo que da á la calle por detrás de la casa; otra puerta á la izquierda, que comunica con las demás habitaciones de la casa, y reja á la derecha que da á la plaza: mesa y sillas de paja decoran esta modesta habitación; en la pared de la izquierda, entre esta puerta y la del fondo, una mesa con floreros y una urna con un Niño Jesús. En el centro de la plaza, en primer término, una cruz de piedra sobre una grada. La acción empieza al anochecer.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecen en el fondo derecha varios **POBRES IMPEDIDOS, ANCIANOS, MUJERES y NIÑOS** al pié de la escalinata del convento, por donde baja **FRAY CRISÓSTOMO** con una olla de rancho y un cucharón de madera; detrás sale **FRAY CLEMENTE** con otro gran cucharón en la mano: un momento después aparece **PEDRO** por la puerta de la izquierda de la habitación que está á este lado: abre la puerta del fondo y sale á la plaza, donde se reúne al pié de la reja con **JÁIME y JULIÁN**, que han aparecido al mismo tiempo por el primer término de la derecha: después el **SARGENTO MORFIER y SOLDADOS FRANCESES**, por el foro de la derecha.

F. CLEM. (Destapando la olla, después de hacer que se coloquen los pobres en dos filas.) *Benedicite*... (El hermano Crisóstomo mueve con el cucharón el rancho de la olla y empieza á repartirle á los pobres, que traerán cada uno un puchero, cazuela, etc.)

TODOS. ¡A mí, á mí!

F. CLEM. (Amenazándoles con el cucharón.) ¡Eh, al orden el gallinero! ¡Si rompéis filas, tapo la *bazofia*! ¡Hermano Crisóstomo, reparta con equidad, y si alguno se desmanda... cucharonazo en la mollera! (El hermano Crisóstomo sigue repartiendo el rancho. En este momento aparece por el fondo de la derecha el Sargento Mortier y varios Soldados franceses, observando con atención.) (Huy!... ¡la patrulla de esos condenados!) ¡Hermano Sargento!... (Llamándole con tono un poco gangoso.)

SARG. (Volviéndose.) ¡Eh!...

F. CLEM. Si quiere probar la gracia del convento... (Ofreciéndole rancho con el cucharón.)

SARG. Gracias, padre...

F. CLEM. ¡No, padre, no! ¡todavía no he llegado á tanto! ¡hermano lego nada más!

SARG. Gracias, hermano lego. (Retirándose con la patrulla por el foro de la izquierda.)

F. CLEM. No hay de qué. (Bendiciéndoles con el cucharón.) *In nomine Patri et Filii*... (Volviéndose.) (¡y de todos los demonios que carguen con vosotros!) (Se acerca á ayudar al hermano Crisóstomo, que sigue repartiendo el rancho: procúrese que en este cuadro haya siempre movimiento y animación.)

PEDRO. (A Julián y á Jáime en voz baja, en primer término de la izquierda.) ¿De dónde venís?

JULIAN. Del Bruch.

PEDRO. ¿Y Jorge?

JAIME. (Con mucho misterio.) Allá quedó con nuestro antiguo amo don Alberto.

PEDRO. (Con temerosa precaución.) ¡Silencio! Ya sabéis que ese nombre debe estar grabado en nuestro corazón, pero no debe salir de nuestros labios; la menor imprudencia por parte nuestra podría costarle la vida.

JAIME. ¡Para defenderla estaremos nosotros á su lado!

PEDRO. Lo sé, hijos míos, que todo eso y más merece ese valiente joven. Muchos años he sido también obrero como vosotros en su gran fábrica de hilados en Manresa, y bien sabéis que en él hallamos siempre, más

que un amo, un generoso protector y un cariñoso hermano.

JULIAN. Es verdad.

PEDRO. Pues bien; ingratos y traidores á nuestra patria seríamos si olvidar pudiéramos hoy, no sólo sus beneficios, sino la santa causa que defiende, que es la nuestra: demasiado sabéis que por ella ha sacrificado, sin vacilar, su libertad y su fortuna.

JAIME. Es cierto, señor Pedro: ¡catalanes como él honran á España!

PEDRO. ¡Bien puedes decirlo, Jáime! —pero no es esta la ocasión de pregonar sus hechos, sino de ampararle y defenderle del peligro que por todas partes le rodea: ¡no olvidéis que en el consejo de guerra que los franceses celebraron el mes pasado en Barcelona, fué declarado proscrito, y, por lo tanto, está sentenciado á muerte! ¡Maldito una y mil veces el que, aun para defender su propia vida, fuera capaz de venderle!

JAIME. ¡No hay cuidado, señor Pedro: mientras esté con nosotros en la montaña, difícil es que las avanzadas francesas que recorren el país puedan dar con él!
(Siguen hablando.)

F. CLEM. ¡Eh!... ¡abuela!... ¡que ya lleváis dos raciones! ¡Hermano Crisóstomo, ojo á los pucheros!—¡Al que le coja otra vez *infraganti*, le impongo cuatro días de ayuno por glotón!

PEDRO. (Bajo á Jáime y Julián, siguiendo su conversación.) ¿Sabéis si Jorge ha convocado hoy en el Bruch á los montañeses?

JAIME. Sí señor: á las doce nos reunimos con él en el barranco del torrente, y todos juramos, por la Virgen de Montserrat, defender al proscrito, ocultándole, si es preciso, dentro de nuestros propios hogares, aun á riesgo de perder nuestra vida.

PEDRO. ¿Es decir que ya saben también allí el bando que se ha publicado?

JAIME. Sí señor; que el que oculte ó dé hospitalidad á un proscrito será sometido á un Consejo de guerra sin distinción de sexo ni edad.

JULIAN. ¡Que es lo mismo que decir que le pegarán á uno cuatro tiros!

- PEDRO. ¿Y por lo visto no os arredra ese bárbaro pregón?
- JAIME. ¡Señor Pedro!... ¡á los montañeses del Bruch no les arredra más que ser traidores ó cobardes!
- PEDRO. (Estrechándoles las manos.) ¡Bien, hijos míos! reservad vuestro valor para cuando el deber os llame; y ahora... procedamos con la prudencia que las circunstancias aconsejan.—Ya sabéis que esta tarde han entrado las avanzadas de la división del general Schwartz: esta noche aún podemos transitar por las calles; pero mañana, cuando entren las tropas en la ciudad, tal vez no tengamos libertad ni aun para asomarnos á las puertas de nuestras casas.
- JAIME. Es verdad.
- PEDRO. (Con mucho misterio.) Ahora... escuchadme: según noticias que esta tarde me ha mandado Jorge, estará ya á estas horas don Alberto en ese convento, y esta noche... pasará aquí á mi casa. (Señalando la de la izquierda.)
- JAIME. ¿Aquí?...
- PEDRO. Sí: antes de internarse en las montañas del Bruch, para reunirse después con los voluntarios de Igualada y Manresa, quiere despedirse de su mujer y de sus hijos.
- JAIME. ¡Es natural!
- PEDRO. Esta noche aún puede intentarse; mañana sería ya una loca temeridad.
- JULIAN. ¡Es cierto! (Émplezan á retirarse los pobres.)
- PEDRO. Para evitar toda sorpresa y para que, en caso necesario, tuviera tiempo de volver á ocultarse en el convento y huir por el huerto, que por ese lado da ya al campo, (Señalando á la derecha.) es preciso que todos estemos prevenidos y que vigilemos la entrada de estas calles, por si acaso volviese alguna patrulla hacia esta plaza: tú, Julián, por allí; (Señalando el foro de la derecha, por detrás del convento.) y tú, Jáime, por este otro lado. (Señalando el foro de la izquierda.) La hora se acerca y no debemos perder ni un momento: id, amigos míos, id pronto á vuestros puestos.
- JAIME. ¡No olvidaremos la consigna! ¡Vamos! (A Julián.)
- JULIAN. ¡Vamos! (Vase Jáime por la izquierda y Julián por la derecha.)
- F. CLEM. (Tapando la olla y despidiendo á los pocos pobres que quedan

ya y que se retiran por ambos lados de la escena.) *Caldero - run vaciorum, per sæcula sæculorum.*

F. CRIS. ¡Amén!

F. CLEM. Entre el caldero, hermano Crisóstomo, y que nunca falte... para nosotros, y después para el prójimo, la gracia del Señor.

F. CRIS. ¡Amén! (Recoge la olla y los cucharones y se va por la puerta del convento.)

ESCENA II

PEDRO y FRAY CLEMENTE

F. CLEM. (Acercándose al señor Pedro con exageradas precauciones, temeroso de que alguno pueda oírles.) ¡La paz del Señor sea con nosotros! *Pax domini... nobiscum.* (Variando de repente de entonación.) ¿Cuándo se arma la gorda, señor Pedro? (En voz baja pero con acento expresivo.)

PEDRO. ¡Pronto, hermano Clemente; pero hay que andar con piés de plomo!

F. CLEM. Sí, ¿eh?

PEDRO. Los temores del padre Guardián eran fundados: Daniel el judío está vendido á los franceses.

F. CLEM. ¡Hum!... ¡Ya me lo temía yo también, sin ser Padre! ¡*Dominus confundat expiorum infernorum!*

PEDRO. Y es tanto más de temer, siendo enemigo mortal de don Alberto.

F. CLEM. ¡Algo ha llegado también de eso á mis oídos! Aunque alejado en el fondo de mi celda de las pasiones mundanas, *liberanus Dominé*, no ignoro que antes de casarse don Alberto con su... *hermosísima* mujer... (Márcándolo mucho.) ¡Ah! *fúgite tentationem*, (Santiguándose.) la pretendió inútilmente ese Daniel á quien todos llaman el judío.

PEDRO. Es cierto, hermano Clemente; ese hombre hace ya muchos años que vino á establecerse á Martorell, pero nadie sabe todavía de dónde es, ni qué le trajo aquí; lo que sí sabemos todos, por desgracia, es que medido siempre en negocios no muy claros y con la usura por divisa, ha llegado á reunir un buen capital, con el que sin duda contaba para casarse con doña Elvira.

- F. CLEM. Pero como ella dijo *nequaquam* y se casó con don Alberto...
- PEDRO. Por eso le ha perseguido siempre con tanta saña; y excuso decir á usted lo que intentará hacer ahora contra él, siendo como es uno de los espías más terribles de los franceses.
- F. CLEM. Las pasiones mujeriegas, como dice el padre Ceferino, son como la langosta, que todo lo devora.
- PEDRO. Como es rico, creyó sin duda que ella accedería á sus pretensiones amorosas, pero se engañó. ¡Esos infames usureros creen que todo se compra con el dinero!
- F. CLEM. *Pecunia... anima usurorum.*
- PEDRO. ¡Dios me perdone!... pero no sé lo que entre Daniel y yo pasaría si alguna vez nos encontrásemos solos los dos en la montaña.
- F. CLEM. ¡Huyamos!... ¡huyamos de la tentación, señor Pedro, y si alguna vez tropezásemos con él en lo alto de aquellos riscos... ¡rif!... ¡hasta el valle de Josafat! (Marcando la acción de arrojarle al fondo.)
- PEDRO. ¡Justo! ¡la mala yerba se corta!
- F. CLEM. ¡Ó se arranca, que es mejor!
- PEDRO. Però á todo esto, aún no sé si ha llegado don Alberto al convento.
- F. CLEM. ¡Chist!... (Con misterio.) ¡Desde el anochecer está en la celda del padre Guardián!
- PEDRO. ¿Y sabe también el hermano Clemente si han mandado muchas armas al Bruch?
- F. CLEM. ¡Uf!... (Dándolo mucha importancia.) ¡Entre escopetas y trabucos, más de ciento!
- PEDRO. ¡Bien! (Con satisfacción.)
- F. CLEM. Mucho trabajo nos ha costado reunir el armamento que tenemos y bien puede asegurarse que uno de los mejores depósitos es el de nuestro convento.
- PEDRO. ¿Y esas armas?...
- F. CLEM. Estarán ya en poder del *Mansueto*, en la cueva de *Salmitra*.
- PEDRO. ¡Oh! ¡Ya sabe el padre Guardián lo que hace! ¡En buenas manos han caído y en buen sitio! ¡Lo que es de allí no las sacarán tan fácilmente!
- F. CLEM. ¿Pero es cierto lo que cuentan de ese hombre?
- PEDRO. Tan cierto, que todo lo que de él se diga será siempre poco.

F. CLEM. ¿Si quisierais, así de paso, referirme su historia?

PEDRO. ¿Y por qué no? (1) El *Mansueto* es un armero de Collbató que tiene á su cargo las armas de los somatenes de Igualada y Manresa y de los pueblos vecinos. Amante de su país, como el primero, no puede soportar que ningún *gabacho* intente siquiera dominar un pico de las montañas del Bruch, y como además es un cazador incansable y uno de los mejores tiradores del país, no hay francés que pase á tiro de su escopeta que no quedé en el sitio.

F. CLEM. ¿Es decir, que la cuenta de los que lleva ya despachados será larga?

PEDRO. ¡Tan larga, que parece ya un rosario!

F. CLEM. ¡Buen patriota! ¡Adelante con el rosario!

PEDRO. La persecución que con este motivo le hacían las avanzadas y partidas francesas que pasaban por allí, le obligaron á refugiarse en la cueva de *Salmitra*.

F. CLEM. ¡Oh!... ¡la cueva de *Salmitra*! ¡una maravilla de la naturaleza! ¡la conozco mucho!

PEDRO. Pues bien; allí trasladó su fragua y allí trabaja hoy, en la seguridad de que no hay francés que, á no recibir órdenes superiores, se atreva á acercarse á esa cueva, ni á quinientos pasos de distancia.

F. CLEM. ¿Y no han intentado sorprenderle dentro de ella?

PEDRO. Varias veces, pero inútilmente: esa cueva, que es inmensa y de una gran elevación, tiene en el techo la entrada de una gruta que está encima y que comunica con otras muchas que se extienden por el interior de la montaña: un laberinto completo, en donde los más conocedores del país se pierden con la mayor facilidad.

F. CLEM. ¿Pero él habitará?...

PEDRO. Abajo... y arriba.

F. CLEM. ¡Eh!

PEDRO. Abajo tiene su fragua y arriba su lecho y su palacio encantado, como él dice, donde guarda las alhajas que le han entregado los montañeses, y sobre todo su depósito de armas y municiones.

F. CLEM. ¿Pero cómo trepa á esa altura desde abajo?

PEDRO. Muy fácilmente. (Marcándolo mucho.) Sujeta á la embo-

(1) Histórico.

cadura de la cueva del techo está una escala de cáñamo de más de cincuenta piés de altura y por ella sube y baja con la mayor agilidad: cuando ve venir por la montaña alguna partida de franceses en su persecución, les espera á pié firme en la entrada de la cueva, disparando sus armas contra ellos, y cuando ya están á la distancia que él tiene marcada salta dentro, sube por la escala y después la recoge, dejando burlados á los de abajo, que tienen que salir de allí precipitadamente para evitar el fuego que les hace desde arriba.

F. CLEM. ¡Oh!... ¡Valiente!... ¡valiente patriota! ¡*Honorati Mansueti per tempora tempororum!* Y basta de palique, que ya va anocheciendo y hay que cerrar las puertas del convento. Después por el postiguillo avisaré á usted si ocurriese alguna novedad. (Marchándose.)

PEDRO. Una palabra, hermano Clemente.

F. CLEM. (Volviendo.) Una, y no más; que el padre Guardián, con las cosas que están pasando, tiene el humor más negro que la sotana del padre Cleto.

PEDRO Si se levantase en Martorell el somatén, ¿sería capaz el hermano Clemente?...

F. CLEM. (Con entusiasmo.) ¿De qué? ¡de empuñar un fusill... dudarle tan sólo sería ofenderme, señor Pedro. ¡Francisitos á mí!... ¡huum!... (Volviéndose.) ¡Y no digo más porque me espera la colación!

F. CRIS. (Apareciendo en la puerta del convento con un gran manojo de llaves.) ¡Hermano Clemente!...

F. CLEM. ¡Volando, hermano Crisóstomo! (Se recoge un poco los hábitos y se va corriendo por la puerta, que cierra el hermano Crisóstomo, después de colocar un farolillo encendido en la imagen de la Virgen que está en la fachada del convento.)

ESCENA III

PEDRO; después ROSA, por la puerta de la izquierda de la casa.

PEDRO. (Acercándose por fuera á la reja y llamando hacia el interior.) ¡Rosa... Rosa! ¡No responde! ¿Se habrá dormido esa chica? (Volviendo á llamarla.) ¡Rosa!...

- ROSA. (Saliendo y acercándose por dentro á la reja.) ¿Llamaba usted, señor Pedro?
- PEDRO. (Bajando más la voz.) ¿No ha venido todavía la señora de don Alberto con los niños?
- ROSA. No señor.
- PEDRO. Ya no debe tardar; abre la puerta falsa de la callejuela, y espéralos allí.
- ROSA. Bien, señor.
- PEDRO. Y en cuanto lleguen acompañalos á la sala de arriba, que yo iré á avisarlos cuando deban bajar aquí.
- ROSA. Voy en seguida. (Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV

PEDRO ; TERESA , que aparecerá por el primer término de la derecha, muy fatigada.

- TER. (Saliendo.) ¡Gracias á Dios que he llegado! ¡No puedo más! (Apoyándose en el árbol.)
- PEDRO. (Volviéndose desde la reja y fijándose en ella.) ¡Qué veo! ¡Teresa! ¿Tú por aquí? (Acercándose.)
- TER. ¿Qué le extraña á usted, señor Pedro? ¿Acaso podría yo esta noche estar en otra parte?
- PEDRO. Tienes razón.
- TER. La caminata ha sido regular; en menos de cuatro horas he venido desde el Bruch.
- PEDRO. (Sosteniéndola.) Ven, siéntate aquí, y reposa un momento.
- TER. (Sentándose en la grada de la cruz.) Bien lo necesito: no podía ya dar ni un paso. (Reanimándose.) Pero eso nada importa; el caso es que ya estoy aquí.
- PEDRO. ¿Ocurre alguna novedad? (Acercándose.)
- TER. Ninguna: Alberto y Jorge están ya en el convento. (Bajando más la voz.)
- PEDRO. ¿Jorge también?
- TER. Sí; ya sabe usted que desde que Alberto vino huyendo de Barcelona no se separa de su lado.
- PEDRO. ¿Pero tú?...
- TER. Yo tampoco debo abandonarle, y ahora menos que nunca: su venida esta noche á Martorell es demasiado expuesta para que yo hubiese podido permanecer tranquila en la masía.

- PEDRO. Es tan natural su deseo de abrazar á su mujer y á sus hijos, y de despedirse de ellos...
- TER. No lo niego, y yo hubiera hecho lo mismo; pero eso no quita que el peligro exista, y allí donde su vida esté amenazada, allí estaré yo siempre á su lado, aun á riesgo de perder la mía.
- PEDRO. No necesitas esforzarte mucho para probarlo, después de lo que hiciste por él en Barcelona para salvarle.
- TER. Hice... lo que debía hacer, señor Pedro; y si grande fué la exposición que arrostré, mayor ha sido la satisfacción que después he tenido al verle libre. (Levantándose.) ¿A qué hora vendrá á casa de usted?
- PEDRO. Jorge ha quedado en avisarme, y aquí le espero; si quieres entre tanto entrar á descansar... (Señalando su casa.)
- TER. No; en la entrevista que Alberto va á tener con su mujer y sus hijos deben estar solos: las palabras que el amor pone en nuestros labios no deben ser oídas por personas extrañas.
- PEDRO. Pero como tú no lo eres para ellos...
- TER. Para Alberto, no; para ella, sí.
- PEDRO. ¿Qué?... ¿Su mujer ignora aún que don Alberto es tu hermano?
- TER. Sí: el cariñoso recuerdo de mi madre así lo exige: sólo Jorge, y esto porque mañana ha de ser mi marido, conoce este secreto, que usted ha sabido guardar religiosamente tantos años.
- PEDRO. Así se lo juré á tu padre, y Pedro Vallés cumple siempre lo que promete.
- TER. Gracias, señor Pedro. (Besándole las manos.)
- PEDRO. Bien, bien; dejemos eso ahora, y vamos á lo que interesa: tu presencia en este sitio y á estas horas podría infundir algunas sospechas. Daniel, el judío, tiene espías por toda la ciudad, y si alguno nos viera reunidos en esta plaza, despertaría por lo menos su atención, y lo que en estos momentos nos conviene es alejar de aquí á todos. Si no quieres entrar en mi casa, la de Antonio el Aragonés, que ya sabes que es también de los nuestros, está muy cerca de aquí. (Señalando hacia el interior del primer término de la derecha.) Mira: siguiendo la carretera, ¿ves á la izquierda del camino aquella venta?

- TER. Sí, ya sé cuál es la casa de Antonio: conozco mucho á Angela, su mujer, que es también del Bruch.
- PEDRO. Desde allí podrás observar todo lo que pase: la venta está frente por frente de la puerta del huerto del convento, que es por donde saldrá don Alberto para venir aquí.
- TER. Si, ya la veo. Allí esperaré.

ESCENA V

DICHOS y FRAY CLEMENTE; después DANIEL , por la izquierda.

- F. CLEM. (Saliendo por el postigo del convento y dirigiéndose al señor Pedro precipitadamente.) ¡Señor Pedro... señor Pedro!
- PEDRO. (Volviéndose.) ¡Qué hay!
- F. CLEM. (Viendo á Teresa.) ¡Huy... una mujer! (Tapándose la cara con la mano, pero con los dedos abiertos.)
- PEDRO. ¡Es Teresa!
- F. CLEM. (Fijándose en ella con complacencia.) ¡Ah!... ¡Teresa!... (Volviéndose y en tono de rezo.) «Llena eres de gracia, bendita tú eres entre todas las mujeres...»
- PEDRO. ¿Pero qué ocurre?
- TER. ¿Qué pasa?
- F. CLEM. (Con misterio) Pues pasa y ocurre que don Alberto y Jorge lo han dispuesto ya todo con el padre Guardián!
- PEDRO. ¿Y qué han dispuesto?
- F. CLEM. Me explicaré: Jorge ha salido á dar la consigna á Antonio el Aragonés, y á prevenir á los buenos patriotas que han venido con él del Bruch, y que están apostados alrededor de las tapias del huerto para defender su retirada en caso necesario.
- PEDRO. Pero la consigna es...
- F. CLEM. A eso voy, señor Pedro, que no todo puede decirse de una vez. (Bajando aún más la voz, después de observar á todos lados) Al toque de ánimas, Antonio el Aragonés, con algunos mozos que están ya prevenidos en la venta, formarán á la puerta una rondalla, y si suena la música será señal de que el campo está libre y puede salir don Alberto sin temor alguno. Durante ese tiempo yo estaré atisbando allí, detrás del postigo, y si don Alberto se ve comprometido penetrará como

asilo sagrado en el convento y escapará después por la puerta del huerto, donde está ya preparado un caballo para que huya hacia la montaña.

TER. ¿Y Jorge?

F. CLEM. Vendrá aquí en seguida para vigilar desde la carretera la casa del señor Pedro. (Aparece Daniel por el foro de la izquierda: al verles se oculta en la esquina de la casa del señor Pedro, y observa.)

PEDRO. Perfectamente. Ahora, Teresa, repito lo que ya te he dicho: no conviene que nos vean reunidos aquí.

TER. Tiene usted razón, señor Pedro; en casa del Aragonés espero. ¡Dios guíe nuestros pasos! (Vase por el primer término de la derecha.)

F. CLEM. Amén. (Viéndola marchar.) «Entre todas las mujeres y bendito es el fruto...»

PEDRO. (A Fray Clemente, viendo acercarse á Daniel.) ¡Silencio! ¡Daniel se acerca.)

F. CLEM. ¡Hum... renegado de los infiernos!

ESCENA VI

PEDRO, FRAY CLEMENTE y DANIEL

Noche oscura.

DAN. (Acercándose lentamente.) ¡Era ella! ¿Qué traerán entre manos? ¡Yo lo sabré! Buenas noches, señor Pedro.

F. CLEM. (La compañía te saque los ojos.)

PEDRO. Buenas noches, don Daniel.

DAN. (Fijándose en Fray Clemente.) ¡Hola!... ¿Qué hace por aquí á estas horas el buen hermano Clemente?

F. CLEM. Tomando el fresco: la regla de nuestro convento no dispone que los legos estén siempre al sol.

DAN. Ya lo supongo.

F. CLEM. Y como ahora hasta el toque de ánimas no se cierra el postigo del convento...

DAN. (Con marcada intención.) Sin embargo, la noche, á lo que parece, no convida mucho á estar al descubierto.

PEDRO. En efecto, la tormenta está encima y no tardará en estallar.

DAN. Creo lo mismo: la atmósfera... está muy cargada, y el aire que se respira en la calle... no debe ser muy sano.

F. CLEM. (Con exagerada y marcada intención.) ¡Corrompido y muy

corrompido! ¡Y es muy extraño que usted, que tanto sabe cuidarse, se haya atrevido á salir de su casa!

DAN. No pase por mí cuidado alguno, hermano Clemente: yo estoy hecho á prueba de bomba.

F. CLEM. (¡Con una de ocho arrobas que cayera sobre tu cabeza, tendríamos todos bastantel)

DAN. ¿Decía algo, hermano Clemente?

F. CLEM. (Con voz melosa.) ¡Nada absolutamente, hermano Daniel! (Da un relámpago.) ¡Uf! (Santiguándose.) ¡Santa Bárbara bendital! ¡Ya me ha caído una gota en la punta de la nariz!

DAN. (Al señor Pedro.) ¿Y qué se dice por estos barrios de las avanzadas de la división del general Schwartz, que han entrado esta tarde en la ciudad?

F. CLEM. ¡Pues eso!... ¡que ya han avanzado!

PEDRO. Aquí no decimos nada; sufrimos... y callamos, porque no podemos hacer otra cosa.

DAN. ¡Claro está que si pudiéramos!...

F. CLEM. (¡Habrá pillol!)

DAN. Pero no dejará por eso de haber algún pequeño motín, aunque no dé resultado alguno. ¿No cree usted lo mismo señor Pedro?

PEDRO. No señor: eso ahora sería una temeridad, y no creo que nadie sea tan loco que la intentará siquiera; además, como los franceses, aunque parezca imposible, tienen tantos espías...

F. CLEM. (¡Chúpate esa y vuelve por otra!)

DAN. (¡El viejo es astuto y no es fácil sacarle ni una palabra!) (Dirigiéndose al hermano Clemente.) ¿Y qué opina de esto el hermano Clemente?

F. CLEM. (Estornudando y volviendo luego la cara.) ¡Achis!... ¡Ya le cogí!... ¡Voy á tomar una taza de flores cordiales! (Vase corriendo por el postigo del convento.)

PEDRO. (¡Si le doy conversación va á estarse aquí toda la noche!) Empieza á chispear y ya es hora de recogerse.

DAN. Sí: yo también me retiro.

PEDRO. ¡Buenas noches, don Daniel! (¡Malvado!...) (Vase el señor Pedro por detrás de la casa.)

DAN. Buenas noches, señor Pedro. (¿A qué habrá venido Teresa aquí? ¿Estará Alberto en la ciudad? ¡Alerta, Daniel! ¡Vigilemos, si es preciso, toda la noche!) (Vase por el foro de la izquierda. Momentos de silencio.)

ESCENA VII

PEDRO, entra por la puerta del fondo de su casa, cierra y desaparece por la puerta de la izquierda. JORGE, sale por el primer término de la derecha; observa por uno y otro lado de la plaza, y después de asegurarse que está solo, se acerca á la reja y llama, en el momento que el señor Pedro vuelve por la misma puerta de la izquierda con un velón encendido que deja encima de la mesa.

JORGE. (Llamando desde la reja.) ¡Señor Pedro!

PEDRO. (Entreabriendo la ventana y reconociéndole.) ¡Entra! (Cierra la ventana y abre la puerta, donde aparece Jorge: al entrar éste observa hacia el exterior de la calle, y después cierra la puerta. Empieza á lo lejos la tormenta.)

JORGE. ¿Le ha dicho á usted el hermano Clemente lo que hemos dispuesto?

PEDRO. Sí, todo; que al toque de ánimas...

JORGE. Bien. ¿Ha venido ya la señora de don Alberto?

PEDRO. Todavía no; pero no tardará. (Jorge se sienta en una silla. El señor Pedro se acerca á él.) ¿Qué hay de nuevo, Jorge?

JORGE. (Con alegre expresión.) ¿Pues qué ha de haber, señor Pedro? ¡Que soy el hombre más feliz de la tierra, y que no me cambiaría en estos momentos ni por el mismo Roger de Lauria! ¡Salvar á un proscrito, recibir la bendición y un buen vaso de vino del Priorato de un padre Guardián como el de ese convento, y ser querido por la mujer más buena y más hermosa del país, es para trastornar el juicio al convidado de piedra!

PEDRO. ¡No seas loco, Jorge! ¡Repara que la ocasión no es para andarse con esos amorosos entusiasmos!

JORGE. No tenga usted cuidado, señor Pedro; mi cabeza está firme y ánimo no ha de faltarme para llevar adelante la jornada de esta noche. ¿Cree usted que es tan fácil olvidar las atenciones y el cariño que me ha dispensado siempre don Alberto? Desde que entré de mayordomo en su gran fábrica de Manresa, sólo he recibido de él beneficios; y sobre todo, ¿no le debo también la felicidad más grande á que yo podía aspirar, al concederme la mano de su hermana Teresa?

PEDRO. ¡Chist!... ¡Calla! (Bajando la voz.)

- JORGE. No; no tema usted que divulgue el secreto de su nacimiento; pero crea usted, señor Pedro, que no soy ingrato, y si para salvarle de la peligrosa situación en que hoy se encuentra tuviera que exponer mi vida, no vacilaría en hacerlo!
- PEDRO. ¡Lo sé, Jorge! Pero vamos á lo que importa; ¿has visto aquí á Teresa?
- JORGE. Sí; en la venta de Antonio el Aragonés la he dejado con Angela: ha sido una temeridad que esta tarde, poco tiempo después de salir nosotros del Bruch, nos haya seguido; pero sabiendo que don Alberto exponía su libertad ó su vida al venir aquí esta noche, ¿quién la detenía en la masía?
- PEDRO. Y dando por seguro que salgamos bien de nuestra empresa, ¿pensáis volver esta misma noche al Bruch?
- JORGE. ¡Es indispensable! Dispuesta tenemos una tartana en casa de Antonio, y espero que usted y Rosa nos acompañarán también.
- PEDRO. ¡Yo iré siempre donde tú quieras!
- JORGE. ¡Gracias, señor Pedro! La tormenta pasará pronto como nube de verano, y, sobre todo, cuatro truenos más ó menos no han de ser obstáculo á la dicha que tanto ambiciono: además, don Alberto, que no duda tampoco del buen éxito de nuestro plan, rodeados como estamos de buenos amigos, ha dispuesto que mañana mismo, que ya estará él seguro en la montaña, se celebre mi boda con Teresa. Hasta aquí ha podido ser él su protector; hoy errante y perseguido por todas partes, no quiere que esté ya más tiempo sola en la masía con la señora Andrea, y por mi vida que á nadie he de ceder mi puesto de velar por ella, porque ya sabe usted que la quiero con todo mi corazón.
- PEDRO. ¡Y haces bien en quererla, que todo lo merece!
- JORGE. (Con entusiasmo.) ¡Oh!... ¡Si la hubiera usted visto en Barcelona la noche que salvó á don Alberto! ¡Qué serenidad! ¡qué arrojo! ¡qué valentía!
- PEDRO. (Con el mismo entusiasmo, sentándose á su lado.) ¡Cuenta... cuenta, Jorge!
- JORGE. La conspiración en que no sólo había comprometido don Alberto su persona, sino casi toda su fortuna, fué descubierta la noche anterior, y apenas tuvieron

tiempo de salir de la ciudad los que escapar pudieron y huir á favor de la obscuridad. Todo fué inútil: la caballería francesa los persiguió aquella misma noche y tuvieron que ocultarse en una masía más allá de Sans. Allí permanecieron escondidos hasta el anochecer del día siguiente, y... en fin, ya sabe usted la escaramuza que allí se armó.

PEDRO. Sí, adelante.

JORGE. Don Alberto pudo huir en su caballo, pero no quiso abandonar á sus compañeros y fué preso también con ellos. La noticia se esparció como un rayo por todo Barcelona, y se supo que aquella misma noche serían conducidos los presos á Atarazanas. Los barceloneses querían salvarlos á todo trance, y á todo estaban dispuestos; pero cada uno pensaba un plan distinto: entonces se le ocurrió á Teresa un medio que, aunque muy atrevido, fué aceptado sin vacilación alguna, y en menos de dos horas se preparó todo con el mayor silencio.

PEDRO. Continúa.

JORGE. La casualidad nos favorecía; los presos tenían que venir por la Ronda de San Antonio; y en ésta, con motivo de unas obras de desagüe que se estaban haciendo en ella, había una zanja que la atravesaba de parte á parte, y con unos tablones estaba formado un puentecillo para pasar por ella; al lado de este puentecillo hay una callejuela muy estrecha, que está precisamente detrás de Atarazanas, y en el centro de ella colocaron dos carros, que, como es natural, estrechaban aún más la calle. ¡Oh! ¡la Virgen de las Mercedes nos ayudaba! ¡Seguramente estaba entre nosotros!

PEDRO. ¡Sigue, Jorge!

JORGE. Llegaron los presos: momentos antes, cuatro hachazos en toda regla destruyeron el puentecillo y tuvieron que entrar por la callejuela; dos ó tres piedras, dirigidas con acierto, apagaron el único farol que allí había; la obscuridad produjo una gran confusión, y hombres, mujeres y niños, saliendo de pronto de las puertas de las casas, impidieron el paso á los soldados. Teresa avanzó la primera hacia los presos, corriendo con una navaja sus ligaduras; la bayoneta de

un soldado la hirió en el hombro, y arrojándose sobre él como una fiera le hizo rodar por el suelo. ¡Los cautivos recobraron su libertad! ¡Oh, qué espectáculo tan conmovedor, señor Pedro! ¡En menos de cinco minutos todo quedó en silencio: los presos desaparecieron por los terrados de aquellas pobres casas, y cuando los soldados franceses pudieron rehacerse y penetraron en ellas, sólo encontraron sus viejas y silenciosas paredes, testigos mudos de esta heroica acción!

PEDRO. ¡Bien se portaron los barceloneses!

JORGE. ¡Sí, señor Pedro, sí! ¡se portaron como lo que son! ¡como buenos catalanes! (Toda esta escena en voz baja y reconcentrada, pero sin quitarla por eso su energía. Se oye dentro á lo lejos el toque de ánimas, á diferentes distancias y con pequeños intervalos: procúrese que sea ronco y grave el sonido de las campanas. Levantándose rápidamente y con mucho misterio.) ¡Es la hora convenida! ¡no hay que perder ni un momento! Vea usted si han llegado ya, y vigile después la puerta falsa de la callejuela.

PEDRO. ¡Voy! (Vase por la puerta de la izquierda.)

JORGE. ¡Y yo... á mi puesto también! (Vase por la del foro; al salir á la plaza, descuelga el farol del convento y le apaga, dejando la cuerda cerca del suelo. Se oye dentro, á lo lejos, la música de la rondalla, cantando algunas coplas. Jorge, demostrando su satisfacción al oirla, se acerca al primer término de la derecha, donde momentos después aparece Alberto, cubriéndose con su *redingot*; habla con Jorge, y luégo atraviesa la plaza; entra en casa del señor Pedro, y cierra la puerta; al volverse, aparecen en la de la izquierda Elvira con Margarita y Federico. Jorge se retira por el primer término de la derecha.)

ESCENA VIII

ALBERTO, ELVIRA, MARGARITA y FEDERICO; después DANIEL, por el foro de la izquierda.

ALB. ¡Elvira!

ELV. ¡Alberto mío! (Echándose en sus brazos.)

ALB. ¡Oh!... ¡mi hermosa Margarita!... ¡mi querido Fede-

rico! (Besando y abrazando á los niños. Se sienta en una silla: coloca á Margarita sobre sus rodillas; atrae hacia él á Federico, y Elvira permanece de pié apoyada en la silla, formando un cuadro tierno y amoroso.) ¡Si parece un sueño lo que me pasa! ¡verme aquí, después de tantos días de ausencia, rodeado de vosotros, seres queridos de mi corazón!

ELV. ¡Es verdad, Alberto! ¡sueño parece, en efecto, que la alegría asome á nuestro rostro, después de tantas angustias y de tantas lágrimas!

ALB. ¡Animo, Elvira mía! los sagrados deberes de la patria me alejan de vuestro lado; pero pronto, muy pronto, llegará para todos el día de nuestra independencia, y si nuestras persecuciones y peligros engrandecen nuestras almas, ellos mismos engrandecerán también nuestro amor! ¡Oh!... (Besándolos otra vez.) ¡Mi Margarita! ¡mi Federico!

FED. ¿No te marcharás ya, verdad?

ALB. ¡Oh... hijos míos! (Con mucha ternura.)

MARG. ¿Lloras tú también? (Elvira vuelve un poco la cabeza para enjugar sus lágrimas.)

ALB. ¡Sí, hijos míos, sí; pero es de alegría, de alegría al veros aquí, junto á mí! (Siguen hablando.)

DAN. (Saliendo con misterio por el foro de la izquierda.) (No me cabe duda, la he visto perfectamente. ¡Elvira ha entrado con sus hijos en casa de Pedro; indudablemente Alberto está oculto en esta casa! ¡Oh, si fuera así... el golpe sería seguro!) (Se acerca á la reja y escucha.)

ALB. ¡Elvira mía, calma tu dolor! mi ausencia no será larga, y además he pensado un medio para que fácilmente, y sin gran peligro, podamos vernos casi todos los días:

DAN. (¡Es su voz!)

ELV. ¿Qué dices? ¡No me engaños, Alberto! ¡no me hagas concebir esa esperanza, si no ha de realizarse!

ALB. Se realizará si tú lo quieres; escucha.

DAN. (Con marcada satisfacción.) (¡Sí... es él... es él!...) (Se retira de la reja, y desaparece por el foro de la izquierda. Federico, volviéndose con la natural curiosidad del niño para examinar la habitación, ve encima de la mesa la urna del Niño Jesús, y llamando sobre ella la atención de Margarita, se acercan los dos á verla.)

- ALB. (Á Elvira.) Ya sabrás que hoy han llegado las avanzadas de la división del general Schwartz, y que mañana entrarán en la ciudad todas sus tropas. Esposa de un proscrito, tu tranquilidad, y tal vez tu vida y la de nuestros queridos hijos, podría verse amenazada, y conviene que mañana mismo abandonéis Martorell.
- ELV. Haremos lo que tú dispongas.
- ALB. En Igualada, como sabes, vive mi hermana Mercedes, á quien he visto hace dos días, y con quien he hablado mucho de vosotros. Ella misma me ha manifestado que allí, por ahora, la tranquilidad es completa; y que aquí, en cambio, existe un peligro constante para todos, que debemos evitar.
- ELV. Sí, Alberto, sí; lo que tú determines, eso se hará; además, tu hermana lo es también mía, y compartiremos juntas el dolor de tu ausencia.
- ALB. Es lo mejor que podemos hacer: mañana temprano saldrás de aquí con los niños, y cuando estéis al lado de Mercedes, yo estaré ya en la montaña; y una vez allí, mi libertad estará asegurada, y nada tendremos que temer.
- ELV. ¿Tu libertad?...
- ALB. Sí; no lo dudes, mi querida Elvira. Aquellos honrados y valientes montañeses, obreros muchos de ellos de mi fábrica, expondrían hasta su vida, si fuera preciso, por salvar la mía. Además, allí estaré más cerca de vosotros, y no ha de faltarnos sitio más seguro que aquí para podernos ver con alguna frecuencia; las partidas francesas que cruzan por el país, procuran no internarse mucho por entre aquellos riscos, que ofrecen siempre un peligro inminente para ellos.
- ELV. Bien, Alberto; esta noche lo dispondré todo, y mañana al amanecer saldremos de aquí.
- ALB. Eso es; y cuando llegues á Igualada ya tendrás allí noticias de mi expedición de esta noche, que te mandaré con algún criado de la masía de Teresa.
- ELV. ¡Teresa!... (Procurando dominar la turbación que le produce este nombre.)
- ALB. Sí; ¿no recuerdas? ¡La joven que me salvó en Barcelona!
- ELV. Ya sé... (Con marcada reserva.)

- ALB. (Notando su turbación.) ¡Elvira!... ¿qué significa esa frialdad? ¡ningún mérito encierra para tí!...
- ELV. (Con amor.) ¡Sí, Alberto, sí! ¡ella te salvó! ¡tal vez la debo tu vida!... ¡tu vida, que aprecio más que la mía propia! ¡y sin embargo, no sé!... ¡Temo tanto que me roben tu cariño!...
- ALB. (Con cariñosa expresión.) ¡Elvira!... ¿qué mal pensamiento ha cruzado por tu imaginación? ¿Dudas de mí?
- ELV. ¡No, Alberto! ¡si dudara, no te amaría como te amo!
- ALB. Entonces... ¿de qué nacen tus recelos? ¡Desecha esas locas ideas, y piensa sólo en nuestro cariño! (Se oye dentro un silbido á lo lejos, y hacia el fondo de la izquierda. Alberto se levanta precipitadamente y escucha.)
- ELV. (Con temor.) ¿Qué es eso?
- ALB. Parece una señal convenida; pero ignoro lo que pueda ser.

ESCENA IX

DICHOS; PEDRO, por la puerta de la izquierda.

- PEDRO. (Saliendo precipitadamente.) Señor don Alberto...
- ALB. ¿Qué pasa?
- PEDRO. Jáime avisa, desde el extremo de la calle, que una patrulla se dirige hacia aquí.
- ELV. ¡Dios mío!
- ALB. Tranquilízate; permaneceremos en silencio y la dejaremos pasar.
- PEDRO. ¡No!
- ALB. ¿Por qué?
- PEDRO. Daniel el judío anda rondando por estos sitios, y es fácil que haya visto entrar á usted, (Entreabre la puerta del fondo, y observa hacia la calle.)
- ELV. ¡Huye... huye, Alberto!
- PEDRO. (Desde la puerta.) ¡Pronto! Un hombre viene ocultándose en las puertas de esa calle, y debe ser Daniel.
- ELV. ¡Oh!
- ALB. ¡Infame!
- PEDRO. ¡La patrulla desemboca ya en la calle!
- ALB. ¡Adiós, adiós, Elvira mía! ¡Margarita! ¡Federico!
- (Abrazándolos y besándolos.)

PEDR. ¡Pronto!... ¡que se acercan!

ALB. (Desde la puerta.) ¡Adiós! (Sale precipitadamente por la puerta del fondo, que cierra el señor Pedro; éste entreabre después la ventana adonde acude Elvira con los niños, para verle marchar.)

ELV. Virgen de las Mercedes... ¡no le abandones!

ESCENA X

DICHOS; TERESA, por el primer término de la derecha; después DANIEL, por el foro de la izquierda; luego EL SARGENTO MORTIER y SOLDADOS, por este mismo lado; y últimamente JORGE y JULIÁN, por el primer término de la derecha. Estalla la tormenta.

(Alberto cruza la plaza y se detiene al ver salir á Teresa.)

ALB. Teresa... ¿tú aquí?

TER. ¿Qué te sorprende? ¡Donde tu vida peligro, allí siempre me encontrarás! (Siguen hablando.)

ELV. (Desde dentro de la reja.) ¡Oh! ¡le detienen!) (Con temor.)

PEDRO. ¡No! ¡es Teresa, que acude á salvarle!

ELV. ¡Siempre esa mujer!

TER. ¡En la puerta de la casa de Antonio está ya el caballo!
¡Monta pronto, y huye!

ALB. ¡Vamos! (Vanse por la derecha. Breve pausa.)

DAN. (Apareciendo por el foro de la izquierda.) ¡Era él! ¡no me engañaba! ¡Se dirige sin duda hacia la venta de Antonio! ¡No pasará de ahí!) (Volviéndose hacia el Sargento Mortier, que sale con los Soldados cubiertos con sus capuchones: uno de ellos, que vendrá delante, traerá una linterna encendida.) Sargento, el proscrito que perseguimos acaba de salir de esta casa, pero yo sé dónde se ha ocultado: dé usted la vuelta por detrás al convento y permanezcan allí ocultos junto á las tapias del huerto, y en cuanto oigan un disparo que haré yo al aire con esta pistola, acudan aquí en seguida.

SARG. Así se hará. ¡Vaya una noche de truenos, voto á mil bombas! ¡Firmes!... ¡March!... (Vase con los Soldados por el foro de la derecha.)

DAN. ¡Vamos! (Se dirige hacia el primer término de la derecha: en este momento salen Jorge y Julián por este lado, y se arrojan

sobre él, quitándole Jorge la pistola y cubriéndole Julián la cabeza con su manta, para que no les reconozca.)

JORGE. (En tono bajo, fingiendo un poco la voz.) ¡Un sólo grito... y ha acabado tu vida, infame espía! (Le echan al suelo, y después de teparle los ojos y la boca con dos pañuelos, arranca Jorge la cuerda del farofillo y le atan al árbol que está delante. Suena dentro la rondalla. Sigue la tormenta en toda su fuerza. Bajo á Julián, escuchando la música.) ¡Oh! ¡se ha salvado!

JULIAN. (Tapándose con la manta.) ¡Agua va!

JORGE. ¡Y vaya si va á refrescarse bien ahí esta noche! (Vanse juntos por la derecha, cobijados bajo la manta de Julián.)—
CUADRO.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

EL PROSCRIPTO

Masia ó granja de Teresa en los alrededores del Bruch, cerrada únicamente por una pequeña empalizada á derecha ó izquierda, pero sin puerta. A la izquierda la fachada de la casa con puerta en el centro, y delante una grada rústica de piedra. A la derecha un desván ó cobertizo sostenido por cuatro pilares, al que se sube por una escalerilla de madera. En este cobertizo varios sacos de trigo, avena, paja, etcétera, etc., que ocupan casi todo él; en la única pared que tiene, que es á la derecha, una puerta practicable; los otros tres lados estarán rodeados por una barandilla de madera. En el techo de este cobertizo una pequeña ventana practicable. En el fondo las altas montañas del Bruch, con una senda practicable en medio de ellas que cruza de un lado á otro. Bancos, sillas, toneles, etc., etc., estarán colocados convenientemente á uno y otro lado para el baile.

ESCENA PRIMERA

TROPEZONES y varias ALDEANAS, ALDEANOS y NIÑOS aparecen en el fondo, hacia la derecha, mirando al interior. Se oyen dentro, á lo lejos, varias guitarras y bandurrias tocando un aire del país; después ANDREA, por la puerta de la izquierda.

TODOS. ¡Ya vienen, ya vienen! (La música se va aproximando.)

TROP. (Acercándose á la casa.) ¡Señora Andrea!... ¡Señora An-

- drea!... ¡Vaya usted preparando el chocolate con los bollos y todo lo que venga después, que ya están ahí los novios!
- AND. (Apareciendo en la puerta de la izquierda.) ¿Han salido ya de la iglesia?
- TROP. Sí señora; ¡y ya bajan por el montecillo!
- AND. ¡Dios les dé su santa gracia! y en cuanto á vosotros, en seguida que lleguen, ya lo sabéis, á jícara por barba, ¡y luégo lo que cáiga!
- TROP. ¡Y que no nos vendrá mal, señora Andrea; que ya hace buen rato que pica el sol, y aún estamos todos con el rocío del alba!
- TODOS. Pues con eso y con cuatro cabriolas que ahora deis al aire para acabar de abrir el apetito, os vais después á chupar los dedos de gusto con el cochifrito que os estoy preparando. (Vase.)
- TROP. ¡Déle usted buenos meneos para que se acabe pronto!
- TODOS. ¡Ya están ahí! ¡ya están ahí!

ESCENA II

DICHOS; JORGE, por el foro de la derecha, dando el brazo á TERESA; PEDRO, á CATALINA, y detrás ROSA, ÁNGELA, JAÍME y otras ALDEANAS, ALDEANOS y MÚSICOS que forman el acompañamiento de la boda.

- TROP. ¡Que vivan los novios!
- TODOS. ¡Vivan!
- JORGE. Gracias, amigos míos.
- JAÍME. ¡Y que vivan también los padrinos!
- TODOS. ¡Vivan!
- PEDRO. Sí, hijos míos, sí; ¡que todos vivamos muchos años, y veamos siempre felices á los desposados!
- TER. Gracias, señor Pedro.
- TROP. (A ellos.) ¡Anda... anda!... ¡y cómo se pavonea Jorge con la novia! (Todos se ríen.)
- JAÍME. Lo mismo harías tú si estuvieras en su caso.
- TROP. ¡Pero como yo no puedo estar nunca en ese caso!...
- JORGE. ¿Por qué?
- TROP. ¡Porque yo... como no sea con una *principesa*... no hay de qué!

- ROSA. ¡Habrá majadero!
- ANG. ¡Pues digo si es orgulloso Tropezones!
- ROSA. Lo que tú quisieras es que alguna de nosotras te dijéramos que sí; ¡pero como eres tan feo!...
- TODOS. ¡Já, já, ja!
- JORGE. No te metas con ellas, que vas á salir descalabrado.
- TROP. ¡Quiál Si yo les digo esas cosas, es porque cuanto más se las hace rabiari, se ponen con los ojos más tiernos. ¡Y por eso!...
- ROSA. ¿Sí, eh? Pues ándate con cuidado, que si te damos un manteo entre todas, el que va á quedar tierno vas á ser tú.
- TODAS. ¡Si, sí! ¡A mantearle! ¡A mantearle!
- JORGE. ¡Haya paz, muchachas, y dejad á Tropezones, que al fin y al cabo se pirra por vosotras, como todos los demás. ¡Ea! ¡en baile todo el mundo, y que cada uno encuentre su pareja para ir á la iglesia antes de un año!
- TODOS. ¡En baile! ¡en baile! (Las parejas se colocan en el centro, y los Músicos y todos los demás se sientan alrededor, dejando el sitio de preferencia á Teresa y Jorge, al lado de la señora Catalina y del señor Pedro, como padrinos.)
- JORGE. ¡Venga una buena *sardana* por todo lo alto!
- TROP. ¡Y aunque sea por lo bajo también!
- JAIME. ¡Calla tú, Tropezones! (Bailan la *sardana* á toda orquesta, acompañada también de los Músicos que han salido con *bandurrias* y guitarras. Al terminar el baile todos aplauden y celebran á los bailarines.)
- TODOS. ¡Bravo!... ¡bien!... ¡bravo!

ESCENA III

DICHOS; FRAY CLEMENTE, que aparece por el foro de la derecha, montado en una mula, con unas grandes alforjas.

- TODOS. (Con alegría, viéndole salir.) ¡Fray Clemente... Fray Clemente!
- F. CLEM. (Echándoles bendiciones desde la mula.) *Benedicite noviorum et omnibus gratia Dei.*
- JORGE. Entre á descansar, hermano Clemente, y aquí se desayunará con nosotros.
- F. CLEM. Desayuno de boda... *tentationem stomachum.*

- JORGE. Pues cáiga por una vez en la tentación, y apéese de la mula.
- TODOS. ¡Sí, sí; que se apee, que se apee! (Acercándose más á él.)
- F. CLEM. No... no os acerquéis mucho á la *Beata*, que estos días anda un poco cosquillosa y os va á soltar un par de coces. (Se apea: todos le rodean: los niños le besan la mano.) ¿Y dónde... dónde está la novia, que no la veo?
- TER. Aquí estoy, hermano Clemente.
- F. CLEM. (Fijándose bien en ella.) ¡La bendición del Señor cáiga este día sobre tí, y te dé tanta felicidad y tanta ventura y tantas *gracias*... como yo para mi desearía!
- TROP. Amén. (Todos se ríen, haciendo burla á Tropezones.)
- F. CLEM. (Volviéndose.) ¡Y qué guapa que está!
- TER. (A Fray Clemente.) Si quiere usted que le sirvamos aquí el chocolate...
- JORGE. Mejor será, porque aún no habrán acabado de poner la mesa.
- TROP. ¡Y qué mesa! ¡Está haciendo la señora Andrea un cochifrito, que ya ya!
- F. CLEM. ¿Cochifrito, eh?
- TROP. ¡Y hay unas tortas... y un vinillo del Priorato, que está diciendo: «arriba conmigo!»
- TER. ¡Calla, tonto!
- F. CLEM. No, pues no os molestéis por mí: entraré á bendecir la mesa, y de paso tomaré con vosotros un bocadillo... de todo lo que haya.
- TER. Como usted quiera.
- F. CLEM. Sí, sí; creo que eso será lo mejor.
- JORGE. Tropezones, lleva la mula á la cuadra, y échala también un pienso.
- F. CLEM. No le vendrá mal tampoco, y así aplacará su apetito. (Se lleva Tropezones la mula por el foro de la izquierda.)
- JORGE. ¿Y cómo por aquí tan temprano?
- F. CLEM. Pues hoy tenía que hacer la colecta por estos pueblos el hermano Estanislao; pero anoche le cayó encima el chubasco de la tormenta antes de llegar al convento, y tomó un catarro de padre Guardián.
- JORGE. (Bajo y con rapidéz al hermano Clemente.) (¿Ocurre alguna novedad?)
- F. CLEM. (En el mismo tono.) (Nada, absolutamente: un farolillo roto y una cuerda menos en el convento.)
- JORGE. (¡Es verdad, pero ha sido bien aprovechada!)

- F. CLEM. ¡Buen riego debió llevar el bribonazo de don Daniell!
- JAIME. ¡Muchachos... os propongo una cosa!
- ELLOS. ¿Qué? ¿qué?
- JAIME. ¡Ya que el huerto está tan florido, en tanto que la señora Andrea prepara la *bucólica*, vamos á hacer nosotros un gran ramo para la novia!
- ELLOS. ¡Sí, sí!
- TER. Os lo agradezco con todo mi corazón.
- ROSA. ¡Y nosotras... otro para el novio!
- ELLAS. ¡Eso es! ¡Sí, sí, para el novio!
- JORGE. Gracias, gracias, hermosas montañas.
- PEDRO. Y entre tanto, para no perder tiempo, el hermano Clemente irá tomando el chocolate con toda tranquilidad.
- JORGE. Tiene razón el señor Pedro.
- F. CLEM. No me opongo: la obediencia es una de las virtudes más recomendables.
- JAIME. Eso es: y ya que ha venido á la masía, bendecirá también los ramos para que la fiesta sea completa.
- F. CLEM. Sí, hermanos míos; estando en la mesa, yo bendeciré todo lo que queráis.
- JAIME. ¡En marcha, muchachos!
- TODOS. ¡Al huerto, al huerto! (Vanse por la puerta de la izquierda todos menos Teresa y Jorge, que quedan un momento despidiéndolos en la grada de la misma puerta.)

ESCENA IV

TERESA y JORGE

- JORGE. (Con amorosa expresión, volviendo hacia ella.) ¡Teresa... Teresa mía! (Abrazándola.) ¡Ya puedo llamarte así! ¡Oh, cuánto ansiaba este feliz momento!
- TER. ¿Crees tú que lo deseaba yo menos?
- JORGE. Hoy todo sonrío á nuestro lado. Nunca la primavera me pareció más florida que en esta hermosa mañana, fresca y sonriente como tus mejillas, coloreadas por ese rayo de sol que brilla en tus ojos.
- TER. ¡Calla, calla, que tanta exageración va á parecerme estudiado pensamiento para adularme!
- JORGE. ¡No, Teresa mía, no! La adulación no habla cuando el

amor dice: «aquí estoy yo escondidito.» (Señalando el corazón.)

TER. ¿Y está ahí, en efecto? (Sonriéndose.)

JORGE. ¡Aquí, sí! Y como hace ya mucho tiempo que en él habita, se ha hecho dueño y señor de toda la casa.

TER. ¡Jorge! (Con amor.)

JORGE. (Abrazándola.) ¡Qué completa sería nuestra dicha si se encontrase Alberto á nuestro lado!

TER. ¡Es verdad!

JORGE. Pero ya que esto no sea posible, este cariñoso recuerdo no debe turbar nuestra alegría al saber que á estas horas debe hallarse ya libre en la montaña...

TER. Pensando tal vez en nosotros, como nosotros pensamos en él.

JORGE. ¡Oh, si con mi vida pudiera pagarle la felicidad que me ha dado, ni un solo momento vacilaría en sacrificársela!

TER. ¿Tanto le quieres, Jorge?

JORGE. ¡No he de quererle, si á él le debo el bien mayor que he ambicionado en este mundo! Tu amor, Teresa mia, ha sido siempre mi única aspiración: bien lo sabes: verme correspondido por tí, era mi mayor ventura y cuando te propuse que nos casáramos, la revelación que me hiciste del secreto de tu nacimiento me hirió profundamente.

TER. ¡Silencio, Jorge! ¡No olvides que me juraste guardarle siempre!

JORGE. ¡No temas que mis labios pronuncien sobre eso ni una sola palabra; pero al saberlo, repito—no me avergüenzo de confesártelo—lloré como un niño!

TER. (Con cariñosa ternura.) ¡Jorge!...

JORGE. ¿Quién eres tú, me decía á mí mismo, para aspirar á su cariño? Un pobre obrero, como yo, no debe pretender su mano, y renunciar á ella era ya para mí un sacrificio superior á mis fuerzas.

TER. ¿Dudaste de mi amor?

JORGE. ¡No; dudar de tí, nunca! ¡Nunca! Pero mi humilde condición me gritaba: «No seas loco; tú no puedes ambicionar tan alto honor, y si ciego por tu cariño lo pretendieses... ¡Él... él te la negaría!» Y él, ¡no me la negó! Y él, me dijo: «Eres bueno y honrado: ella te ama y no he de ser yo, ciertamente, quien me

oponga á vuestra dicha; al contrario, yo protegeré vuestra unión y seré vuestro padrino de boda.» ¡Oh! ¿Y aún me preguntas si quiero mucho á Alberto?

JAIME. (Dentro, llamándole.) ¡Jorge!...

TER. ¡Calla! Después...

JORGE. ¡Sí!

JAIME. (Dentro.) ¡Jorge!...

JORGE. ¡Allá voy, allá voy! (Volviéndose hacia ella y abrazándola.)
¿Me amarás siempre?

TER. (Con pasión.) ¡Siempre!

JORGE. (Con alegría, besándola la mano.) ¡Oh!... ¡Allá voy! (Vase corriendo por la puerta de la izquierda.)

TER. ¡Pobre Jorge!... ¡Cuánto me quiere y qué bien merece todo el cariño que yo le profesol

ESCENA V

TERESA; DANIEL, por el foro de la derecha, disfrazado de mendigo anciano.

DAN. (Desde la empalizada.) ¡Una limosna, por amor de Dios!

TER. (Volviéndose.) ¡Ah, un pobre anciano!) ¡Pase usted, pase usted, hermano mío!

DAN. (Entrando.) Gracias.

TER. ¿Parece que viene usted muy cansado?

DAN. El camino por la montaña es siempre áspero, y á mi edad...

TER. Llega usted en buena ocasión: hoy todo el mundo cabe en mi casa y mucho más un anciano y pobre: si quiere usted acompañarnos á la mesa, hoy celebramos mi boda.

DAN. ¡Ah! ¡Por muchos años!

TER. Gracias, hermano.

DAN. Mucho le agradezco su ofrecimiento, pero tengo que seguir mi camino y no puedo detenerme.

TER. En ese caso, espere usted un momento y le traeré un pequeño socorro.

DAN. ¡Dios se lo pagará!

TER. Vuelvo en seguida. (Vase por la puerta de la izquierda.)

DAN. (En su voz natural, observando á todos lados.) No está por aquí, pero es indudable que se ha dirigido hacia es-

tos sitios. Su mujer y sus hijos salieron al amanecer de Martorell, y es de suponer que procuren estar cerca de donde él pueda ocultarse: no podría encontrar guía mejor. Yo creí que se dirigían á Igualada, pero en lo alto del montecillo han dejado ese camino y han tomado el del Bruch. Vienen hacia aquí, no hay duda; pero aún no deben haber llegado; mi caballo corre más que la mula de su carruaje, y he podido adelantarme para poder espiar todos sus pasos. ¡Oh, caro han de pagar el atentado que conmigo cometieron anoche! ¡Imbéciles... no sabéis bien quién es Daniel... el judío, como todos me llamáis! ¡Seré su sombra por todas partes, aunque huyera al fin del mundo! (Breve pausa.) Afortunadamente están acampadas al pié de la montaña varias compañías del regimiento que llegó anoche de Figueras: mis papeles están corrientes y las órdenes son terminantes; no hay oficial francés que no las respete, y harán cuanto yo les ordene.

TER. (Volviendo con una pequeña cesta cubierta con una servilleta.) Aquí tiene usted para el camino un trozo de carne, un pedazo de pan y una botella de vino.

DAN. Dios se lo pague. (Coge la cestilla y se dirige hacia el foro.)

TER. Buen viaje, hermano; y si vuelve alguna vez por aquí, no olvide que en mi casa hay siempre un pedazo de pan para los pobres ancianos.

DAN. ¡Gracias!... ¡muchas gracias! (Vase por el foro de la derecha.)

ESCENA VI

TERESA; ROSA, por la primera puerta de la izquierda, con varias flores en el delantal; luégo ALBERTO, por el foro de la izquierda; después DANIEL, por la derecha de la senda de la montaña.

ROSA. (Apareciendo en la puerta.) ¡Teresa!...

TER. ¿Qué es eso?

ROSA. ¡Mira, mira, cuántas flores hemos cogido en el huerto! vamos á hacer para tu novio, que es todo un buen mozo, un ramo mucho más grande que el que están haciendo esos mamelucos.

TER. Allá veremos; que Jáime es un buen jardinero y no se

merece tampoco menos la novia. (En tono de broma.)

ROSA.

¡Ay qué tonta!

TER.

Pues ya lo creo que sí.

ROSA.

¿Vienes al huerto?

TER.

Sí; allá voy en seguida.

ROSA.

Allí te esperamos. (Se dirige corriendo hacia la puerta y se detiene en ella.) ¡Ah!... (Volviéndose.)

TER.

¿Qué?

ROSA.

¡Que el hermano Clemente se ha comido ya cuatro bollos con el chocolate! (Vase riéndose.)

TER.

¡Pues si sigue así... no llega hoy al convento!

ALB.

(Saliendo por el foro de la izquierda receloso de que alguno le siga: al ver á Teresa entra y se dirige hacia ella.) ¡Teresa!...

TER.

(Volviéndose.) ¡Alberto! (Abrazándole.)

ALB.

¡Silencio, no grites!

TER.

¿Qué es eso? ¿Vienes huyendo?

ALB.

Sí, pero tranquilízate; no creo que ese infame espía de Daniel me haya visto todavía.

TER.

(Con viva sorpresa.) Pero qué, ¿ese hombre está también aquí?...

ALB.

Sí; aunque viene disfrazado de mendigo le he reconocido perfectamente.

TER.

¿Qué dices? ¿Un mendigo anciano, con una barba blanca hasta el pecho?

ALB.

¿Tú sabes?...

TER.

¡Ese hombre acaba de estar aquí!

ALB.

¿Aquí?

TER.

¡Sí, sí; es él; no hay duda! ¡su voz era insegura y su mirada fría y penetrante como la de todos los malvados! ¡lo recuerdo muy bien! Entró pidiendo una limosna y yo misma le he socorrido. ¡Oh, Dios mío, si te sorprendieran aquí! (Dirigiéndose al fondo á observar.)

ALB.

No; por el momento no hay peligro alguno: los soldados franceses que están más cerca de aquí, están acampados en la vertiente de ese lado de la montaña, (Señalando al fondo de la izquierda.) y por pronto que quisieran acudir á este sitio, tendría sobrado tiempo para huir.

TER.

Pero Daniel, el espía, ha salido ahora mismo por ese otro lado y si llegara á verte!...

ALB.

¡Oh! ¡qué más dicha para mí que hallarle solo por estos alrededores! (Dando un paso hacia el fondo.)

TER. (Deteniéndole.) ¡No, Alberto, no! ¡En la situación en que te encuentras tú, no puedes comprometerte á nada; piensa que ese infame no se hubiera atrevido á venir solo á estos sitios.

ALB. Es verdad.

TER. Pero tú, ¿cómo has descubierto?...

ALB. Anoche salí de Martorell, como sabes, y antes de las doce ya estaba en casa de Jorge: poco tiempo después llego él y allí hemos pasado la noche.

TER. Ya lo sé: como también me dijo que habías dispuesto que tu mujer y tus hijos se trasladaran hoy mismo á Igualada.

ALB. ¡Su seguridad así lo exige!

TER. Has hecho bien: continúa.

ALB. Esta mañana temprano quise venir aquí á verte ya que no me era posible presenciar tu boda, y Jorge hizo que desistiera de mi empeño.

TER. ¡Hizo muy bien!

ALB. Como desde Martorell no había encontrado ni avanzadas ni partida alguna en mi camino, confieso que he confiado demasiado y no he tratado de internarme aún en la montaña. Al clarear el día, me dirigí hacia el barranco del torrente, cuando oí no muy lejos de mí, voces y ruido de armas; me escondí entre las rocas, y ¡cuál no sería mi sorpresa, al ver que venían por el mismo camino que yo iba á seguir, varias compañías de tropas francesas: permaneci oculto para dejarlas pasar y un momento después oí clara y distintamente la voz de Daniel el judío: por entre el espeso ramaje que hay al pié de la roca que me ocultaba, pude verle por fin disfrazado de mendigo y en íntima conversación con un oficial: pocas palabras pudieron llegar á mis oídos, pero las bastantes para saber que era á mí á quien perseguían y que proyectaban custodiar la entrada de las sendas bajas que conducen á la montaña, en la creencia de que yo buscaría entre sus ásperos riscos mi salvación.

TER. Y en ellos debes buscarla, en efecto; pero no perdamos un momento. (Aparece Daniel por la derecha de la senda practicable de la montaña del fondo; los ve, y se oculta detrás de una roca, donde queda observándolos.) Escúchame: Daniel el judío no se atreverá á ir personalmente á

buscarte allí, que demasiado conoce los peligros á que se expondría, si los montañeses le reconociesen; pero habrá dado tus señas, y sobre todo las de tu traje...

ALB. Creo lo mismo.

TER. Allí... (Señalando el desván.) por aquella puerta pequeña del cobertizo entrarás en la habitación de Pablo, el guarda-bosque de las masías de este lado de la montaña, y allí encontrarás ropa suya con que disfrazarte.

ALB. Así lo haré.

TER. Debo advertirte, además, por si llegaran los soldados con ese infame espía, antes de que hayas podido huir por detrás de la masía, que la roca saliente, que, como ves, está casi unida al techo del cobertizo, forma una explanada en su parte superior, á donde fácilmente podrás saltar; desde esa roca, aunque con alguna exposición, se puede bajar á la estrecha senda que va á la cañada; y desde allí subirás fácilmente á la cueva de *Salmitra*, donde se ha refugiado también *El Mansueto*, y una vez allí, con él nada tienes ya que temer; la aspereza de aquellos riscos y el laberinto que forman esas cuevas, te darán asilo seguro.

ALB. ¡No olvidaré ni una sola palabra de lo que me has dicho!

TER. ¡Sube, sube pronto, y no te detengas!

ALB. ¡Adiós, Teresa! que *Él* te dé tanta felicidad como yo he deseado siempre para ti!

TER. ¡Adiós, Alberto! ¡que *Él* guíe también todos tus pasos! (Sube Alberto al cobertizo, y desaparece por la puertecilla de la derecha. Daniel lo observa todo detrás de la roca, y desaparece también por la izquierda.)

ESCENA VII

TERESA; luego ROSA, ANGELA y ALDEANAS; después PEDRO

TER. Es preciso que Jorge y el señor Pedro sepan que Alberto está aquí, para estar todos prevenidos. (Aparecen Rosa, Angela y otras Aldeanas por la puerta de la izquierda.)

- ROSA. ¡Teresa! (Llamándola desde dentro y apareciendo después en la puerta.) ¿Pero qué haces sola aquí? ¿Te has olvidado de nosotras?
- TER. (Disimulando su turbación.) No, Rosa; ya iba á buscaros al huerto, pero han llegado unos pobres y he querido socorrerlos.
- ROSA. ¡Siempre tan buena y tan caritativa!
- PEDRO. (Saltando.) ¿Qué escándalo es este? ¿Se ha perdido la novia ó la han cogido ya los franceses? (En tono de broma.)
- ROSA. ¡Eso mismo la estaba yo diciendo!
- TER. ¡No señor, no! ni se ha perdido, ni la han secuestrado todavía. (Aparte al señor Pedro, con rapidéz.) ¡Tengo que hablar á usted! (Se retiran con disimulo hacia la derecha; Rosa, Angela y las Aldeanas forman un grupo en el fondo.)
- PEDRO. (Bajo á Teresa.) ¿Qué tienes? ¡Estás conmovida!
- TER. ¡Alberto está aquí!
- PEDRO. ¡Aquí! ¿qué dices?
- TER. Sí señor, no ha podido aún internarse en la montaña, y está oculto arriba en el cobertizo.
- PEDRO. ¿Pero hay algún peligro?..
- TER. Sí señor: Daniel, el judío, le ha seguido desde Martorell, y varios soldados franceses están al pié de la montaña.
- PEDRO. ¡Miserable espía!
- TER. Hasta que huya de ahí, es preciso vigilar los alrededores para evitar toda sorpresa.
- PEDRO. Sí, sí, que huya pronto al interior de la montaña, que yo exploraré estos contornos.
- TER. Entre tanto yo avisaré á Jorge. (Se dirige hacia la puerta de la izquierda.)
- PEDRO. Voy... voy á ver... (Vase por el foro de la derecha, y un momento después atraviesa la senda practicable de la montaña, desapareciendo por la izquierda.)
- ROSA. (Mirando con las demás Aldeanas hacia el foro de la izquierda.) ¡Teresa... ven, ven!
- TER. ¿Qué queréis? (Acercándose á ellas.)
- ROSA. Mira, un carruaje se dirige hacia aquí.
- TER. ¿Un carruaje?
- ROSA. Sí... (Reconciéndolos.) ¡pero calla, si es la señora de don Alberto y sus hijos!

- TER. ¿Qué dices?
ROSA. (Con alegría.) ¡Ellos son!... (Sale corriendo por la izquierda á recibirlos.) ¡Margarita!... ¡Federico!...
TER. ¡Su mujer en estos momentos! ¡Otra nueva complicación!

ESCENA VIII

DICHOS; ELVIRA, MARGARITA, FEDERICO y una CRIADA,
en un coche de camino, que se detiene frente á la entrada de la masía;
después PEDRO

- TER. (Recibiéndolos en el fondo.) Señora, ¿usted aquí? ¡Yo la creía camino de Igualada! (Elvira baja del carruaje y entra en escena. Rosa y las demás Aldeanas besan y entretienen á los Niños.)
ELV. (Con altiva seriedad entrando con Teresa.) Me he separado de él para saber si Alberto se había detenido aquí, ó estaba ya en la montaña.
TER. ¿Alberto?... (Sin atreverse á decir que está allí.)
ELV. Qué, ¿no puede usted darme ninguna noticia de él?
TER. ¡Yol... (¡Si le digo que está aquí, querrá verle, y si se detiene está perdido! (Con resolución.) ¡No, callaré!)
ELV. ¿No me contesta usted?
TER. ¡Señoral... ¡yol...
ELV. ¿Por qué esa turbación?...
TER. ¡Turbada yol... ¡no sé!...
ELV. (Con desdén.) ¡Lo que no sabe usted es fingir, hija mía!
TER. ¿Eh?
ELV. Desde Martorell á aquí ningún peligro he encontrado en el camino, y eso me hace pensar que este país está completamente tranquilo.
TER. ¡Usted lo cree así!
ELV. (Con celosa y marcada intención.) Lo creo, y creo también que, no sé con qué fin, trata usted de ocultarme la verdad.
TER. ¿Qué quiere usted decir con eso?
ELV. Nada... si usted no lo adivina. Todo... si sus contestaciones encierran sólo una disculpa.
TER. ¡Oh! no comprendo lo que significan sus palabras, ni mucho menos esa extraña altivez con que me habla. Yo la respeto, ya que de Alberto se trata, y la ruego

que respete también el dolor que me está haciendo sufrir en este momento.

PEDRO. (Entrando precipitadamente por el foro de la izquierda.) ¡Teresa!... ¡Teresa!... (Viendo con sorpresa á Elvira.) Señora, ¿usted también en la masía?

TER. ¿Qué hay?

PEDRO. ¿Se ha marchado ya?...

TER. No.

PEDRO. ¡Pronto!... ¡pronto!...

ELV. ¿Qué es eso? (Alarmada también.)

TER. ¡Hable usted!

PEDRO. Un Oficial francés con varios Soldados y un mendigo por guía, se dirigen hacia aquí.

TER. ¡Daniel!... ¡Dios poderoso!... (A Elvira.) ¡Y aún aseguraba usted que no había peligro!

ELV. ¿Pero Alberto?...

TER. Está oculto allí. (Señalando el cobertizo.)

ELV. ¡Allí!

TER. Sí, pero yo le salvaré... piense usted lo que piense de mí.

ELV. ¡Qué he hecho yo, Dios mío!

TER. (Desde la escalera! la del cobertizo, llamándole á media voz, pero con energía.) ¡Alberto!... ¡Alberto!... ¡Huye pronto!

ALB. ¡Teresa!... (Saliendo del cobertizo con traje del país, barretina, etc., etc.)

TER. ¡Los soldados vienen con Daniel en tu busca! ¡Huye!

ELV. ¡Él! (Comprimiendo un grito al verle.)

ALB. (Viéndola desde arriba.) ¡Oh!... ¡Elvira!

ELV. ¡Alberto!...

TER. ¡Huye!

ALB. (A Elvira.) ¡Adiós! (Viendo á los Niños.) ¡Margarita! ¡Federico!... ¡Hijos míos!... ¡Adiós!

ELV. ¡Huye, Alberto! (Todo esto en voz baja y sentida. Momentos de expresivo silencio y marcada atención de todos. Alberto sale por la ventanilla al techo del cobertizo, salta á la roca que está detrás y desaparece.)

TER. (De pié en lo alto de la escalera.) ¡Se ha salvado! (Queda aún acechando sentada en la escalerilla.)

ELV. ¡Gracias, Dios mío!

PEDRO. (A Elvira.) Y usted, señora, por su seguridad propia y por la de sus hijos, siga adelante su camino, no sea que alguno la reconozca, y al verse burlados otra

- vez los Soldados, cometan alguna de sus tropelías.
- ELV. Tiene usted razón: ¡vamos! (El señor Pedro la acompaña hasta el carruaje, donde sube, y éste desaparece por la derecha. Rosa y las demás Aldeanas le despiden desde el fondo de la derecha. El señor Pedro vuelve y encuentra triste y pensativa á Teresa al pié de la escalerilla del cobertizo.)
- PEDRO. ¿Qué es eso, Teresa?... ¿Temes aún?...
- TER. No.
- PEDRO. Entonces, ¿por qué estás así?
- TER. ¡Ah, señor Pedro, señor Pedro! ¡No merezco tanta crueldad!
- PEDRO. No comprendo...
- TER. ¡En vez de arrojarse en mis brazos esa mujer, si tanto ama á Alberto, me ha ofendido mucho con sus palabras!
- PEDRO. ¿A tí? ¿Es posible que ella?...
- TER. ¡Sí señor, sí!... ¡No sé... no quiero saber qué ha pensado de mí!
- PEDRO. ¡Oh, no! ¡eso no puede ser! ¡Eso no será... porque yo mismo!...
- TER. (Recobrando su entereza.) ¡No, no! ¡Ni una palabra! ¡Cumpla yo mi deber... y nada debe importarme lo demás!
- ROSA. }
ANG. }
ALD. } (Entrando corriendo por el fondo.) ¡Los soldados! ¡Los franceses!
- PEDRO. ¡Serenidad, Teresa!
- TER. ¡Nunca me ha faltado! (Rosa y las Aldeanas se repliegan hacia la izquierda, huyendo de ellos.)

ESCENA IX

DICHOS; UN OFICIAL FRANCÉS, UN SARGENTO y VARIOS SOLDADOS, por el foro de la izquierda; después DANIEL, por la senda de la montaña de este lado.

- OFIC. (A los Soldados, que forman en dos filas en el fondo por detrás de la empalizada.) ¡Firmes! ¡Tercien! ¡Adelante, Sargento Rosiere! (Señalando con su espada el desván. El Sargento avanza con cuatro números y suben por la escalerilla al cobertizo, registrándolo todo: el Sargento, con un número, entra por la puertecilla que hay en él. Rosa, Angela y las Aldeanas, van á

escaparse por la puerta de la izquierda, y á la voz del Oficial se detienen todas asustadas, menos Rosa que ha entrado ya. Aparece Daniel en la montaña, quedando medio oculto detrás de la roca.) ¡Alto! ¡Nadie se mueva de aquí!

- TER. (Bajo al señor Pedro, viendo á Daniel.) ¡Oh, allí está; en la montaña!... ¡Es él!
- PEDRO. ¡Un mendigo!
- TER. ¡Daniel!
- PEDRO. ¡Ah, malvado!
- TER. (Esta vez... ha llegado tarde también.)
- SARG. (Saliendo al cobertizo con el redingot y casaca de Alberto y una cartera en la mano.) ¡No hay nadie!
- OFIC. ¡Registrad bien!
- SARG. Sólo hemos hallado estas prendas de vestir y una cartera dentro de una de ellas.
- OFIC. ¡Veamos! (Baja el Sargento y entrega la cartera al Oficial: después bajan los Soldados y forman en las filas.)
- TER. (Bajo al señor Pedro.) ¡Oh, la cartera y el traje de Alberto; estamos perdidos!
- PEDRO. ¡Serenidad, Teresa! (Animándola.)
- OFIC. (Después de examinar los papeles de la cartera, dirigiéndose al señor Pedro.) ¿Es usted el dueño de esta masía?
- TER. (Presentándose con entereza.) ¡Soy yo!
- OFIC. ¿Usted?
- TER. ¡Sí señor!
- OFIC. ¿Conoce usted estas prendas? (Enseñándoselas.)
- TER. ¡No señor!
- OFIC. ¿Y esta cartera?
- TER. ¡Tampoco!
- OFIC. Es inútil que trate usted de negarlo: los papeles que encierra, prueban con toda claridad que esta cartera pertenece al proscrito Alberto Borrel: he aquí también en ella sus iniciales.
- TER. ¡No lo sé!

ESCENA X

DICHOS; JORGE, JÁIME, ALDEANAS y ALDEANOS, por la puerta de la izquierda.

- OFIC. ¿Insiste usted en su negativa?
- TER. ¡Sí señor!

- OFIC. ¡Nada importa, cuando las pruebas son tan evidentes!
(Volviéndose hacia el Sargento.) ¡Apoderaos de esa joven!
(Sensación general.)
- TER. ¡Yo presal! (La rodean el Sargento y dos Soldados.)
- JORGE. (Desde la puerta.) ¿Qué significa esto?
- TER. ¡Jorge!... (Jorge se dirige hacia ella.)
- SARG. (Impidiéndoselo.) ¡Atrás!
- JORGE. Señor oficial, ¿puede saberse la causa de esta prisión?
- OFIC. Esa joven se ha declarado dueña de esta masía.
- JORGE. ¿Y bien, qué? (Colocándose al fin al lado de ella.)
- OFIC. Que en ese cobertizo ha permanecido oculto esta noche un proscrito.
- JORGE. Eso no es posible.
- OFIC. Estas prendas y esta cartera así lo atestiguan.
- TER. (Bajo á Jorge.) ¡Era Alberto!
- JORGE. ¡Oh! (Dominando su emoción.)
- OFIC. Las órdenes son terminantes y sabré cumplirlas. «Todo el que oculte ó dé hospitalidad á un proscrito, será preso y juzgado por un Consejo de guerra, sin distinción de sexo ni edad.»
- TODOS. ¡Oh!
- JORGE. Pues bien, señor Oficial; esa joven no es ni puede ser responsable de nada... ¡Aquí el único responsable soy yo!
- TODOS. ¿Eh?... (Movimiento general.)
- JORGE. Esa joven... es mi mujer. Yo soy el que debo acudir á ese Consejo.
- TER. ¡No, no: él es inocente, señor Oficial! ¡él lo ignoraba todo... todo!
- JORGE. No la escuche usted; quiere sacrificarse por mí declarándose culpable.
- TER. ¡No, no es verdad; él es el que trata de salvarme! ¡Es inocente, es inocente, lo juro!
- OFIC. (Al Sargento.) ¡Prended á ese hombre!
- TODOS. ¡Oh!
- TER. ¡Jorge!...
- JORGE. ¡Vamos! (Dirigiéndose con el Oficial y Sargento hacia el fondo.)
- TER. ¡Dios mío, Dios mío! ¡eso no puede ser! ¡yo... yo soy sola la culpable! ¡Jorge... Jorge! (Forcejeando con Rosa y Aldeanas, que tratan de detenerla.)

- JORGE.** (Desde el fondo.) ¡Adiós, Teresa! (Vase por el foro de la derecha, seguido del Oficial, Sargento y Soldados.)
- TER.** (Librándose de las que la sujetan.) ¡Dejadme, dejadme todos! (Abriéndose paso y dando un grito desgarrador.) ¡Jorge... Jorge! (Vase detrás de ellos con loco arrebato: el señor Pedro, Jáime y algunos otros Aldeanos la siguen: los demás quedan aterrados en la escena. Daniel sale de detrás de la roca de la montaña y atraviesa la senda, desapareciendo por la derecha.)— CUADRO.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

LA CUEVA DE SALMITRA

Interior de la pintoresca y espaciosa cueva de *Salmitra*, en las montañas del Bruch. Las estalactitas y estalacmitas forman entre sus grandes rocas caprichosas figuras y arcadas, y entre ellas, casi en el centro, una especie de *mitra* de *sal*, de donde toma su nombre. En la segunda arcada, hacia la derecha del centro, y ya junto al techo ó bóveda de la cueva, hay sobre un grueso pilar, formado por las rocas, la abertura ó entrada de otra gruta en la parte superior, que figura estar sobre la cueva. A esta entrada ó abertura se sube por una larga escala de cáñamo, que está sujeta arriba en dicha entrada. En primer término derecha, una fragua y varias herramientas de armero, una escopeta y un fusil. Al lado una pequeña mesa con una botella, pan y restos de viandas. En primer término izquierda, la entrada de la cueva, formada también por grandes rocas, que levantan el piso y hacen tortuosa y desigual la entrada. En el centro de la escena, en primer término, las mismas estalacmitas forman varios bancos ó asientos.

ESCENA PRIMERA

EL MANSUETO, aparece en la fragua arreglando el fusil; DANIEL, asoma la cabeza por entre las rocas de la entrada de la cueva, observa un momento el interior, y después se presenta, pero siempre con algún recelo.

DAN. (Entrando) Dios le guarde.

MANS. (Volviéndose rápidamente y cogiendo la escopeta, con la que

apunta á Daniel.) ¡Eh... quién va? (Daniel retrocede aterrado y el Mansucto, al ver que es un pobre anciano, baja la escopeta y se queda mirándole fijamente.) Perdóne usted, buen viejo; no había reparado...

DAN. (¡Este hombre debe ser una fiera! andemos con piés de plomo si hemos de cazarle tambien.)

MANS. (En tono brusco, después de dejar la escopeta junto á la fragua.) Pase usted, y diga pronto qué es lo que le ha hecho entrar aquí.

DAN. La curiosidad: he oído hablar tanto de las maravillas de esta cueva, que, al pasar por aquí, no he podido resistir á la tentación de entrar á verla. (Examinándola desde donde está.) ¡Y á fe que tienen sobrada razón! ¡Es, en efecto, una maravilla de la naturaleza!

MANS. Así es la verdad; y no lo es menos también que haya usted elegido la hora mejor para subir á verla.

DAN. No comprendo...

MANS. Pues es muy sencillo; yo no habito solo en ella, y tal vez mi compañero hubiera recibido á usted peor que yo todavía.

DAN. ¿Eh?

MANS. Y que con él no valen explicaciones.

DAN. ¿Y puede saberse quién es su compañero?

MANS. *Tur*.

DAN. ¿Y quién es *Tur*? (Se oye dentro á lo lejos el ronco ladrido de un perro.)

MANS. ¡Ahí está ya! (Daniel se retira de la entrada de la cueva.) En este momento cruza la cañada y se dirige aquí por la vertiente de la montaña.

DAN. (Me parece que he hecho mal en seguir hasta aquí mi espionaje.)

MANS. Es mi mejor guardián, mi mejor amigo y el servidor más fiel que he tenido en mi vida: todos los días baja á la masía de Teresa y trae nuestra ración; pero hoy vuelve muy pronto, y no deja esto de extrañarme mucho, á no ser que con la boda se hayan olvidado de mi *Tur*. (Ésto ladra dentro, más cerca: Daniel se retira más hacia la derecha.) Estando conmigo no hay cuidado, (Mirándole, y con marcada intención.) á no ser que yo le mande otra cosa. (Sale de la cueva.)

DAN. Es una temeridad haber subido aquí; pero por el camino que Alberto ha tomado sobre las rocas, al huir

de la masía, intenta ocultarse en esta cueva con *el Mansueto*. ¡Oh, yo lo sabré! He jurado, aun á costa de mi vida, entregarle vivo ó muerto, y así lo haré.

MANS. (Volviendo con Tur, á quien traerá cogido del collar, y del cual está colgada una cestita vacía.) ¡Eh... quieto, *Tur*, hasta que yo te avise, si es preciso! (Mirando la cesta.) ¡Vacía!... ¿qué significa esto, *Tur*?

DAN. Creo que mejor que el perro podría explicarlo yo.

MANS. No entiendo...

DAN. Que yo puedo enterarle de lo que ha pasado en la masía; pero... (Señalando al perro.) si estuviéramos solos, podría hacerlo con más tranquilidad.

MANS. Comprendo. (Atraviesa con Tur la escena, parte el pan que está encima de la mesa y vuelve con el perro á la entrada de la cueva.) Hoy, mi buen amigo, no hay otra ración; la parto contigo, y nada más me puedes pedir. Toma... y anda á tu puesto. (Le da el pan, y Tur desaparece por las rocas de la entrada.) Ya estamos solos, hable usted.

DAN. (Con hipócrita humildad.) Como ya habrá usted conocido, yo soy un pobre forastero, que rara vez he cruzado por estos sitios, y las pocas veces que lo he hecho no me ha faltado nunca en casa de Jorge un pedazo de pan que comer y un saco de paja donde dormir.

MANS. ¿Conoce usted á Jorge?

DAN. Mucho: siempre ha sido bueno y caritativo conmigo, y haría por él cuanto hacer pudiera, que no de otro modo debo pagar sus beneficios.

MANS. Bien, bien; vamos al grano: ¿qué ha pasado en la masía? (Se sienta.)

DAN. Poco después de amanecer bajaba yo por la montaña, que es el camino que yo traía, y me dirigí hacia la casa de Jorge; no le encontré allí, pero me dijeron que se casaba hoy, y que estaba en la masía donde se celebraba la boda; fuí á ella en seguida, y supe en mal hora...

MANS. ¿Qué?

DAN. Que Jorge acababa de ser preso.

MANS. (Con reconcentrada expresión.) ¡Preso Jorge! ¿Y por quién?

DAN. ¿Pues por quién ha de ser? Por esos pícaros franceses que van apoderándose poco á poco de todo el país.

MANS. ¡No, de todo, no! ¡que mientras haya montañeses que sigan al *Mansueto*, lo que es de las montañas del Bruch no se apoderarán!

- DAN. ¡Si él piensa como usted dicel...
- MANS. ¡Como yo piensa; que *el Mansueto* soy yo!
- DAN. (Con fingida sorpresa y admiración.) ¿Usted?... ¿Usted *el Mansueto*? ¿Usted ese hombre valiente y osado?...
- MANS. ¡Eh!... Basta ya de campanilleo y diga pronto por qué está Jorge preso.
- DAN. ¡Sí, sí que lo diré; que sabiendo ya quién es, debo confiarme á usted por completo! (Con astuta adulación para inspirarle confianza.) Soy un pobre anciano y poco ó nada valgo. ¡Pero al ver á usted, siento rejuvenecerme y si para algo puedo servirle, mi vida poco importa ya y á todo estoy dispuesto!
- MANS. ¡Bien está todo eso, buen viejo... pero acabe con mil diablos! ¿Por qué Jorge?...
- DAN. Sí, sí, á eso voy y perdone mi patriótico entusiasmo; Jorge, según dicen, ha ocultado esta noche en el cobertizo de esa masía á un tal don Alberto, porque con el bando que han publicado nadie se atreve ya á darle hospitalidad.
- MANS. ¡Miente quien eso diga, que todos le protegeremos aun á riesgo de nuestra vida! ¡y yo... yo mismo le estoy esperando aquí desde anoche que salió de Martorell, según aviso que Jorge me ha mandado!
- DAN. (¡Ah!... ¡no está aquí todavía, pero vendrá!)
- MANS. Los montañeses del Bruch no faltan jamás á lo que prometen.
- DAN. Lo sé muy bien y sería una temeridad por parte de él, detenerse más tiempo en los caseríos del llano; allí su vida estará siempre más expuesta que en esta cueva, como lo ha estado hoy en la masía.
- MANS. ¡Repito que vendrá! ¡así lo hemos acordado ya, y estando aquí nada tiene que temer! ¡yo se lo fío!
- DAN. Cierto; ¿quién habría de descubrirle aquí entre estas rocas?
- MANS. ¡Pero aún no ha acabado de decirme qué ha sido de Jorge!
- DAN. No sé más; pero en bien de la causa que todos defendemos, en vez de seguir mi camino por la montaña regresaré á la masía; allí podré saber cuanto ha pasado y volveré aquí á enterarle de todo.
- MANS. ¡Y no ha de pesarle, buen viejo, que *el Mansueto* no ha sido nunca ingrato á quien bien le sirve! (Se oyen

dentro los ladrillos de Tur.) ¡Eh, qué es esto! ¡Alguien llega á quien no conoce *Tur*.

DAN. (¿Quién será?) (Con recelo.)

MANS. Ocúltese detrás de esa roca, (Señalando una de las derecha.) que yo recibiré á quien sea. (Daniel se oculta y el Mansueto coge su escopeta.)

F. CLEM. (Dentro.) ¡Eh! ¡chucho!... ¡chucho!... ¡favor!... ¡so-corro!...

ESCENA II

DICHOS; FRA Y CLEMENTE, con el hábito cogido, saliendo asustado por entre las rocas de la entrada, huyendo del perro; al ver al Mansueto con la escopeta preparada frente á él, da una media vuelta y sterado cae de rodillas en medio de la cueva.

F. CLEM. *Confiteor Deo Omnipotenti...*

MANS. (Fijándose en él.) ¡No, no me engaño! ¡Si es Fray Clemente!

F. CLEM. (Levantándose rápidamente al reconocerle.) ¡El mismo, hermano *Mansueto*! ¡pero con el recibimiento que he tenido creí que dejaba de serlo!

MANS. (Acercándose á la entrada.) ¡Eh, *Tur*, quieto ahí! (Desaparece un momento para calmar al perro que cesa en sus lardidos.)

F. CLEM. ¡Ay, gracias á Dios! ¡Me ha dado un susto ese animal! (Volviéndose y dando un respingo hacia atrás al encontrarse frente á frente con Daniel, que al saber ya quién es habrá salido de detrás de la roca.) (¡Hum!... ¡creí que era otro perro!...)

DAN. ¿También por estas alturas el hermano Clemente?

F. CLEM. (¡Éste también me conocel) Sí señor: yo ando siempre por todas partes! (¡Será algún patriota, compañero del *Mansueto*! ¡No, pues lo que es por su avío no debe estar muy sobrado tampoco!)

DAN. ¡Peligrosillos van haciéndose los viajes, estando el país tan revuelto!

F. CLEM. ¡Psh!... ¡la regla del convento manda que la colecta sea diaria!... (¡Yo conozco la voz de este hombre!) (Mirándole mucho: Daniel se vuelve temeroso de que le reconozca.)

MANS. (Volviendo por la entrada de la cueva y dirigiéndose á Daniel.) Ya puede usted salir sin temor alguno.

- DAN. Pero el perro...
- MANS. Está bien amaestrado y por ahora no se moverá de su sitio; además, yo le acompañaré hasta la entrada.
(Se dirige á ella.)
- DAN. Eso será lo mejor. (Expuesta ha sido mi venida aquí, pero al fin he conseguido saber lo que deseaba.)
- MANS. No olvide que le espero.
- DAN. (Con doble intención) ¡No... no olvidaré nada de cuanto hemos hablado! (Sale de la cueva con el Mansueto.)
- F. CLEM. ¡Será un buen patriota, pero lo que es atento!... ¡Ni siquiera me ha dicho buenos ojos tienes! (Mirando la cueva.) ¡Vaya si esto es maravilloso! ¡si parece una catedral! ¡La escala de cuerda! ¡la boca de la gruta de arriba! ¡si esto es un verdadero fuerte, con sus almenas y todo! ¡Que vengan, que vengan francesitos á cogernos aquí!

ESCENA III

FRAY CLEMENTE; EL MANSUETO, que vuelve por la entrada de la cueva.

- MANS. (Saliendo.) Ya baja hacia el barranco del torrente.
- F. CLEM. ¿Quién es ese viejo?
- MANS. No lo sé; pero parece un buen patriota.
- F. CLEM. Pues yo, por más que le he mirado, no recuerdo dónde le he visto; pero yo conozco su voz.
- MANS. Debe ser un pobre mendigo, pero no de este país.
- F. CLEM. ¿Mendigo? ¡Ya sé quién es! ¡Un abonado á la sopa boba del convento; como allí ve uno tantas caras feas y oye tantas voces raras, no es extraño que uno las confunda!
- MANS. ¿Y diga, hermano Clemente, sabe algo de lo que ha ocurrido en la masía de Teresa?
- F. CLEM. ¡Y tanto, hermano *Mansueto*, como que estaba yo en ella!
- MANS. ¿Pero es cierto que han prendido á Jorge?
- F. CLEM. ¡Ciertísimo, desgraciadamente!
- MANS. ¿Pero cómo ha sido eso?
- F. CLEM. Me explicaré: pasaba yo con mi mula por delante de la masía, y me encontré con la boda: invitáronme á que descansara un rato y á que me desayunara allí, y,

como es muy natural, obedecí humildemente á sus ruegos, que no eran de despreciar: las muchachas y los muchachos, después de bailotear un rato, se dirigieron al huerto á hacer unos ramos de flores para los novios; pero yo, que estoy por cosa más sólida, acepté el ofrecimiento que me hicieron de que entrara á tomar tranquilamente el rico *soconusco*.

MANS. ¿Eh?...

F. CLEM. ¡El chocolate!

MANS. ¡Ya!

F. CLEM. Allí me quedé con la señora Catalina y la señora Andrea, y cuando mejor estaba saboreando un roscón de manteca de... «¡chúpate ese bollo!» oí varios gritos fuera: salí corriendo y ví que una partida de *gabachos* se llevaba ya á Jorge por la montaña: Teresa, el señor Pedro y varios Aldeanos le seguían, y á duras penas podían contenerlos los Soldados.

MANS. ¿Pero la causa?...

F. CLEM. La causa es, según me dijo después el señor Pedro, que don Alberto, que no había podido aún dirigirse á la cañada para venir aquí, se había refugiado en el cobertizo de la masía.

MANS. ¿Y han sorprendido también?...

F. CLEM. No; disfrazado con un traje de Pablo el guarda-bosque, huyó por el techo del cobertizo, saltando á las rocas que están detrás; pero dejó allí su traje con una cartera con papeles, que es la que le ha denunciado, y como Jorge, por salvar á Teresa, se ha hecho responsable de todo, le han prendido.

MANS. ¿Y según el bando, será sometido á un Consejo de guerra?

F. CLEM. ¡Mucho lo temo!

MANS. ¡Oh, no será así! ¡Si los montañeses, como no dudo, se levantan al grito de Independencia que yo haré resonar por todo el país, ó todos pereceremos entre las rocas de nuestras montañas, ó Jorge se salvará!

F. CLEM. Y si llega al fin don Alberto, ¿cree usted que aquí estará seguro?

MANS. Mejor que en un castillo; por esa escala se sube á la gruta que está sobre esta bóveda, y por ella se pasa á otras muchas cuevas que se extienden por la montaña y cuya salida, ni los guías más experimentados

conocen como yo; además, arriba tenemos un verdadero arsenal de armas y municiones para destruir todo un ejército. ¡Oh, si todo el país pudiera encerrarse dentro de esta cueva, ya podían los franceses tomar pronto el camino de su tierra, si quedaba alguno para contarlo.

F. CLEM. Al escuchar á usted, casi, casi me dan tentaciones de quedarme aquí, hasta que se arme la gresca.

MANS. ¿Y quién se lo impide?

F. CLEM. Pues mi *Beata* que me espera en la masía para volver esta tarde al convento.

MANS. ¡Eh!... ¿Su beata?

F. CLEM. ¡Mi mula, hombre, mi mula! ¡No seamos ya tan maliciosos!

MANS. ¡Ya comprendo!

F. CLEM. Y con todas estas cosas, ya me olvidaba de lo que el padre Guardian me encargó con tanta reserva.

MANS. ¡Ya! Sobre las armas...

F. CLEM. Claro; mi salida hoy del convento no ha sido precisamente por la colecta que recogemos de todos estos pueblos, sino más bien un pretexto para llegar hasta aquí, y saber si han llegado las armas que se mandaron ayer.

MANS. Todas, según la nota que recibí. Arriba están depositadas, y esta misma noche se conducirán en carros que están ya preparados en toda regla, y se repartirán entre los pueblos inmediatos.

F. CLEM. Perfectamente; así mismo se lo diré esta noche al padre Guardián.

MANS. (Escuchando hacia la entrada.) ¡Chist! ¡Silencio!

F. CLEM. ¡Eh!

MANS. ¡Alguien se dirige hacia aquí!

F. CLEM. (Con recelo.) ¿Hacia aquí?

MANS. Sí; pero nada hay que temer: *Tur* no ladra y debe ser persona conocida.

F. CLEM. ¡Más vale así! ¡Porque si llega á desconocerle como á mí, mal lo pasaría, á no tener las piernas tan ligeras como yo!

ESCENA IV

DICHOS; ALBERTO, que aparece en la entrada de la cueva.

- ALB. (Muy fatigado.) ¡Llegué por fin! ¡Gracias á Dios!
- MANS. (Viéndole y acercándose á recibirle.) ¡Don Alberto!...
- F. CLEM. ¡Loado sea el que todo lo puede! ¡Este al fin se ha salvado!
- ALB. (Saliendo.) ¡Mansueto!... Jorge, según he sabido por Jáime...
- MANS. Todo lo sé: acaba de referirmelo Fray Clemente.
- ALB. (A Fray Clemente.) ¡Y Teresa?
- F. CLEM. Con el señor Pedro la he dejado en la masía, echa un mar de lágrimas.
- ALB. ¡Pobre Teresa! ¡Mucho debe sufrir para abatirse ella de ese modo! Pero no, no tema por Jorge. Si el Consejo de guerra, como temo, fuera tan cruel que le sentenciara á muerte, yo mismo propondré al Tribunal presentarme á él, si así con mi vida puedo salvar la suya. (Se sienta, abismado en su dolor.)
- MANS. ¿Qué dice usted? ¡Eso no es posible! De esa manera morirían los dos; que no hay que esperar clemencia alguna de nuestros enemigos. Además, la patria reclama nuestros esfuerzos, y ni usted ni yo podemos abandonar á nuestros valientes partidarios. Nuestro puesto está al frente de ellos, y malo ha de ser que el día de mañana no resuene en nuestras montañas el grito de patria y libertad.
- ALB. (Levantándose con resuelta decisión.) ¡Sí, Mansueto, nuestro puesto es ese, y no faltaremos á él!
- F. CLEM. ¡Buena se va á armar!
- ALB. ¿Ha traído Jáime noticias de Collbató?
- MANS. Esperándole estoy, y creo que serán las mismas que del Bruch.
- ALB. ¿Están los montañeses dispuestos á la lucha?
- MANS. ¡Todos! ¡Ni uno solo renunciaría á la gloria que nos llama, aunque á su lado nos espere la muerte!
- ALB. ¡Pobre patria mía! ¡no mereces que así traten á tus hijos!... ¡Y vive Dios que, ó todos perecemos en la lucha, ó el águila imperial no ha de pasearse mucho tiempo por delante de nuestros pobres hogares!
- F. CLEM. ¡Vaya si se va á armar!

ESCENA V

DICHOS y JÁIME

- JAIME. (Dentro.) ¡Bravo *Tur*, eres un buen centinela!
- MANS. ¡Es Jáime! (Aparece Jáime en la entrada.) ¡Adelante!
- F. CLEM. (¡Por lo visto á este también le conoce el perro!)
- JAIME. ¡Don Alberto!... (Saludándole.)
- ALB. ¿Qué hay, Jáime? ¿Qué noticias traes de Collbató?
- JAIME. Las mismas que del Bruch.
- MANS. ¡Ya lo sabía yo!
- ALB. ¿Están todos animados del mismo entusiasmo?
- JAIME. ¡Demasiado tal vez!
- ALB. ¿Qué quieres decir con eso?
- JAIME. Que su impaciencia es ya difícil de contener, desde que han sabido que Jorge está preso.
- ALB. ¡Pues es preciso que no se dejen llevar de su ciego arrebato! ¡Un golpe en falso podría traer á todos fatales consecuencias!
- JAIME. Lo único que yo he podido conseguir es que permanezcan dentro del pueblo hasta que les lleve órdenes terminantes del *Mansueto* ó de usted.
- ALB. ¡Bien, Jáime!
- F. CLEM. ¡Muy bien hecho!
- ALB. Pues es preciso que vuelvas en seguida y les digas que velamos por Jorge, y que hasta que suene en el Bruch la campana del somatén no salgan de allí. ¿No es eso, *Mansueto*?
- MANS. Eso es; y que esta noche acudan los comisionados que ellos mismos elijan, á la reunión de jefes de somatenes, que hemos de celebrar aquí.
- ALB. Tienes razón; preciso es organizar en toda regla el levantamiento, y saber las fuerzas con que contamos.
- JAIME. Está bien; así mismo lo diré.
- F. CLEM. Yo te acompañaré, y procuraré, por mi parte, contenerlos.
- MANS. ¿Tienes alguna otra noticia que comunicarnos?
- JAIME. ¡Y muy importante!
- ALB. Habla.
- JAIME. Que el regimiento que llegó anoche de Figueras ha intentado apoderarse de Casa-Masana, y temiendo sin

duda un mal encuentro, ha retrocedido á la parte de la vertiente de la montaña, donde ha acampado al pié de las ruinas del viejo castillo; y como éste no conserva ya más que un solo torreón habitable, allí es donde Jorge está preso.

MANS. Bien: en ultimo caso, destruiremos lo poco que queda ya de ese castillo; á falta de artillería, no han de faltarnos grandes piedras que arrojar desde lo alto de las rocas que le dominan.

F. CLEM. ¡Buen chubasco les esperal

ALB. ¡Pronto, Jáime, no te detengas!

JAIME. ¡Vamos, Fray Clemente!

F. CLEM. ¡Vamos! (Deteriéndose.) Pero...

MANS. ¿Qué?

F. CLEM. El perro...

MANS. Saliendo con Jáime, no hay cuidado.

F. CLEM. ¡Bien, bueno; yo lo decía porque... la precaución nunca está demás!

JAIME. Vamos...

F. CLEM. ¡Adelante, Jáime! (Vanse Fray Clemente y Jáime.)

ESCENA VI

ALBERTO y EL MANSUETO

ALB. (Sentándose, abatido por su triste recuerdo.) ¡Oh... pobre Jorge... y pobre Teresa!

MANS. (Animándole.) ¿Qué es eso, don Alberto, vamos á dejarnos ahora abatir por ese nuevo contratiempo?

ALB. No, *Mansueto*, no; cuando llegue el momento de luchar, no temas que me falte el valor.

MANS. ¡Eso ya lo sé; pero ahora tampoco conviene entregarse á dolorosos sentimientos, que bastante tenemos al presente en qué pensar!

ALB. (Cogiéndole la mano.) ¡Ay, amigo mio! ¡Deja que en esta soledad el alma espacie un momento su honda pena, que á bien que de entre estas rocas no ha de salir! ¡Sólo ansiaba la felicidad de Jorge y Teresa, como sabes, y yo... yo mismo he venido á destruir su dicha, á sacrificar su existencia tal vez!

MANS. Señor don Alberto, yo soy un pobre diablo que no sabrá explicar lo que siente, pero que sabe sentir más

que lo que otros explican. Sé que no hay dolor agudo ni herida más profunda que la que aquí penetra, (señalando el corazón.) pero sé también que, para curarla, debemos templar nuestra alma á vivo fuego. ¡En el fiero combate de la vida, contemplar el dolor es dar un paso atrás; ahogarle entre nuestros brazos, es dar un paso adelante!

ALB. (Levantándose con firme resolución.) ¡Tienes razón, *Mansueto*! ¡Vivir es luchar! ¡Luchemos, pues!

MANS. ¡Así quiero ver á usted, don Alberto; y una vez que ya estamos solos aquí, hora es de combinar el plan que mañana hemos de llevar á cabo.

ALB. Difícil es, si no imposible, tratándose de un levantamiento popular. Sin embargo, comprendo muy bien que la sorpresa es el arma principal con que debemos contar, y que el primer grito de guerra debe lanzarse con la mayor oportunidad.

MANS. Es cierto: si sólo se tratara de salvar á Jorge, no creo que sería difícil sorprender esta noche á las tropas que custodian el viejo castillo, antes que las avanzadas de Martorell se reuniesen á ellas; pero, sin olvidar que nosotros debemos salvarle á todo riesgo, nuestra empresa, don Alberto, debe ir mucho más allá.

ALB. Sí, *Mansueto*, y mucho me complace que pensemos de la misma manera. Sorprender á las tropas que llegaron anoche de Figueras, y que son las que están acampadas aquí, sería alcanzar sólomente un triunfo del momento. La división del general Schwartz, que hoy ha entrado en Martorell, seguirá mañana su camino hacia Zaragoza y cruzará por el Bruch: tan pronto como se enterara de nuestro alzamiento, tendría sobrado tiempo de organizar el ataque, y caería sobre nosotros con los cuatro mil hombres que forman su división. ¡No, *Mansueto*! La emboscada que les preparemos, aunque parezca temerario, debe ser á toda la división en masa, para no darles tiempo á reponerse de la primera sorpresa.

MANS. Estamos de acuerdo, don Alberto, y nada tenemos ya que hablar. ¡O mañana sucumbimos todos, ó rechazamos por completo á toda la división!

ESCENA VII

DICHOS; TERESA y PEDRO, por la entrada de la cueva.

- TER. (Dentro.) ¡Alberto!... ¡Alberto!...
- ALB. ¡Es Teresa! (Se dirige hacia la entrada, donde aparece Teresa, que se echa en sus brazos; detrás sale el señor Pedro.)
- TER. ¡Alberto!
- ALB. (¡Desgraciada!) ¿Qué buscas aquí?
- TER. (Con doloroso arrebato.) ¡Te busco á tí... busco al *Mansueto*... busco á todo el mundo para arrancar á mi Jorge de su prisión!
- ALB. ¿Crees acaso que yo haya podido olvidarle? ¡No, Teresa, no! ¡Si yo he sido causa de su arresto, yo le salvaré, ó moriré á su lado!
- TER. ¡No; ni él ni tú! ¡Vuestra vida es la mía, y yo no podría sobrevivir si me faltáseis uno de los dos! ¡He querido presentarme á los oficiales que están en el campamento, y me han rechazado; he proclamado á voz en grito su inocencia y mi culpabilidad, y nadie ha querido oírme! ¡Oh... Alberto... Alberto!... ¡Los montañeses están dispuestos á sacarle de su prisión á viva fuerzal... ¡Ven, ven conmigo; los dos nos pondremos al frente de ellos, y atacaremos el castillo sin reparar en peligro alguno!
- ALB. Serénate, mi pobre Teresa, y piensa por un momento que ese natural impulso de tu arrebato, no es el medio mejor para asegurar la evasión de Jorge: confía en mí y en el *Mansueto*, que á nuestro cargo queda su salvación.
- MANS. ¡Sí; le salvaremos!
- TER. ¡Dios escuche mis ruegos!
- PEDRO. Grave es la situación en que se encuentra; pero no por eso la creo desesperada: en el Consejo de guerra que va á reunirse esta tarde, nosotros declararemos su inocencia, probaremos su inculpabilidad, como testigos del hecho, y no es posible que dejen de escuchar nuestras declaraciones.
- TER. ¡No, señor Pedro! ¡Los que formen ese tribunal sólo escucharán á ese infame Daniel, que ha jurado perdernos á todos!

- MANS. ¿Daniel el judío?
TER. Sí; Daniel el judío, que nos ha seguido desde Martorell, y que, disfrazado de mendigo anciano, es la sombra de Alberto por todas partes, y quien le ha delatado en la masía.
- MANS. (Con viva sorpresa.) ¿Un mendigo anciano de larga y blanca barba, con un zurrón de cuero y un sombrero negro, de anchas alas, caído sobre la cara?
- TER. ¡Sí; ese es!
- MANS. ¡Oh, miserable! (Cogiendo la escopeta.) ¡Ese infame espía ha estado aquí también, y, torpe de mí, que le he confiado que esperaba á usted en este sitio! (A Alberto.)
- TER. ¡Oh!
- ALB. ¿A mí?
- PEDRO. ¡Malvado!... ¿qué intentará?
- MANS. ¡No, aquí nada hay que temer: que vengan á buscar-nos si quieren, que caro pagarán su atrevimiento! ¡Allí está nuestro baluarte... (Señalando la abertura de la gruta de arriba.) y yo respondo con mi cabeza que allí no han de subir! ¡Oh! si le encuentro por estos riesgos... no volverá á espiarnos más, se lo prometo! (Sale de la cueva.)
- PEDRO. Cierto es que nosotros desde allí podríamos defender-nos sin temor alguno; pero Teresa...
- ALB. Sí, sí: es preciso que vuelvas á la masía; el señor Pedro te acompañará.
- TER. ¿Y tú?
- ALB. Nada receles: aquí mi seguridad no corre peligro, y tratarían inútilmente de sorprendernos.
- PEDRO. Sólo estando tú con él podría comprometerse en tu defensa. (A Teresa)
- TER. ¡No, eso no!
- PEDRO. Pues vamos, vamos pronto.
- TER. ¡En tí confío, Alberto! ¡Salva tu vida y salva la de forge también!
- ALB. ¡La salvaré, te lo juro!
- PEDRO. VAMOS. (Vanso Teresa y el señor Pedro por la entrada.)

ESCENA VIII

ALBERTO, luego EL MANSUETO; después OFICIAL y SOLDADOS franceses.

ALB. (Mirando desde la entrada.) Toman el camino de la cañada. (Breve pausa.) ¿Qué es esto? *el Mansueto* vuelve precipitadamente y se reúne á ellos. (Pausa.) Teresa quiere volver aquí: el señor Pedro la detiene y *el Mansueto* les señala la senda que conduce por detrás de las rocas al fondo del valle. ¡Indudablemente hay algún peligro por este otro lado! ¡Se separan! ¡*el Mansueto* vuelve hacia aquí! (Se retira de la entrada, donde aparece el Mansueto.) ¿Qué pasa?

MANS. No lo sé; pero me parece haber distinguido el brillo de algunas bayonetas entre los pinos del barranco que conduce á este sitio, y he creído prudente que Teresa y el señor Pedro bajen por la senda del otro lado.

ALB. Bueno será estar prevenidos. ¿Hay armas aquí abajo?

MANS. No; pero arriba tenemos un arsenal completo, y muchas de ellas están cargadas por lo que pueda ocurrir. La mano derecha daría, que es cuanto dar puede un armero, porque ese infame espía se presentase ahora aquí, aunque fuese con un regimiento de dragones.

ALB. Pues, ó mucho me engaño, ó algo de eso intenta ese miserable. (Ladra dentro *Tur*.)

MANS. ¡Ellos son! ¡*Tur* nos avisa! (Se dirige hacia la entrada.)

ALB. ¿Dónde vas?

MANS. ¡Hay tiempo aún! Suba usted á la gruta, que yo pronto iré á buscarle allí. (Sale de la cueva.)

ALB. ¡Qué intentará! (Acercándose á la entrada y observando.) ¡Salvar también á su perro! Hace bien. Al fin, como él dice, es su amigo más fiel.

MANS. (Entrando con *Tur*, á quien traerá sujeto por el collar.) ¡Ya están ahí! ¡Arriba, don Alberto! ¡Y tú, mi buen compañero, á tu covacha, que allí seguro estás! (Atraviesa la escena con el perro, y le deja por entre las rocas de la derecha. Alberto sube por la escala á la gruta; el Mansueto le sigue, y después de estar los dos arriba, recogen la escala.)

OFIC. (Dentro.) ¡Avancen!... ¡Por aquí!... ¡Esta es la entrada de la cueva!... ¡A ellos, muchachos! (Aparecen el Ofi-

cial y varios Soldados por entre las rocas de la entrada, guariéndose detrás de ellas. Alberto y el Mansueto, se resguardan también con los picos de las rocas que hay en la entrada de la gruta.)

MANS. ¡Atrás todos! ¡Que se presente vuestro infame espía y le daremos el pago que merece!

OFIC. ¡Fuego!... (Lucha empeñada por una y otra parte: los Soldados tratan de avanzar alguna vez, pero retroceden ante el vivo fuego que les hacen desde arriba, y por fin se van replegando, hasta que desaparecen de la entrada de la cueva.) (1).—
CUADRO.

(1) Como para el efecto de esta lucha no se necesita que las detonaciones de las armas de fuego sean muy fuertes, procure evitarse esto para no molestar al público.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

EL PRISIONERO

Sala baja de reducidas dimensiones en el torreón de un castillo cerca del Bruch. Puerta á la izquierda del foro y ventana con reja á la derecha. Una mesa y un banco en el centro de la escena. En la mesa restos de viandas y al pié una cesta con asa.

ESCENA PRIMERA

JORGE, sentado en el banco, abismado en sus tristes pensamientos: el SARGENTO MORTIER, paseando lentamente por el fondo. Por la puerta del foro se ve cruzar constantemente un CENTINELA. Momentos de silencio.

SARG. (Acercándose á la mesa.) ¿No comes más?

JORGE. No.

SARG. Apenas has probado nada.

JORGE. Ya comeré después.

SARG. Haces mal en apurarte de ese modo; si como dicen todos por ahí, tú no eres culpable y lo pruebas así en el Consejo, claro es que tendrán que absolvarte: prenderán al que ocultó al proscrito en la granja y á tí te dejarán libre.

- JORGE. No; ya he dicho que el único responsable de lo que ha pasado en la masía, soy yo.
- SARG. ¿Pero no conoces que esa obstinación puede perderte?
- JORGE. ¡Que me pierda! ¡No importa! (Breve pausa.)
- SARG. ¡Ya!... ¡Siempre lo mismo! ¡Las mujeres sólo han nacido para ser nuestra perdición! ¡Y como se trata de una joven y no mal parecida!...
- JORGE. Señor Sargento, esa joven... es mi mujer.
- SARG. ¿Eh?
- JORGE. Sí señor; cuando me prendieron, veníamos de la iglesia, de casarnos.
- SARG. ¿De casaros?
- JORGE. Sí.
- SARG. ¡Voto á una legión de condenados! ¡Pues digo, si te han dado el gran día de boda!
- JORGE. ¡Cómo ha de ser!
- SARG. ¡Vaya, vaya, ámate, que no todo está perdido, si tú te ayudas algo! El coronel del regimiento que llegó anoche de Figueras, de paso para Cervera, y que está acampado aquí, será el que forme con sus Oficiales el Consejo de guerra; es un hombre recto y severo, eso sí, pero no cruel ni sanguinario, y si tú por tu parte sabes defenderte...
- JORGE. ¡No; no es él el que ha de juzgarme; estoy ya juzgado!
- SARG. ¿Cómo es eso?
- JORGE. Un miserable espía, con amplios poderes del general Duhesme, me persigue con implacable saña por motivos personales, y no dejará en esta ocasión de vengarse de mí.
- SARG. (Bajando un poco la voz.) ¡Ya sé quién dices! Anoche en Martorell me hizo coger inútilmente un buen chubasco detrás de las tapias de un convento, y él ha sido sin duda el que, sin descanso alguno, ha hecho que salgan esta mañana de Martorell las avanzadas del general Schwartz para venir aquí.
- JORGE. ¿Y aún cree usted que mi situación no es desesperada?
- SARG. ¡Quién sabe todavía! ¡La esperanza es lo último que hay que perder! ¡El mundo da tantas vueltas!...
- CENT. (Dentro.) ¡Alto! ¡Quién vive!
- SARG. ¿Eh? ¡Alguien llega! ¡Veamos quién es! (Vase por la puerta del foro.)

ESCENA II

JORGE; después EL SARGENTO MORTIER y DANIEL, con su traje usual, por la puerta del foro.

JORGE. ¡Qué día más horrible! ¡Qué pronto la felicidad huye de nuestro lado para dar paso al dolor! ¡Mi pobre Teresa!... ¡cuántas lágrimas! ¡vertidas!... ¡y cuántas infamias mezclándose con ellas! (Queda pensativo. Aparecen en la puerta Daniel y el Sargento. Éste señala á Jorge y Daniel avanza lentamente; el Sargento se le queda mirando con marcado desprecio y desaparece de la puerta.)

DAN. ¡Jorge!...

JORGE. (Levantándose rápidamente al oír su voz.) ¡Oh!... (¡Daniel el judío!)

DAN. ¿Tanto te sorprende mi presencia en este sitio?

JORGE. (Reponiéndose de su sorpresa.) ¡No; nada absolutamente! ¡Bien pensado... ya debía figurarme que no debía usted estar muy lejos! (Con marcada intención.)

DAN. ¡No sé por qué! ¡Pero en fin, cuando así lo dices... tus motivos tendrás para ello!

JORGE. ¡Acabemos de una vez! ¿Qué le trae á usted aquí?

DAN. ¡Nada... y mucho!

JORGE. ¡Eh!...

DAN. La casualidad... mejor dicho, mis negocios particulares, me han obligado á salir hoy de Martorell para Manresa, y al pasar por el Bruch he sabido... también por casualidad...

JORGE. ¡Yal

DAN. Que estabas preso.

JORGE. (Con ironía.) ¿Y viene usted?...

DAN. A hacer por tí cuanto pueda. (Con fría expresión.)

JORGE. También me lo figuro. (En el mismo tono.)

DAN. Más vale así. (Pausa.)

JORGE. ¿Y se puede saber... qué es lo que por mí puede hacer?

DAN. Pues... sacarte ahora mismo de aquí, si accedes á lo que voy á proponerte.

JORGE. ¡Ah!

DAN. ¿Qué, no has adivinado todavía?...

JORGE. No señor. (¡Miserable!)

- DAN. Torpe estás.
- JORGE. No todos somos... tan listos como usted.
- DAN. Me explicaré con más claridad.
- JORGE. Ya escucho.
- DAN. He sabido también...
- JORGE. ¿Por casualidad?
- DAN. Sí... que don Alberto...
- JORGE. ¿Qué? (Con viva impaciencia.)
- DAN. ¡No; nada, nada: si vamos á amontonarnos así, no nos entenderemos! Empezar por el fin es no querer llegar nunca á él.
- JORGE. Bien, hable usted.
- DAN. Pues decía, que don Alberto... según he oído, se ocultó anoche en el cobertizo de la masía de Teresa, y que ésta ha sido la causa de tu prisión; pero que tú ignorabas esto, y por salvar á ella...
- JORGE. Le advierto á usted... que Teresa es ya mi mujer.
- DAN. Sí, ya lo sé; pero el hecho es... y esto no creo que te favorezca mucho, que ella... según dicen—yo nada supongo—le había ocultado anoche, y Dios sabe si alguna otra vez... (Con marcada intención.)
- JORGE. ¿Qué? (Esforzándose por contenerse.)
- DAN. ¡Psh!... ¡vaya usted á saber lo que intentan y lo que quieren las mujeres!
- JORGE. ¡Don Daniel!... (Refrenando su ira.)
- DAN. No ignoro tampoco que don Alberto te tiene sorbido el seso, y que no ves, ni oyes, ni entiendes más que lo que él quiere que entiendas, oigas y veas. (Además de impaciencia contenida en Jorge.) Voy... voy al caso. El hecho es, repito, que si tú nada sabías de esto... y de otras muchas cosas... que por algo el amor ha de ser ciego, no es justo que te sacrifiques de ese modo, y pagues culpas ajenas.
- JORGE. (¡Dios me contenga!...) (Disimulando su enojo.) Es cierto; no es justo que yo... (Sepamos á dónde va á parar.)
- DAN. Al fin te veo ya en camino de entrar en razón; y como yo no dudaba de que así lo hicieras, por eso he venido á hablarte aquí.
- JORGE. Pero... aún no sé lo que usted me viene á proponer... (¡Alguna otra nueva infamia!)
- DAN. ¿Pues qué ha de ser? Que abras bien los ojos... para que veas claro. Ya, ya sé también que no me tienes

mucho afecto, aunque ignoro por qué, y que ha de costarme más trabajo que á otro llegar á convencerte; pero así y todo, si me escuchas bien, creo que llegaré á conseguir algo de tí.

JORGE. Si usted no acaba de explicarse...

DAN. Sí, sí: tienes razón. Vamos de lleno al asunto. El Consejo de guerra se está reuniendo ya, y temo mucho que tu sentencia no sea... la que todos deseamos.

JORGE. ¡Todos! ya lo sé. (Con la misma ironía.)

DAN. Pues bien; yo tengo alguna influencia, y he conseguido hablar con el coronel del regimiento que está acampado aquí, que es quien ha de presidir el Tribunal.

JORGE. ¿Y qué?

DAN. En breves palabras lo sabrás todo. Don Alberto ha buscado asilo seguro con *el Mansueto* en la cueva de *Salmitra*. El es el que tiene la culpa de que te veas aquí, tal vez con intención...—ya te he indicado algo —no muy clara...

JORGE. (¡Oh!) (Conteniéndose á viva fuerza.)

DAN. Y vengo á decirte que si por los medios que tú creas más convenientes consigues sacarle de la cueva de *Salmitra* y llevarle hacia el bosque de *Casa-Pascual*, en aquel mismo momento quedarás en completa libertad.

JORGE. (Arrojándose sobre él.) ¡Oh, miserable! ¡ya no es posible contenerme más! ¡Vender yo á don Alberto!

DAN. (Luchando con él.) ¡Favor... socorro!

JORGE. ¡Calla... ó te estrangulo, vil canalla!

DAN. ¡Socorro!

ESCENA III

DICHOS; EL SARGENTO MORTIER, seguido del CENTINELA,
por la puerta del foro.

SARG. ¿Qué es esto? (Los separa, ayudado por el Centinela, que coloca el fusil con la bayoneta entre ellos.)

JORGE. ¡Señor Sargento, si es usted un militar honrado y pundonoroso, como creo, no consienta que por estar preso vengan á insultarme y á ofenderme, proponiéndome que venda á mis hermanos; que me fusilen en el

acto si eso merezco, pero que en mi última hora me libren á lo menos de ver á ese infame espía, escarnio y vergüenza de todo un pueblo noble y valeroso!

SARG. Salga usted. (A Daniel).

DAN. (Reponiéndose de su turbación.) ¡Es que yo todavía puedo!...

SARG. ¡Salga usted he dicho!

DAN. Su consigna...

SARG. Mi consigna es guardar al preso y no consentir que nadie venga á promover aquí un conflicto.

DAN. Pero yo...

SARG. ¡Que salga, repito por última vez, ó le aplasto como á un sapo! (Amenazándole con la culata del fusil de uno de los Soldados.) ¡Vamos, pronto! (Arrojándole de allí á viva fuerza, ayudado por el Centinela y los dos Soldados y desapareciendo con él por la puerta del foro.)

ESCENA IV

JORGE; después EL SARGENTO MORTIER y ELVIRA, en traje del país, por la puerta del foro.

JORGE. ¿Qué puedo ya esperar? Nada, nada; mi sentencia está dictada. ¡Pero moriré á lo menos con la cabeza levantada al cielo como un buen patriota, y no como morirás tú, tarde ó temprano, arrastrándote por la tierra como un vil gusano!

SARG. (A Elvira, en la puerta.) Pase usted, y recoja pronto esos *cachivaches*. (Señalando la mesa.)

ELV. (Bajo al Sargento.) ¿No podré hablar un momento al pobre preso, y despedirme siquiera de él?

SARG. Bien; pero que sea pronto. (Desaparece de la puerta. Elvira, dominada por el temor y por su natural sentimiento al ver allí á Jorge, avanza lentamente.)

JORGE. (Levantando la cabeza, y fijándose en ella con sorpresa.) ¿Qué es lo que veo? ¡Usted, señora, en este sitio, y con ese traje!

ELV. ¡Silencio! ¡podrían oírnos! He conseguido que me entreguen el pase que han dado en la *Posada de las dos Hermanas*, á Luisa y Juana para que le traigan la comida, y he podido llegar hasta aquí con estos vestidos, que ellas mismas me han proporcionado.

- JORGE. Pero... ¿con qué objeto?...
- ELV. ¡Con el más sagrado de todos; con el de implorar su perdón!
- JORGE. ¡Mi perdón!
- ELV. ¡Sí, Jorge, sí! ¡He sabido, por el señor Pedro, lo que ha pasado en la masía; y he dispuesto que mis hijos sigan su viaje hasta Igualada, porque yo no puedo... no debo alejarme de aquí hasta que haya conseguido merecer la gracia que vengo á suplicar á usted!
- JORGE. ¡A mí!
- ELV. ¡La tranquilidad de mi espíritu, de mi conciencia tal vez, me imponen este triste deber!
- JORGE. No comprendo...
- ELV. ¡Jorge, yo he sido la causa de su prisión, y debo confesar á usted todo... todo, para que no me maldiga en estos terribles momentos!
- JORGE. ¡Usted la causa de mi prisión! ¡Imposible! ¡eso no puede ser!
- ELV. ¡Sí, yo; yo misma!
- JORGE. ¿Pero cómo?...
- ELV. Anoche convinimos Alberto y yo, que, para seguridad de todos, saliera hoy de Martorell con mis hijos.
- JORGE. Y bien; ¿qué?
- ELV. Que en vez de dirigirme directamente con ellos á Igualada, me he separado de este camino y he tomado el del Bruch... para saber si Alberto... se ocultaba en la masía de Teresa. (¡Oh, Dios mío!) (Sin atreverse aún á declarar sus celos.)
- JORGE. ¡Nada más natural! Su curiosidad era hija de su temor.
- ELV. (Disimulando sus sospechas.) ¡Mi curiosidad!—¡Sí, sí! ¡eso es; eso es!— Llegué, en efecto, al Bruch; pero nunca pude imaginarme que vinieran desde Martorell espiando también mis pasos.
- JORGE. ¿Desde Martorell?
- ELV. ¡Sí, Jorge! Ese infame Daniel, que, como sabe usted, trató anoche de sorprender á Alberto en casa del señor Pedro, tuvo, sin duda, noticias de mi viaje, por alguno de sus espías, y yo... yo misma, sin saberlo, he guiado sus pasos hasta la masía. ¡Ah! ¡si hubiera seguido recto mi camino á Igualada, no hubiera él tampoco llegado aquí!
- JORGE. ¿Es decir?...

- ELV. Que disfrazado de mendigo ha entrado en la masía; se ha enterado de todo, y por él asaltaron esta mañana el cobertizo, donde, en efecto, se ocultaba Alberto.
- JORGE. ¡Todo lo comprendo ahora! Sólo así han podido dirigirse á la masía los soldados.
- ELV. ¡Y todo por mí!... ¡Por la duda cruel de mi celoso cariño!
- JORGE. ¡Qué dice usted, señora!
- ELV. ¡Sí, Jorge, sí! Hace tiempo que lucho con una idea tenáz, con una sospecha desgarradora, que no sé cómo no me ha vuelto ya loca! ¡Cuando pienso en Teresa; cuando recuerdo que salvó á Alberto en Barcelona, exponiendo su vida, y que hoy le ha ocultado en su masía, despreciando, como siempre, el peligro, mi corazón se conmueve, y sólo veo en ella su ángel salvador!
- JORGE. ¡Su ángel! ¡Sí, eso es!
- ELV. ¡Y, sin embargo, ese mismo cariño, ese incomprendible y misterioso afecto, que uno á otro se profesan, hiere al propio tiempo mi alma, y la duda... los celos!...
- JORGE. ¡Basta, señora! Y piense usted que al ofender á ella me ofende también á mí!
- ELV. ¡No, Jorge, no! ¡En mi loco arrebató, tal vez no he sabido explicarme bien; mis ideas se confunden, y no sé... ni lo que digo; ¡pero en mis palabras no puede haber ofensa alguna para usted! ¡Para usted, que por él se encuentra en este sitio! ¡Bien sabe usted, Jorge, que le he tenido siempre por un hombre honrado y digno! ¡Al unirse usted hoy á Teresa, mis dudas han debido desvanecerse por completo; mis celos desaparecer para siempre! ¡Sí, sí!... ¡Tiene usted razón! pero usted no me negará, en vista de estos mismos hechos, que envuelto en ese cariño hay un misterioso secreto que ustedes saben... y que yo debo saber también; ¡todo cuanto se refiera á Alberto me pertenece... ó no soy digna de su amor!
- JORGE. (Vacilando.) ¡Señora!... ¡yo no puedo!... ¡no debo revelar!...
- ELV. ¡Soy su esposa, Jorge! ¡Soy la madre de sus hijos!
- JORGE. (Con resolución.) ¡Pues bien, sí! Dentro de breves mo-

mentos voy á comparecer ante un Consejo de guerra, y mi sentencia de muerte es segura.

ELV. ¡Oh, no; eso no! ¡Yo misma declararé su inocencia ante ese Tribunal, si fuera preciso! ¡Vengo resuelta á todo para salvar á usted!

JORGE. ¡Sería ya inútil!

ELV. ¡No!

JORGE. Además, en la gloriosa lucha que ha de estallar de un momento á otro, porque así lo reclama la libertad é independencia de nuestra patria, todos podemos morir, y sería cruel que detrás de nosotros dejásemos, para más desconsuelo de nuestros seres más queridos, odios y rencores profundos, en vez de tiernos y cariñosos amores. ¡Nada hay, señora, en el mundo más sagrado que el recuerdo de una madre; ese santo recuerdo encierra el secreto de Teresa, que don Alberto juró, como ella misma, guardar siempre! De él me hizo depositario cuando la propuse casarse conmigo, y en este triste momento en que voy á ser sentenciado, cumple á mi deber depositarlo en usted, en la seguridad de que también sabrá guardarle fielmente, y de que sólo servirá para amarla como se merece!

ELV. ¡Lo prometo!

JORGE. Pues bien; Teresa...

ELV. ¿Qué?

JORGE. Teresa es hermana de don Alberto.

ELV. ¡Su hermana!... ¡Su hermana!... ¡Oh; gracias, Jorge, por esa revelación!

JORGE. ¡Chist! ¡Silencio! (Viendo aparecer en la puerta del foro al Sargento.)

ESCENA V

DICHOS; EL SARGENTO MORTIER, con una cadenita con un medallón.

SARG. (Saliendo.) ¿Aún estamos así? (Viendo que aún no ha recogido nada de la mesa.) ¡Por San Telmo, mi patrón, que la despedida no ha sido corta!

ELV. (¡Su hermana!...) (Recogiendo en la cesta maquinalmente los platos, etc., que están sobre la mesa.)

SARG. ¡Cosas más raras que las que hoy me están pasando!

¡Con estos bigotazos y esta facha... y esta fecha, me parece que no tengo cara de demandero!

JORGE. ¿Qué hay, Sargento?

SARG. ¡Pues qué ha de haber! Que una joven... y muy guapa por cierto, se empeñaba también en entrar á verte.

JORGE. (¡Es ella; no hay duda!)

SARG. Y como yo no puedo faltar á mi consigna, claro está que no la he dejado pasar.

JORGE. (¡Pobre Teresa!)

ELV. Pero si usted...

SARG. ¡Nada, nada; mi deber es lo primero, y no he de faltar á él. (Breve pausa.) Allí la he dejado sentada en una roca frente á la puerta, con la mirada fija en ella, como si quisiera prenderla fuego con sus ojos; y á fe que si sigue así mucho tiempo creo que lo va á conseguir. En fin, que ya que eso no ha podido ser, como me ha rogado tanto y tanto... y como la consigna no me lo prohíbe... y yo con las mujeres soy un poco blando de corazón, he consentido...

JORGE. ¿Qué?

SARG. En traerte eso que me ha dado para tí. (Le entrega el medallón.)

JORGE. ¡Oh!... Su medallón con la Virgen de Montserrat. (Besándole con efusión y dejándose caer abatido en el banco.)

ELV. ¡Pobre Teresa!

SARG. ¿Teresa?

ELV. ¡Sí señor; su pobrecita mujer que se morirá allí de dolor, si usted no se compadece de ella!

SARG. Si yo no...—¡Vaya, vaya! ¡No andemos con mojigaterías! yo... no puedo hacer más que lo que he hecho, y pedirme más sería no conocer al Sargento Mortier!

ELV. (Asaltada por una idea y sacando un papel del bolsillo.) ¡Ah!

SARG. ¿Qué es eso?

ELV. El pase. (Presentándosele.)

SARG. ¡Ya; ya lo he visto!

ELV. Lea usted ahí.

SARG. ¿Pero, hija mía, me va usted á enseñar á mí ahora... á deletrear?

ELV. ¡Lea usted; yo se lo ruego! (Con dulce expresión.)

SARG. ¿Conque usted me ruega?...

ELV. Sí señor.

SARG. ¡Vaya por el ruego! (¡Alguna vez me ha de tocar á

mi hacer lo contrario de lo que he hecho siempre con ellas, que es rogarlas á todas!) (Leyendo el pase muy despacio.) «Permítase la entrada para llevar la comida al preso á Luisa y Juana Font, propietarias de la *Posada de las dos Hermanas*.»—Bueno, ¿y qué?

ELV. Que ese pase es para dos personas, y que esa joven que está esperando ahí fuera...

SARG. Es una de ellas, ¿eh?

JORGE. No señor; esa joven es mi pobre mujer, como sabe usted ya. Pero yo le suplico también que si por ese medio pudiera usted acceder á nuestras súplicas...

SARG. ¡Ya he dicho que yo no falto á mi consigna! (Paseando por el fondo.)

ELV. ¡No señor, no! ¿Y por qué ha de faltar usted á ella? Usted no puede conocer, en las pocas horas que hace que está aquí, á toda la gente de este país.

SARG. (Paseándose y como si hablara consigo mismo.) ¡Ya! no se ha de exigir á todo el mundo que lleve colgada al pecho la fe de bautismo.

ELV. Y como usted no sabe...

SARG. ¡Claro está que no! ¡Justo!... ¡Eso es!... ¡Yo no sé nada!

JORGE. Piense usted, un momento siquiera, en la desesperada situación en que me encuentro. En que ya, tal vez, no podré volverla á estrechar entre mis brazos.

ELV. Recuerde usted, si se hallara desgraciadamente en este triste caso, ¡qué es lo que pasaría á su mujer, á sus hijos!...

SARG. (Siguiendo paseándose por el fondo.) ¡Yo no tengo mujer!... ¡yo no tengo hijos! eso hubiera sido demasiado lujo para mí!

ELV. ¡A su madre, entonces!

SARG. ¡Oh! (Dominando su sentimiento)

ELV. ¡A su pobre madre, cuyo corazón estaría traspasado de dolor!

SARG. ¡Hum!...

JORGE. ¡Pobre Teresa mía!

SARG. (Sin poderse ya contener.) ¡Eh!... ¡Basta ya de tanta palabrería inútil! ¡Voto á mil centellas! ¿Qué me importa á mí que él... ni que ella... ni todo eso que me están contando? Mi consigna, es mi consigna, y á ella me atengo; aquí dice: «Permítase la entrada á dos

- personas,» y yo no necesito saber más historias: ¡á dos personas no más! ¡ya lo sabe usted! (A Elvira.)
- ELV. (Comprendiendo su pensamiento.) ¡Oh! ¡Sí, sí; ya lo sé, ya lo sé, señor Sargento! (Cogiéndole el pase y saliendo precipitadamente por la puerta del foro.)

ESCENA VI

JORGE y EL SARGENTO MORTIER

- JORGE. (Estrechándole la mano.) ¡Gracias, gracias por ella y por mí! ¡No olvidaré ni un solo momento de los que me restan de vida, que el último, el mayor consuelo que podía desear, se lo debo á usted!
- SARG. Pero es preciso no abusar de mi condescendencia; yo, realmente, no me salgo de la consigna; pero no quiero que ninguno de mis soldados sospeche, siquiera, que ella no es... ¡la que debe ser!
- JORGE. ¡Juro á usted que en nada le comprometeremos!
- SARG. ¡Ahí fuera espero: sobre todo... pocas voces y menos gritos!
- JORGE. No tema usted: yo se lo fío. (Vase el Sargento.)

ESCENA VII

JORGE; después TERESA y ELVIRA, por la puerta del foro.

- JORGE. ¡Va á venir! ¡Voy á verla!... ¡A estrecharla entre mis brazos! ¡Voy á escuchar su voz y sus cariñosas palabras! ¡Mayor ventura no podía ambicionar!
- ELV. (Desde la puerta.) ¡Allí está! (Señalando á Jorge.)
- TER. (Saliendo rápidamente y echándose en sus brazos.) ¡Jorge!...
- JORGE. (Con pasión.) ¡Teresa! ¡Teresa mía!... (Quedan abrazados. Pausa.) ¡Eres tú... eres tú la que tengo entre mis brazos? ¡Si me parece un ¡sueño que estés aquí á mi lado!
- TER. (Con amor.) ¡Jorge!... (Volviéndose á Elvira.) ¡Gracias, señora; á usted debo esta dicha que no esperaba!
- ELV. ¡No me hables así! ¡Entre nosotras no puede haber ya ese respetuoso desvío! ¡Entre nosotras sólo cabe ya un amor fraternal!
- TER. ¡Eh!

- JORGE. Las circunstancias en que nos hallamos, el peligro que á todos nos rodea, me ha obligado á revelar la verdadera causa de tu cariño á Alberto.
- TER. Jorge, ¿qué has hecho?
- JORGE. En estos momentos, mi silencio hubiera sido criminal: no quiero que mañana, sola con tu dolor, en vez de hallar amor y consuelo á tus tristes recuerdos, sólo hubieras encontrado el desvío que encierra la duda, el rencor que alimentan los celos.
- TER. ¡Los celos!...
- ELV. ¡No, Teresa, no! ¡En Alberto y en mí no hallarás más que el agradecimiento, la ternura y el amor de dos hermanos!
- TER. ¡Oh! (Abrazando á Elvira.)
- JORGE. ¡He conseguido cuanto deseaba! (Señalando al grupo que forman abrazadas.) ¡Ya puedo morir tranquilo!
- TER. (Volviéndose rápidamente hacia él.) ¡Qué! ¿qué dices de morir? ¡Morir tú!... ¡Tú solo, estando yo á tu lado! ¡No, Jorge; la bala homicida que hiriera tu cabeza, heriría al mismo tiempo mi corazón!
- ELV. ¡Alejemos de nosotros esas tristes ideas y no perdamos la esperanza!...
- JORGE. ¡La esperanza! (En tono de duda.)
- TER. ¡Sí, Jorge! ¿Por qué hemos de perderla? ¡Yo declararé tu inocencia ante el Tribunal, y por severos que quieran ser tus jueces, no podrán menos de escucharme y te absolverán!
- JORGE. ¡Pero eso sería perderte tú!
- TER. Y si te pierdo á tí, ¿qué me importa ya todo?
- JORGE. ¡No, Teresa, no! ¡Tú vida es lo primero!
- TER. ¡Pues si eso quieres, defiende la tuya!
- JORGE. ¡La defenderé, pero no asistas al Consejo!
- TER. ¿Abandonarte yo? ¡nunca! ¡no lo esperes!
- ELV. (¡Y yo dudaba de esta mujer!)
- TER. (Bajando la voz, pero con viva expresión.) ¡Pero no! ¡no creas que todo está perdido! Los montañeses del Bruch no te abandonarán tampoco! ¡Cuando te apresaron en la masía, querían venir todos á sacarte de aquí á viva fuerza; los de Collbató se disponían también á levantar el somatén, y Alberto y el *Mansueto*, á quienes acabo de ver en la cueva de *Salmitra*, les han contenido para dar el golpe más seguro!

- JORGE. ¡Alberto!... *el Mansuetol* ¡Todos, todos se acuerdan del pobre Jorge! ¡ya sé, ya sé que no me abandonarán! ¡Ah, valientes montañeses! ¡con hombres así no se va nunca á la derrota! ¡Vosotros triunfaréis en la noble y santa causa que á todos nos animal (*Elvira se acerca á observar desde la puerta del foro.*)
- TER. ¡Así quiero verte, Jorge mío! ¡lejos de tí, mis fuerzas desfallecen; al escuchar tu voz, todo mi sér recobra nueva vida!
- ELV. (*Mirando hacia el interior.*) ¡Silencio! ¡Se dirigen hacia aquí!
- TER. ¡Oh, Dios mío! ¡ya vienen por tí!
- JORGE. ¡Calla... y disimula delante de los Soldados! ¡no comprometamos á ese pobre Sargento que tanto ha hecho por nosotros!

ESCENA VIII

DICHOS; EL SARGENTO MORTIER y CUATRO SOLDADOS

por la puerta del foro.

- SARG. El Consejo está ya reunido.
- TER. (*¡Oh!*) (*Refrenando su dolor.*)
- JORGE. (*¡Valor!*) (*A Teresa.*)
- ELV. (*¡Pobre Jorge!*) (*Llorando.*)
- SARG. (*Acercándose á Jorge.*) ¡VAMOS!
- JORGE. (*Dominando con serenidad la terrible situación en que se halla.*)
¡VAMOS! (*A cada paso que da hacia la puerta, vuelve la cabeza para mirar á Teresa, que se esfuerza cada vez más para sostener su aparente serenidad. Elvira á su lado trata de animarla. El Sargento, comprendiendo el doloroso sentimiento de unos y otros, toma parte en esta muda y tierna despedida, que el autor confía á la inspiración de los artistas que han de interpretarla. Jorge sale por fin, seguido del Sargento y de los Soldados.*)
- TER. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡He agotado todas mis fuerzas! (*Vacilando.*) ¡No puedo más!
- ELV. ¡Teresa!... ¡hermana mía!... ¡valor!
- TER. (*Con acento desgarrador, pero reconcentrado.*) ¡Ay, mi Jorge!... ¡mi Jorge! (*Echándose en brazos de Elvira.*)—CUADRO.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO

UN CONSEJO DE GUERRA

Sala antigua y espaciosa en el mismo torreón del castillo. Puerta grande al foro; dos á la derecha, y otras dos á la izquierda. En segundo término de la izquierda, una mesa larga, con tapete, y alrededor cinco sillas para el Tribunal. Delante de ésta, en tercer término, y frente al público, otras dos mesas pequeñas y dos sillas; la que está más cerca del Tribunal la ocupará el Fiscal, y la otra el Oficial defensor; delante de ésta, un banquillo para el acusado. La derecha de la escena, frente al Tribunal, la ocuparán seis bancos para el público, en la forma siguiente: tres, en primer término, uno detrás de otro, y otros tres en segundo, dejando un pequeño espacio ó pasadizo entre los tres bancos del primer término y los otros tres del segundo, por donde circularán constantemente el Sargento Mortier y Soldados, como igualmente por delante de ellos, para conservar el orden.

ESCENA PRIMERA

MR. RENARD y otros cuatro OFICIALES de distinta graduación, aparecen sentados en la mesa de la izquierda; formando el Tribunal otros dos OFICIALES, FISCAL y DEFENSOR en las dos mesas que están frente al público; JORGE, en el banquillo que está delante de la mesa del Oficial defensor. En el primer banco del público, en primer término, aparecen también sentados PEDRO, ANDREA, TROPEZONES y JÁIME; en el segundo banco del primer término, ROSA, ANGELA, CATALINA, y otras ALDEANAS; detrás, en el tercer banco, DANIEL; los demás asientos los ocupa el público; algunos estarán también de pie detrás de los bancos; EL SARGENTO MORTIER en el espacio que media entre los bancos del primero al segundo término; y los SOLDADOS, dos en la puerta del fondo y uno en cada una de las puertas laterales. Al alzarse el telón, se nota gran excitación y movimiento entre los que forman el público, y especialmente en los que están detrás.

- AND. (Al señor Pedro.) ¡Pobre Jorge!
- PEDRO. ¡Muy abatido está!
- TODOS. ¡Silencio!—¡que no vale empujar!
- JAIME. ¿Queréis callar?
- SARG. (Conteniéndolos.) ¡Al orden!... ¡Atrás!
- RENARD. (Levantándose.) ¡Silencio! (Se restablece el orden. Pausa.)
Oídas las declaraciones de los testigos, y vista la petición fiscal, ¿tiene que rechazar algún cargo el acusado?
- JORGE. (Levantándose.) Nada absolutamente. (Vuelve á sentarse. Murmullos de compasión en el público.)
- RENARD. El Defensor tiene la palabra. (Sensación general: momentos de expectación.)
- OFIC. ¡Extraña, es ciertamente, respetable Tribunal, la situación en que me encuentro; pero no por eso debo rechazarla; todo lo contrario: la acepto de buen grado, y procuraré, en breves palabras, cumplir este sagrado deber con la mano puesta sobre mi corazón y con mi pensamiento fijo en mi razón y en mi conciencia. He dicho extraña situación la mfa, porque, en efecto, yo mismo fui, como todos sabemos, el que prendí al acusado, llenando así este deber de mi cargo, como Oficial del digno regimiento á que pertenezco. Después la suerte, siempre rara y caprichosa, me designó entre mis compañeros como su defensor; y si bien como Oficial cumplí exactamente con lo que manda la Ordenanza, ahora, como su Defensor, cumpliré, no con menos celo tampoco, lo que la ley y la humanidad me imponen.
- TODOS. ¡Bien!—¡Eso es!
- JAIME. ¡Así deben ser los hombres!
- RENARD. ¡Silencio!
- OFIC. Respetando en casi todos sus términos la petición fiscal, basada en el bando que comprende á todo el antiguo Principado de Cataluña, firmado en Barcelona el veintiséis de Mayo anterior, por el capitán general Mr. Duhesme, que dice al pié de la letra: «que todo el que oculte ó dé hospitalidad á un proscripto, será sometido á un Consejo de guerra, sin distinción de sexo ni edad» poco ó nada podría aducir en favor del acusado, una vez probado su delito; ¡pero, señores!... ¿lo está realmente el de mi defendido?

¿Está en justicia y razón confirmada su culpabilidad? ¡No!

TODOS. ¡Bien! ¡Bravo!

JAIME. ¡No! ¡No lo está!

TODOS. ¡No!... ¡No!

RENARD. ¡Orden!... ¡Ó mandó despejar la sala! (El Sargento y Soldados contienen al público.)

OFIC. A esto, señores, es á lo que voy á referirme y sobre lo que llamo toda la atención de tan respetable Tribunal. Ciertamente es que en el cobertizo de esa granja ó masía, han sido halladas pruebas claras y evidentes de que allí se ha ocultado el proscrito Alberto Borrel: sobre este punto nadie mejor que yo puede testificarlo; pero, ¿es mi defendido quien le ocultó allí? ¿Está probado suficientemente este cargo? ¿No pudo serlo el mismo guarda-bosque, con cuyo traje huyó y que no ha podido ser hallado en parte alguna, suponiéndose que se ha ocultado con él en la montaña? ¿No pudo ocultarlo también la esposa de mi defendido...

JORGE. (Levantándose rápidamente.) ¡Oh! ¡no!

OFIC. Dueña y propietaria hasta hoy de esa masía, toda vez que el hecho ocurrió en el momento en que venía de casarse y en que hacía de ella depositario, y, por consiguiente, responsable á mi defendido?

JORGE. ¡No!... ¡No!

OFIC. ¡Y no es que yo trate por esto de culpar ni de acusar á otros! ¡lejos de mí semejante pensamiento! ¡Ni esta es mi misión en estos momentos, ni yo tengo prueba alguna para sospechar siquiera de nadie! ¡Yo sólo defendiendo al acusado, y creo en mí un deber apelar á todos los medios para presentar ante el Tribunal su inculpabilidad! (Jorge se sienta abatido.)

TODOS. ¡Es verdad!—¡Bien!—¡Eso es!

OFIC. Además, señores, todos los testigos, á excepción de uno solo, ignoran, según sus declaraciones, que el acusado fuera cómplice de los planes revolucionarios del proscrito Alberto Borrel, como afirma el testigo de cargo Daniel Mesina.

TODOS. ¡Infame!—¡Malvado!—¡Judío!

RENARD. ¡Silencio! (Daniel permanece inmóvil en el banco, sin levantar siquiera la cabeza que apoya en su mano, sosteniendo su brazo sobre la rodilla.)

- OFIC. Por lo tanto, en uso del derecho más legítimo de la defensa, pido, en justicia, que para probar la inocencia de mi defendido, acceda el Tribunal á las siguientes conclusiones: Primero; que se amplíen las declaraciones de los testigos Juan Ripoll y Pedro Vallés. Segundo; que responda á los cargos que de ellas resulten Daniel Mesina. Tercero; que se celebre un ca-reo entre mi defendido y su mujer Teresa Montaner.
- JORGE. (Con energía.) ¡Protex-to de esa petición, señor Presidente; mi mujer nada sabe, nada ha visto y nada tiene que declarar aquí! ¡Yo... yo solo soy el único responsable de todo cuanto ha pasado en la masía!
- OFIC. Sin embargo, mi deber...
- JORGE. ¡Yo agradezco con toda mi alma la intención de mi defensor para salvarme, pero le ruego que retire esa petición!
- RENARD. ¡Silencio! ¡El Tribunal acordará lo que estime más conveniente! (Habla en voz baja con los otros Jueces. Jorge se sienta y queda abatido. El Fiscal felicita al Defensor: los que forman el público hacen comentarios sobre la situación de Jorge, y la petición del Oficial defensor.)
- JAIME. (Bajo al señor Pedro.) ¡Si viene Teresa, se pierde ella también!
- PEDRO. ¡Eso es lo que teme Jorge!
- ROSA. (Bajo á Angela.) ¡Pobre Teresa! ¡Qué no hará ella por salvarle!
- ANG. ¡Hace bien: yo haría lo mismo!
- RENARD. ¡Sargento Mortier!... (Llamándole.)
- SARG. (Cuadrándose y saludando militarmente.) ¡Mi coronel!... (Renard le indica que se acerque á la mesa; le habla en voz baja, y el Sargento se retira por la primera puerta de la derecha.)
- JAIME. (Bajo al señor Pedro.) (¿Qué resolverá el Tribunal?)
- PEDRO. ¡Pronto lo sabremos!
- RENARD. (Levantándose.) ¡Silencio, señores! (Breve pausa. Todos callan y fijan su atención en lo que va á decir.) El Tribunal accede á la petición de la defensa. (Sensación general. Jorge se levanta para protestar de nuevo, pero comprendiendo que ya todo sería inútil vuelve á dejarse caer abatido en el banquillo.)
- DAN. ¡Se perderán los dos! ¡Mejor!
- RENARD. ¡Va á procederse á la ampliación de las declaraciones de los testigos citados por la defensa. (Llamándole.)

Juan Ripoll... (Tropezones permanece quieto.) Juan Ripoll... (Llamándole más fuerte.)

JAIME. ¡Anda, Tropezones! ¿No oyes que te llaman?

TROP. ¿A mí? (Levantándose.)

JAIME. ¡A tí! (Empujándole: adelanta hacia el centro de la sala, dando por el empuje un gran tropezón. Todos se ríen de él.)

RENARD. Juan Ripoll...

TROP. ¡Yo soy; sí señor! ¡Pero como todos me llaman Tropezones!...

RENARD. En su declaración anterior ha indicado usted algo sobre venganzas ó resentimientos personales entre el proscrito Alberto Borrel y el testigo Daniel Mesina.

TROP. ¡Sí señor!

RENARD. ¿En qué funda usted esa afirmación?

TROP. ¿Eh? (Sin comprenderle.)

RENARD. Que diga usted lo que sepa sobre esos resentimientos.

TROP. ¡Ah, ya!—Pues sí señor, ese hombre... (Señalando á Daniel.) quería casarse con doña Elvira, y andaba que bebía los vientos por ella; ¡pero qué! No se hizo la miel... (Mirándole con desprecio.)

RENARD. Circunscribase usted á la cuestión y evite digresiones.

TROP. ¿Eh? (Sin entenderle.)

RENARD. Que hable usted claro y sin rodeos.

TROP. ¡Ya!...—Pues decía, que ese hombre .. quería casarse con doña Elvira, y ahí está todo el *intrínquilis* de la cosa.

RENARD. ¿Y quién es doña Elvira?

TROP. Una señora muy guapa; ¡muy guapa, señor militar! ¡Y estoy seguro que si usted la conociera, le gustaría como á todos! (Volviéndose al público.) ¿No es verdad que sí? (Todos lo aprueban, pero riéndose de él.)

RENARD (Levantándose incomodado.) ¡Atienda usted aquí, y nada más!

TROP. (Volviéndose.) ¡Bueno, bueno! ¡no se incomode usted por tan poca cosa!

RENARD. ¡He preguntado á usted que quién es esa señora!

TROP. ¡Pues ya lo he dicho! Una señora muy buena, y muy caritativa, y muy *querendosa* de su marido... y de sus hijos!

RENARD. (Conteniéndose.) ¡Si no es eso!...

TROP. ¿Cómo que no? ¿que no es buena esa señora? ¡Eso sí

que no lo consiento yo, ni nadie de los que estamos aquí!

RENARD. (Levantando la voz.) ¡Que no es eso lo que se le pregunta á usted!

JAIME. ¡Vaya si es brutal! (Todos se ríen.)

TROP. (Volviendo la cara hacia él.) ¡Me llamo Tropezones.. y no otra cosa! ¡conque ya lo sabes!

JAIME. ¡Que mires hacia allí te han dicho!

RENARD. ¡Silencio!—¿Dice usted que es muy amante de su marido?

TROP. ¡A carta caball ¡Como deben serlo todas las mujeres!

RENARD. ¿Y quién es su marido?

TROP. ¿Pues quién ha de ser? ¡don Alberto! Y como él es bueno, y rico, y de buena presencia, y, en fin, un hombre completo, claro está que doña Elvira se casó mejor con él que con ese otro... que ya ven ustedes la facha y la cara de condenado que tiene. (Señalando á Daniel.)

TODOS. ¡Sí, sí! ¡la de un malvado!—¡la de un infame!

JAIME. ¡Pues los hechos son peores!

DAN. (Levantándose.) ¡Señor Presidente! ¡no puedo consentir!..

RENARD. ¡Orden! (A Tropezones.) ¡Amonesto á usted por última vez para que no dirija á nadie palabras y apreciaciones ofensivas! ¡refiérase á los hechos y nada más! ¡y en cuanto al público, modere también sus impresiones ó me obligará á tomar enérgicas medidas para conservar el orden! (Pausa. Daniel se sienta. Todos permanecen silenciosos.) ¿Tiene usted algo más que añadir á su declaración? (A Tropezones.)

TROP. No señor: ya lo he dicho todo.

RENARD. En ese caso, responda usted únicamente á lo que voy á preguntarle.

TROP. ¡Bueno! ¡sí señor!

RENARD. ¿Sabe usted si, de una manera ó de otra, participa también de esos odios y rencores el acusado?

TROP. ¿Qué acusado? (Renard señala á Jorge.) ¡Ah! ¡ya! ¡Jorge! ¡no lo había entendido bien! ¡como todos le llamamos Jorge á secas!

RENARD. ¡Responda usted!

TROP. ¿Que si odia también á...? (Señalando á Jorge.) ¡pues yo creo que sí!

RENARD. ¿En qué funda usted esa creencia?

TROP. Pues como dicen que si don Alberto estuvo ó no estuvo en la masía, que yo no lo he visto *tan siquiera*, y como ese hombre, (Señalando á Daniel.) piensa mal de todo el mundo, si ha creído que Jorge se interesaba por él y por eso le ocultaba allí, pues para qué más, para que le aborrezca también!

RENARD. ¿Y usted cree ó sospecha al menos, que en efecto, pudiera el acusado interesarse por él?

TROP. No señor; yo no digo eso, porque yo nada sé; lo que yo digo es que ese hombre pudiera creerlo así, y por eso...

RENARD. ¿Y qué motivos tiene usted para suponer que pudiera creerlo así?

TROP. Pues ya lo he dicho; porque no piensa bien de nadie y sólo se complace en hacer daño á todo el mundo!

RENARD. Bien; retírese usted.

TROP. (Saludando al Tribunal.) Vaya, señores... que ustedes lo pasen bien. (Todos se ríen de ól, y se sienta otra vez en el banco, discutiendo en voz baja con Jáime. Breve pausa.)

RENARD. (Llamándole.) Pedro Vallés. (Este se levanta y se presenta ante el Tribunal. Sensación en el público. Se restablece el silencio.) Ha manifestado usted en su declaración que debía ser recusado el testigo Daniel Mesina.

PEDRO. Sí señor.

RENARD. ¿Qué motivos ó qué pruebas tiene usted para ello?

PEDRO. Señor: yo entiendo poco de leyes, pero creo y siempre he creído que según los antecedentes de la persona que declara, así debe ser más ó menos válido su testimonio.

RENARD. Y así es en efecto.

PEDRO. Pues bien, señor; los antecedentes del testigo á que me refiero no pueden ser peores. (Sensación en el público.)

DAN. ¡Oh, qué irá á decir!

RENARD. Explíquese usted.

PEDRO. Seré muy breve.—Hace ya bastantes años, se falsificaron en Barcelona unas firmas en varios documentos de comercio...

DAN. (Levantándose.) ¡Señor Presidentel... (Queriendo cortar su relación.)

RENARD. ¡Silencio!... Ya hablará usted cuando yo lo ordene. (A Pedro.) Siga usted.

- PEDRO. Se falsificaron unas firmas, y como es consiguiente, se formó una causa criminal. Los detalles de esa causa, ni yo podría determinarlos bien ahora ni creo tampoco que sea necesario en el caso presente: lo que sí afirmo y sostengo es, que, entre otros varios, el señor fué sentenciado á cuatro años de presidio, que cumplió en el penal de Valladolid.
- DAN. (¡Oh!)... (Sin atreverse á mover de su asiento.)
- TODOS. ¡Si es un miserable!—¡un bandido!—¡un presidiario!
- JAIME. ¡Lo que ha sido siempre!
- RENARD. ¡Orden, señores!...—Continúe usted.
- PEDRO. Un año después de cumplir su condena, se realizó un préstamo usurario, calificado después de estafa, y también el señor sufrió por esta causa un año de prisión en Tarragona. (Se repite en el público la misma sensación.)
- RENARD. Prosiga usted.
- PEDRO. Nada más tengo que añadir. Estos son, señores, los motivos que he tenido para decir que, por sus antecedentes penales, creía recusable este testigo.
- RENARD. Está bien; retírese usted.
- TODOS. ¡Bien! ¡bravo!
- JAIME. (¡Bien, señor Pedro! ¡merecido lo tiene!)
- RENARD. (Llamándole.) Daniel Mesina. (Se levanta y se presenta delante de la mesa; mormullo general de reprobacion en el público.) ¿Qué tiene usted que contestar á las declaraciones que acaba de oír?
- DAN. Tengo que decir, en primer lugar, que parece que se han cambiado por completo los términos de este Consejo, y que el acusado soy yo.
- RENARD. El Tribunal no acusa á usted de nada: el Tribunal, en cumplimiento de su deber, concede á usted el derecho que le asiste, para responder, si así lo cree necesario, á las declaraciones de los otros testigos. (Murmillos de aprobación en el público.)
- DAN. ¡Pues bien, sí! ¡contestaré en muy pocas palabras!—En cuanto á la ridícula novela que ha contado ese... imbécil...
- TROP. (Levantándose y dando en paso hacia él.) ¡Eh!... (Jaime le contiene.)
- RENARD. ¡Silencio!—Recuerdo á usted la amonestación que á él mismo acabo de hacerle; mida bien sus palabras.

DAN. Lo haré así.—En cuanto á esa novela, que no sé á qué conduce en estos momentos, la rechazo en absoluto, y dejo su apreciación al buen juicio del Tribunal; respecto á la declaración de ese... buen viejo, sólo diré que no comprendo tampoco á qué fin responde traer á este sitio causas completamente ajenas á él. Yo no me he presentado, ni me presento aquí, como acusador de nadie. Citado como testigo, he contestado únicamente á las preguntas del Tribunal, como debía hacerlo. ¿Qué razón había para que yo, faltando á la verdad, negase que conocía á Alberto Borrel? ¿Por qué había yo de ocultar que en mis continuas excursiones á este país le haya visto varias veces en casa de Jorge y en la masía de Teresa, y que haya sabido que en ella ha pernoctado algunas noches?

JORGE. (Levantándose.) ¡Oh!... (Esforzándose por contenerse.)

DAN. ¿Soy yo el llamado á defender ó disculpar aquí los motivos que él y ella hayan tenido para hacerlo así, ni mucho menos para responder de su sospechosa conducta?

JORGE. ¡Miserable impostor! (Va á arrojarse sobre Daniel, y él mismo se contiene al dar el primer paso, por respeto al Tribunal; todos se han puesto de pié. Los Soldados, el señor Pedro, Jáime y los Aldeanos, que están más cerca, se han levantado para evitar un choque entre los dos, y ellos mismos se detienen también al ver la actitud respetuosa en que Jorge se ha quedado. Cuadro.)—¡Señor presidente... ruego á usted que me dispense este arrebató! ¡Como hombre de honor, sabrá comprenderle; como hombre de ley... sabrá perdonarme! (Pausa. Vuelven todos á sentarse con el mayor silencio.)

RENARD. Espero que no volverá á reproducirse, y que para contenerle no me obligarán á hacer uso de la fuerza armada.

JORGE. ¡Lo prometo! (Pausa. Cae otra vez abatido en el banco.)

RENARD. (A Daniel.) Puede usted continuar.

DAN. He concluído ya.

RENARD. En ese caso, conteste usted terminantemente á esta sola pregunta: ¿es cierto que ha sido usted sentenciado dos veces, como afirma el testigo?

DAN. Repito, señor Presidente, que no creo que tenga nada que ver con esta causa...

- RENARD. (Con voz imperiosa.) ¡Conteste usted, digo!
- DAN. Pues bien; sí señor.
- TODOS. ¡Oh! (Murmullos prolongados y voces contra él en el público.)
- DAN. Pero...
- RENARD. ¡Basta: puede usted retirarse! (Daniel se dirige hacia el banco donde estaba sentado: pero al ver la excitación de todos que se agolpan hacia este sitio, se detiene temeroso: Renard le señala la puerta del foro, y siempre con el mismo recelo, sale al fin por ella, acompañado de los murmullos y reproches del público.)

ESCENA II

DICHOS; EL SARGENTO MORTIER; detrás TERESA, por la primera puerta de la derecha.

Al dirigirse Daniel hacia la puerta del foro se presenta el Sargento en la de la derecha, y en cuanto sale aquél deja libre el paso y aparece Teresa en ella: avanza lentamente con extraña sorpresa de cuanto á su vista se presenta, y al llegar al extremo del banco primero del público, donde está el señor Pedro, ve á Jorge y lanza un grito, avanzando rápidamente hacia él.

- TER. ¡Jorge!... (Jorge se levanta, pero se detiene al ver que el Sargento y uno de los Soldados se interponen. Teresa queda fija en medio de la escena, sin darse casi cuenta de lo que le pasa. Momentos de expresivo silencio.)
- TODOS. (Muy bajo y con mucha expresión.) ¡Pobre Teresa!
- ROSA. ¡Desgraciada!
- PEDRO. (¿Por qué habrá venido aquí?)
- RENARD. (A Teresa.) Acérquese usted más. (Teresa se aproxima á la mesa, sin apartar la vista de Jorge.) ¿El nombre de usted?
- TER. Teresa Montaner.
- RENARD. ¿Conoce usted al acusado?
- TER. ¿Que si yo conozco?... ¡sí... sí señor... es mi... mi marido!...
- RENARD. Según la ley, nadie puede obligarla á que declare, si usted se opone á ello.
- TER. ¡No señor, no me opongo! ¡Al contrario, lo deseo con toda mi alma! Yo, más que nadie, puedo probar su inocencia; y si no lo he declarado ya así, es porque

me han hecho creer que yo no podía presentarme aquí. (Mirando al señor Pedro.)

RENARD. ¿Y quién ha hecho á usted creer eso?

TER. ¿Quién?... ¡No puedo decirlo; no lo diré! ¡Su intención era buena; quería evitarme el agudo dolor de verme en este sitio! (Recobrando algún tanto su serenidad.) ¡Pero no!... ¡mayor hubiera sido no haber defendido á mi Jorge, pudiendo hacerlo!

JORGE. (¡Oh, desgraciada!)

ROSA. (¡Pobrecita, cuánto le quiere!)

ANG. (¡Mucho debe sufrir!)

PEDRO. (¡Pobre Jorge!)

RENARD. Indudablemente, dirían á usted eso porque, según afirma su marido, usted ignoraba que se había ocultado en el cobertizo el proscrito Alberto Borrel.

JORGE. (Levantándose.) ¡Sí señor, lo ignoraba; ella nada podía saber; yo soy el que únicamente puede responder á ese cargo!

TER. ¡No, Jorge, no; el que no tiene responsabilidad alguna eres tú!

JORGE. ¡Teresa... yo te ruego!...

TER. ¿Rogarme tú? ¿Acaso no puedes ya mandarme todo lo que quieras? ¡Pero yo vengo aquí á decir la verdad, porque así debo hacerlo, porque tu vida lo es todo para mí; y si ella me faltase, la mía sería un tormento continuo, que no podría sobrellevar!

RENARD. Siga usted.

JORGE. ¡No, Teresa, no; calla... calla!

TER. ¡No, Jorge, no debo callar; mi silencio te acriminaría; déjame á lo menos que compartamos juntos la acusación que pesa sobre tí!

JORGE. (¡Oh... Dios mío!)

RENARD. Hable usted.

TER. Hablaré, sí señor; comprendo que ese es mi deber, y yo jamás me he apartado de él. (Breve pausa. Con sencilla y sentida expresión. Silencio y espectación general.) ¡Día venturoso amaneció hoy para nosotros! ¡Pero... ay, señor, qué pronto trocóse en día de luto, de llanto y de amargura! ¡Acabábamos de llegar de la iglesia de unir para siempre ante Dios nuestras almas, y la fiesta había comenzado en la masía! Todo cuanto nos rodeaba parecía sonreír á nuestro lado; los convidados

entraron en la casa, y los jóvenes se dirigieron al huerto á hacer unos ramos de flores para festejarnos. Él y yo... (Mirando con ternura á Jorge.) nos quedamos un momento junto á la empalizada, y sólo mediaron entre los dos breves palabras... que fácilmente pueden adivinarse: en aquellos momentos ni en nuestro pensamiento cabía más que una sola frase, ni en nuestro corazón más que un latido. Nos separamos muy pronto: él fué á reunirse al huerto con sus compañeros, y yo... yo quedé sola allí. ¡Tan grande era el bien que sentía en mi pobre casa, que no creí que el mal pudiera estar tan cerca de ella! Un hombre apareció de repente por detrás de la empalizada, acercóse á mí, y con voz fatigosa me dijo: «¡Me persiguen!... ¡ocultamel!»

JORGE.

¡Oh, no! ¡No es eso!

TER.

¡Sí, Jorge, sí; ¡eso es! (Pausa. Volviéndose al Tribunal.) Era don Alberto, á quien yo debía muchas atenciones: su familia había socorrido á mi pobre madre, y cuando yo quedé huérfana seguí mereciendo también sus cuidados. ¡Nunca consideré la gratitud como un delito! Y si agradecida estaba, ¿debía rechazarle? ¿debía entregarle á sus perseguidores? (Á Mr. Renard.) ¡Usted no lo hubiera hecho, señor! (A los del Tribunal.) ¡Ni ustedes tampoco! (Volviéndose al público.) ¡Ni nadie de vosotros! (Sensación en todos. Dirigiéndose al Tribunal.) ¡Después subió al cobertizo; ocultóse en él un momento, y huyó por fin! ¡Este es el hecho, señor! Soy una pobre campesina, y no sé si el hacer un bien puede la ley considerarlo como un crimen. ¡Si soy delincuente, júzguenme ustedes á mí, pero no á mi Jorge! ¡Si soy culpable, condénenme! ¡Á eso he venido aquí! (Movimiento de compasión hacia ella en el público.)

JAIME.

(Al señor Pedro.) ¡Ha salvado á Jorge!

PEDRO.

(¡Perdiéndose ella!)

JORGE.

¡Señor Presidente, mi silencio sería criminal en estos momentos! ¡Deseo aclarar ciertos hechos que mi conciencia rechaza!

RENARD.

¡Hable usted! (Silencio general.)

JORGE.

¡La misma gravedad de esa declaración, revela que debe rechazarse por completo!

TER.

¿Qué dices?

JORGE. ¡Calla!... ¡Soy yo ahora el que debo hablar! (Volviéndose al Tribunal.) ¡Señores jueces!... ¡No sólo criminal, sino hasta cobarde y miserable sería, si por salvar mi responsabilidad dejara que cayese toda ella sobre la inocencia de un sér tau querido para mí!

TER. ¡Jorge!...

JORGE. (Con decisión.) ¡Debo hablar... y hablaré! (Al Tribunal.) ¡El profundo afecto, la pura pasión que nos une, ha movido primero su corazón y después sus labios para venir á salvarme, sacrificándose por mí! ¡Esta mujer, tierna amante y cariñosa, viene á arrancarme de ese horrible banquillo, para sentarse ella en éll! Con su amor por guía, llega hasta aquí á decirnos: «Mi vida por la suya!»—¡No, señores! ¡Ni vosotros, ni yo, ni nadie, podemos aceptar tan cruel sacrificio! (Con creciente exaltación.) ¡Oh!... ¿Y aún ha habido quien aquí mismo ha llevado su atrevimiento hasta el extremo de dudar de ella?

TER. ¿De mí? ¿por qué?...

JORGE. (A los que forman el público) ¡Todos vosotros la conocéis! ¡Miradla bien! ¡Recordad una á una todas sus acciones, sus sentimientos, su grandeza de alma! ¿Puede nadie atentar á su limpia fama?

TODOS. ¡No! ¡no!

JORGE. ¡Ya lo oyes, Teresa! ¡La baba venenosa del reptil asqueroso que acaba de salir de aquí, no podrá nunca salpicar tu rostro ni humillar tu frente! (Volviéndose hacia el Tribunal.) ¡Y aún habrá quien se atreva á condenar á una mujer así!

TODOS. ¡No! ¡no!

RENARD. (Levantándose.) ¡Silencio!... (Breve pausa. Á Jorge.) Vuelva usted en sí, y aténgase únicamente á la causa que se está celebrando.

JORGE. (Dominándose, y recobrando su serenidad.) ¡Es verdad: perdónenme todos este impulso natural de mi arrebato, y escúchenme bien; yo se lo ruego! (Breve pausa. Silencio general. Jorge sigue su declaración muy despacio, pensando mucho todo lo que dice.) Cuando volvimos de la iglesia de desposarnos, mi pobre Teresa... no se separó ya ni un momento, como es muy natural, de sus amigas y de sus compañeras. (Volviéndose hacia ellas.) ¿No es verdad?

- ELLAS. ¡Sí! ¡sí!
- JORGE. ¡Quedarse sola en esos momentos... cosa era que hubiera extrañado á todos; yo... yo mismo, apenas tuve tiempo para decirla... lo que ella misma ha manifestado; una palabra... una sola palabra de cariño! ¡Todas... todas sus amigas la rodeaban constantemente, la festejaban; no podía ser otra cosa! ¡Era yo tan feliz en estos momentos! (Mirándola.)
- RENARD. ¡Repito á usted!...
- JORGE. Voy... voy á la cuestión, señor Presidente.—¡Cuanto acaba de decir aquí, como todos comprendemos ya, ha sido sólo... un impulso irresistible de su cariño, al saber la acusación que pesa sobre mí!
- TER. ¡No!
- JORGE. ¡Sí, yo te conozco bien, y sé de lo que eres capaz! ¡Todo... todo por salvarme! ¡Todo, hasta intentar, con loco arrebató, ocupar aquí mi puesto! ¡Pero no; esto sería una locura, un sacrificio horrible, que todos, y yo... yo el primero, rechazamos!
- TER. ¡No; no es un sacrificio!
- JORGE. ¡Sí! (Con creciente exaltación que impide hablar á Teresa.) ¡Y abnegación tan grande bien merece que yo... para alejar toda duda, para evitar nuevos males, lo confiese todo... todo!... ¡Y lo confesaré! ¡lo confesaré! (Con ánimo resuelto.)
- TER. ¡Jorge! ¡calla! ¡calla!
- JORGE. (Con firme resolución.) ¡No! ¡Yo... yo sólo soy el único responsable de haber ocultado al proscrito en la masía!
- TER. ¡Eso no es verdad!
- JORGE. ¡Yo... yo mismo vine con él anoche desde Martorell! (Sensación en el público.)
- TER. ¡Ah! ¡calla!
- JORGE. ¡Yo... y sólo yo!... al verle perseguido, le dije: «¡Ocultese ahí!... ¡en ese cobertizo!»
- TER. ¡No!
- JORGE. ¡«Disfrácese como pueda, y huya á la montaña! ¡Yo iré á buscarle allí!»
- TER. ¡Oh! ¡No es eso! ¡No es eso! ¡Jorge!... ¿Qué estás diciendo? (Movimiento de temor y admiración en el público.)
- JORGE. ¡Eso es todo, señores Jueces! ¡Esa es la verdad del hecho!

TER. ¡No, Jorge, no!

JÁIME. (¡Se ha perdido por ella!)

PEDRO. (¡Pobre Jorge!)

TER. ¡Eso no puede ser! ¡Jorge!... ¡Jorge mío!... ¡Te pierdes... te pierdes por salvarme! (Excitación en el público.)

RENARD. (Levantándose.) ¡Basta! ¡La vista de la causa ha terminado! ¡El Tribunal va á deliberar! (Indica al Sargento Mortier que se lleve al acusado y el Tribunal se retira por la segunda puerta de la izquierda. Momentos de expresivo silencio. El Sargento con dos Soldados, se acercan á Jorge, señalándole la primera puerta de la izquierda. Jorge se dirige lentamente á ella. Teresa, dominada por la situación, ha quedado un momento aterrada, sostenida por Andrea, y el señor Pedro, que con Rosa, Angela, Catalina, Jáime y Tropezones, han formado con ella un grupo al retirarse el Tribunal.)

JORGE. (Desde la puerta.) ¡Adiós, Teresa!... ¡adiós!

TER. (Ahogando un grito y avanzando hacia Jorge para arrojarle en sus brazos.) ¡Jorge!... (El señor Pedro la contiene. Los Soldados se interponen delante de Jorge y éste desaparece por la puerta seguido del Sargento Mortier y de los dos Soldados.) ¡Oh! ¡Le separan de mí... le alejan de mi lado... tal vez para siempre!

PEDRO. ¡Animo, hija mía!

TER. (Vacilando.) ¡Todo... todo ha concluído! (Esforzándose por recobrar su energia.) (¡No; todo no!) (Bajo á los que le rodean.) (¡Señor Pedro... es preciso salvarle!)

PEDRO. (¡Sí... pero calla! ¡Vete ahora de aquí!)

TER. (Animándose.) (¡Ya lo sé! ¡Mi puesto es allí... (Señalando hacia la puerta de la derecha.) en la montaña! ¿Vosotros me seguiréis?)

TROP.

JAIME.

{ ¡Sí... todos! }

PEDRO. (¡Vete; yo iré á buscarte á la masía!)

TER. (Despidiéndose.) (¡Jorge, adiós... pero no para siempre! ¡Yo... yo misma vendré á buscarte! ¡Vamos! (Vase con Andrea, Rosa, Catalina, Angela, Tropezones y algún otro Aldeano por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA III

PEDRO, JAIME y PÚBLICO; OFICIAL DEFENSOR y FISCAL, que forman detrás otro grupo en el fondo. SOLDADOS, en las puertas; luégo RÉNARD y los cuatro OFICIALES del Tribunal por la segunda puerta de la izquierda; después EL SARGENTO MORTIER, seguido de JORGE y dos SOLDADOS, por la primera puerta del mismo lado.

Renard y los cuatro Oficiales que forman el Tribunal, como igualmente el Fiscal y el Oficial defensor, vuelven á ocupar sus puestos: el Sargento Mortier, Jorge y dos Soldados salen momentos después. Jorge se sienta en el banquillo y el Sargento y los Soldados quedan detrás de él. Al aparecer Jorge se nota gran excitación en el público: luégo todo queda en silencio.

RENARD. (Levantándose.) ¡Va á procederse á la lectura de la sentencia! (Todos se ponen de pié: agitación en el público: Renard entrega un pliego al Oficial que ha hecho de Secretario.)

OFIC. (Leyendo.) «Convicto y confeso el acusado Jorge Soler de haber ocultado en la masía de *La Esperanza* al proscrito Alberto Borrel, el Tribunal, ateniéndose al bando firmado en Barcelona, el veintiséis de Mayo anterior por el capitán general Mr. Duhesme, reconoce la culpabilidad del referido Jorge Soler, y le sentencia á ser pasado por las armas.»

TODOS. (¡Oh! ¡Fusilado!... ¡fusilado!) (Jorge permanece de pié con digna serenidad. A una indicación de Renard que le ofrece una pluma, se acerca lentamente á firmar la sentencia. Sensación profunda: se acentúan un poco los murmulos en el público.)

PEDRO. (A Jaime, con rapidéz.) ¡Sube á la cueva de *Salmitra* y avisa á don Alberto y al *Mansueto*: después... á la montaña!

JAIME. (¡A la montaña!) (Vase Jaime por la primera puerta de la derecha.)

PEDRO. (A otros dos Aldeanos que están cerca de él.) ¡Animo, muchachos; á la montaña!) (Los dos Aldeanos se confunden con los demás del público, extendiendo muy bajo la voz de «¡á la montaña!» que algunos repiten, pero sin que el Tribunal ni los Soldados se aperciban de ello. La excitación aumenta, pero muy reconcentrada.)

- JORGE.** (Después de firmar y con digna y sentida expresión.) (¡Te-
resa!... ¡adiós!... ¡adiós para siempre!) (Queda fijo
en medio de la escena. El Tribunal, de pié, le contempla con
respeto: el Sargento Mortier con profunda compasión.)
- PEDRO.** (A otros Aldeanos, después de dirigir una expresiva mirada á
Jorge, y saliendo con ellos por la primera puerta de la derecha.)
(¡A la montaña!)
- ALD.** (¡A la montaña!) (Vanse.)—CUADRO.

FIN DEL ACTO QUINTO



ACTO SEXTO

CUADRO PRIMERO

EL BEO EN CAPILLA

La misma decoración del acto cuarto. Es de noche. Un farolillo encendido encima de la mesa.

ESCENA PRIMERA

JORGE, con grilletos, aparece sentado en el banco, con la cabeza echada sobre sus brazos, que apoya en la mesa; EL SARGENTO MORTIER, abre y sale por la puerta del foro, contempla un momento á Jorge, con sentida emoción, y después se acerca lentamente á él; CENTINELA, paseando por fuera de la puerta.

JORGE. (Levantando la cabeza al oír sus pasos.) ¿Es la hora ya?

SARG. (Con seca expresión, procurando dominar su sentimiento.) No.
(Pausa.)

JORGE. ¿Ya será cerca del amanecer?

SARG. Sí; ya el día empieza á clarear.

- JORGE. ¿Es decir... que no me resta más que una hora de vida? ¡Poco es!
- SARG. (¡Pobre joven!) (Pausa.)
- JORGE. Y en esta última hora... ¿no me concederán siquiera despedirme de mi pobre Teresa?
- SARG. ¡Imposible!
- JORGE. ¡Oh, qué crueldad más horrible!
- SARG. ¡Si en mi mano estuviera!
- JORGE. ¡Ya lo sé! ¡Ni un instante he podido olvidar en esta triste noche lo que ayer tarde hizo usted por mí!
- SARG. ¡Poca cosa fué... para lo que yo hubiera deseado! Mi consigna no me permitió más. Y á fe que si el coronel Renard, á cuyo lado serví hace muchos años, cuando era capitán de mi compañía, no me distinguiera como me distingue, mal lo hubiera pasado yo también.
- JORGE. ¡Por causa mía tal vez!
- SARG. No; por la de ese miserable espía, á quien cada vez siento más no haber aplastado con la culata del fusil; pero sus quejas, mal que le pese, no pasaron de palabras al aire.
- JORGE. ¡La venganza de ese malvado ha sido la perdición de todos!
- SARG. ¡Pues líbrele Dios de un encuentro á solas con el Sargento Mortier, que puede que no quede para contarlo!—Pero ya me olvidaba...
- JORGE. ¿Qué?
- SARG. El coronel Renard, con su regimiento, en vista de que ya estaban aquí las avanzadas de las tropas del general Schwartz, siguió anoche, á las diez, su camino á Cervera, y dejó aquí sólo un piquete...
- JORGE. ¿Para llevar á cabo mi ejecución? Demasiado tardan ya: ¡una hora más de suplicio!
- SARG. Según he oído al oficial de guardia, no se realizará hasta que llegue nuestra división, que pasará por aquí hoy por la mañana.
- JORGE. ¡Sí, eso es; así el espectáculo será mayor! ¡Que toda la división del general Schwartz presencie la muerte de un pobre diablo como yo! (Con entereza.) ¡Está bien; así verán cómo mueren los montañeses del Bruch!
- SARG. ¡Si todos son como tú!...
- JORGE. ¡Como yo son, Sargento Mortier! ¡Y Dios le libre, por

el bien que me ha hecho, de encontrarse con ellos en una emboscada!

SARG. No olvidaré tu aviso si llegara la ocasión; pero no es á tratar de eso á lo que yo he venido aquí, sino á decirte que se ha presentado al oficial de guardia un fraile implorando para tí los auxilios de la religión, y como esto no se opone á las órdenes superiores, el oficial me manda á decirte que si tú quieres recibir sus consuelos espirituales, pasará aquí ahora mismo.

JORGE. Cristiano he nacido, y como buen cristiano deseo morir.

SARG. En ese caso, yo mismo le acompañaré.

JORGE. ¡Gracias, Sargento Mortier!

SARG. Vuelvo en seguida. (Vase por el foro, llevándose el farolillo. Amanece.)

ESCENA II

JORGE; después EL SARGENTO MORTIER y FRAY CLEMENTE, con la capucha echada, por la puerta del foro.

JORGE. (Dejándose caer abatido en el banco.) ¿Qué horas son estas que no se acaban nunca? (Pausa. Queda pensativo.) ¡Oh! ¡ni un momento... ni un solo momento se aparta de mí la imagen querida de mi pobre Teresa! ¡Qué porvenir la dejo de recuerdos y lágrimas! ¡Triste herencia la de un condenado á muerte! (Aparecen en la puerta Fray Clemente y el Sargento: éste le señala á Jorge, y Fray Clemente avanza muy despacio con humilde recogimiento; el Sargento se retira, cerrando la puerta.)

JORGE. (Saludándole respetuosamente é inclinando la cabeza.) ¡Padre... que á Dios eleve mi alma mi postrera oración!

F. CLEM. (Acercándose á él, y en tono muy bajo.) ¡Jorge!...

JORGE. ¡Fray Clemente!... (Con viva sorpresa.)

F. CLEM. ¡Chist, silencio!...

JORGE. ¿Qué significa esto? (Bajando la voz.)

F. CLEM. Pues esto significa que de hermano lego me he transformado de repente en padre para poder entrar aquí.

JORGE. Pero...

F. CLEM. ¡Chist!... ¡más bajo, Jorge, que si descubren á lo que vengo... nos fusilan á los dos!

JORGE. ¡No comprendo!...

- F. CLEM. ¡Escucha... y calla! — Anoche, á las diez, se ha marchado el regimiento que estaba acampado aquí, y sólo ha dejado un piquete al mando de un oficial.
- JORGE. Lo sé.
- F. CLEM. ¡Chist.. calla! Aunque este piquete se ha unido á las avanzadas de la división, que llegará de un momento á otro, la fuerza que ha quedado aquí esta noche no es muy numerosa, y los montañeses han querido apoderarse de este torreón para salvarte; pero don Alberto y *el Mansueto* los han contenido para dar el golpe más seguro, sorprendiendo á toda la división.
- JORGE. Han hecho bien: la patria no reclama sólo la vida de un hombre, sino la libertad y la independencia de todos.
- F. CLEM. Varios somatenes que se alzaron anoche en las ciudades y pueblos más cercanos van llegando á los pinares de *Casa-Pascual*, donde fácilmente se van ocultando (1). Don Antonio Franch, y los hermanos Juan y Jáime Llimona vienen de Igualada, guiados por su victorioso estandarte del Santo Cristo; Francisco Riera y Mauricio Carrió, han llegado al frente del somatén de Manresa; Mosen Ramón Más, con los de Sallent, y José Viñas, con los famosos tiradores de Sampedor, guiados por el tambor Llausá, que viene al frente de ellos; los de Collbató y los de todos los demás pueblos inmediatos sólo esperan la señal del alzamiento, que será la campana del somatén del Bruch para lanzarse sobre el enemigo.
- JORGE. (Con reprimida desesperación.) ¡Y yo... yo encerrado entre estas paredes!...
- F. CLEM. ¡Chist!... Refrena tu arrebató, ó no podré enterarte de lo que don Alberto acaba de decirme para tí.
- JORGE. Ya escucho.
- F. CLEM. Como la lucha que va á empeñarse es tan desigual y no es posible prever el resultado, *el Mansueto* me ha dado esta lima inglesa para que en dos minutos puedas verte libre de ese grillete y estés preparado, en caso necesario, para huir de aquí. (Se la da.)
- JORGE. ¿Huir?...

(1) Histórico.

F. CLEM. Sí: don Alberto, con sus más decididos montañeses, están á la entrada del pinar del bosque, muy cerca de este torreón; si la victoria es nuestra, tu vida está salvada; pero si la suerte nos fuere contraria antes que las tropas del general Schwartz puedan llegar aquí, se lanzará con sus partidarios sobre la escasa fuerza que guarda tu prisión, y te pondrán en libertad.

JORGE. (Con entusiasmo.) ¡Y de ese modo moriré al lado de mis hermanos, combatiendo hasta el último momento por mi patria!

F. CLEM. ¡Chist!... ¡calla... por la Virgen de Montserrat! que si se aperciben de algo, nos abrasan aquí vivos, sin más explicaciones.

JORGE. ¡No tema usted que la serenidad me abandone!— Ahora sólo deseo saber...

F. CLEM. Pregunta lo que quieras, pero bajito.

JORGE. ¿Y Teresa?

F. CLEM. En las rocas que dominan el abismo que rodea á este torreón, la he dejado hace un momento con doña Elvira.

JORGE. (Señalando hacia lo alto de la reja.) ¿Allí arriba?

F. CLEM. ¡Sí!

JORGE. ¡Oh!... ¡Si pudiera verla desde esa reja! (Acercándose á ella.)

F. CLEM. ¡Imposible! Los arbustos y las rocas salientes del abismo impiden ver la cima de la montaña.

JORGE. Es verdad.

F. CLEM. (Bajo á Jorge, viendo aparecer al Sargento en la puerta.) (¡Chist!... ¡prudencia! ¡ya están aquí!)

ESCENA III

DICHOS; EL SARGENTO MORTIER y EL CENTINELA,
por la puerta del foro.

F. CLEM. (En voz alta y con religiosa entonación.) «La esperanza, hijo mío, sólo debemos fijarla en Dios! ¡Él acoge siempre en su seno á sus amados hijos al dejar este valle de lágrimas por la vida eternal—*Benedicite*...» (Concluye en voz baja la oración de bendecirle: después se dirige lenta-

mente hacia la puerta, y el Sargento, al pasar junto á él, le saluda militarmente. Fray Clemente le bendice también y desaparece por la puerta del foro, seguido del Sargento y del Centinela, que cierra la puerta.)

ESCENA IV

JORGE

(Dirigiéndose á la reja al verse solo.) ¡Oh, Teresa! ¡Allí... allí está en la montaña, fijo su pensamiento en mí, como mis ojos están fijos en ella! ¡Y más allá... mis compañeros, mis hermanos disponiéndose á la lucha! ¡Y en tanto yo aquí sujeto á mi grillete, sin poder acudir á su lado! (Se oye dentro á lo lejos el ronco sonido de varias campanas.)—¡Ah! ¡sí... sí... ¡no me engaño! (Escuchando desde la reja.) ¡Las campanas del Bruch tocan á somatén! ¡es la señal convenida! (Doblando en tierra una rodilla y con acento de entusiasmo religioso.) ¡Virgen de Montserrat!... ¡no abandones á tus valientes montañeses! ¡á tí llegue mi súplica y guíame á su lado para vencer ó morir al pié de tu santo Monasterio. (Empieza dentro, á mucha distancia, el fuego de fusilería, que va aumentando gradualmente, confundido con algún cañonazo, hasta el Cuadro siguiente.) ¡Ah!... ¡la lucha está ya empeñada! (Levantándose.) ¡Y yo aquí!... ¡aquí encerrado entre estos viejos mura!lones!... (Agarrándose á la reja.) ¡Oh!... ¡maldita reja que así nos separa! (Forcejeando con ella.) ¡Eh!... ¿qué es esto? ¡este hierro se mueve! ¡Sí!... ¡la piedra está rota por abajo! ¡Si yo pudiera conseguir!... ¡probemos! (Hace violentos esfuerzos y el barrote empieza á ceder.) ¡Oh!... ¡ya es mío! (Saca por fin el barrote dejando un hueco por donde poder pasar.) ¡Y ahora... el grillete!—¿La lima?... aquí está! (Dobla la rodilla en tierra y empieza á limar el remache del pasador del grillete; de pronto se detiene creyendo oír ruido en la puerta.) ¡Oh!... ¡alguien llega! (Escucha un momento.) ¡No!... ¡nadie!... ¡todo permanece en silencio! ¡Adelante, Jorge! ¡tu vida tal vez depende de este momento supremo! (Limando el grillete.) ¡Un esfuerzo más... y todo ha terminado!—¡Ya cede! ¡Ya cede!—¡Oh!... ¡por fin me veo

libre de él! (Quitándose el grillete y avalanzándose á la reja.)
—¡El abismo me espera!... ¡mi muerte es casi segura!
¡no importa! (Con decisión.) En la desesperada situación
en que me encuentro, todo es preferible á verme
aquí aprisionado! ¡Valor!... ¡Teresa mía, espérame
allí! (Desaparece por la reja.)

Voz. (Dentro.) ¡Centinela... alerta!

OTRA VOZ. (Más lejana.) ¡Alerta! (Siguen oyéndose dentro, á lo lejos,
diferentes toques de cornetas y tambores, el fuego graneado,
descargas de fusilería, campanas, etc., etc.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

¡VIVA ESPAÑA!

Desaparece la decoración de cárcel, y aparece una pintoresca campiña al pié de las montañas de Montserrat. Terreno muy accidentado desde el tercer término. En cuarto término de la izquierda, una senda alta practicable, que baja á la escena. Delante de ella el abismo, en cuyo fondo se supone que está el torreón del castillo, de donde Jorge ha huído: varios arbustos y rocas salientes se elevan hasta dicha senda. El telón del fondo representa: á la derecha, las montañas de Montserrat; y á la izquierda, se divisa el horizonté sobre la cima de los pinares de *Casa-Pascual*, donde tiene lugar la acción. En el fondo de la derecha, se ven en lontananza, al pié de la montaña, algunas casitas del Bruch. Carros y varios efectos de labranza, abandonados en la escena, á uno y otro lado, completan el cuadro de desolación de un campo de batalla.

ESCENA PRIMERA

DANIEL, aparece por lo alto de la senda de la izquierda, huyendo del combate, que figura dentro por este lado; después JORGE, esforzándose por salir del abismo, y trepando por la yedra y el arbusto que cubre los últimos picos de la roca que domina ya la senda practicable.

DAN. ¡Qué temerario arrojo! ¡Un puñado de hombres luchando con toda una división! ¡Y, sin embargo, la primera sorpresa ha desorganizado las tropas, y sólo

reina una espantosa confusión! ¡Huyamos por este lado!... (Deteniéndose y escuchando hacia el abismo.) ¡Eh! ¿Qué ruido es ese? (Asomándose á él.) ¿Qué veo? ¡Jorge trepa por entre esas rocas! ¡Ha huído sin duda de su prisión! ¡Se esfuerza por llegar hasta aquí! ¡Oh... no!... ¡no subirás! ¡Al fin veré realizada mi venganza en alguno de vosotros! ¡Tú te ofreciste á ser la víctima, sacrificándote por Alberto, y lo serás!... ¡lo serás! ¡Veamos primero si alguien nos observa! (Mira á uno y otro lado de la escena, y en estos momentos aparece Jorge trepando por el arbusto; al dominar ya la primera roca de la montaña, que está sobre la senda, se arroja Daniel sobre él, y Jorge se defiende, luchando juntos al borde del abismo; por fin resbalan los dos hacia el arbusto: Jorge se agarra á sus ramas, y Daniel desaparece, cayendo al fondo del precipicio.)

JORGE. ¡Oh, él mismo ha encontrado la muerte que á mí me preparaba! ¡Justo castigo á sus infamias! (Notando que se rompe la rama en que está agarrado.) ¿Qué es esto? ¡Esta rama se desgaja! ¡No puedo ya apoyarme en ella para subir á la roca! ¡Yo también voy á caer al abismo! (Gritando con desesperado acento.) ¡Oh, Teresa... Teresa mía!... ¡Adiós para siempre!

ESCENA II

JORGE; después TERESA y ELVIRA, por la derecha.

TER. (Dentro.) ¡Jorge!

JORGE. ¡Aquí... socorrol

TER. (Saliendo.) ¡Es su voz! ¡No me cabe duda! (Gritando.) ¡Jorge... Jorge!... ¿Dónde estás?

JORGE. (Asiéndose á las ramas del arbusto.) ¡Aquí, Teresa, aquí, hacia el abismo!

TER. (Seguida de Elvira, sube corriendo á la senda de la izquierda.) ¡Ah!... ¡es él! ¡Jorge! (Dobra en tierra la rodilla, y sujeta detrás por Elvira, se inclina hacia el abismo, y tiende sus manos á Jorge: éste se apoya en ellas, y después de un grande esfuerzo, domina la roca y salta á ella. Teresa se levanta y se arroja en sus brazos.) ¡Jorge!

JORGE. ¡Teresa mía!... ¡Elvira! ¡gracias, gracias! ¡Os debo la vida!

ELV. ¡Jorge! (Se abrazan los tres.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS; ROSA, ÁNGELA y ALDEANAS, que entran precipitadamente por el segundo término de la izquierda; luego FRAY CLEMENTE, con un fusil; después ALBERTO, PEDRO y JAÍME, con varios ALDEANOS, todos armados; últimamente EL MANSUETO, el TAMBOR de Sanpedor y VOLUNTARIOS CATALANES, con banderas, armas, etc., etc., por lo alto de la senda de la izquierda.

ROSA. (Saliendo.) ¡Los soldados bajan en confuso tropel hacia el valle!

ANG. ¡Huyamos por este lado! (Se repliegan todas hacia la derecha formando un grupo.)

JORGE. ¡Teresa, adiós! ¡Mi deber me llama! ¡Mis hermanos me esperan en la montaña!

TER. ¡Yo te seguiré! ¡Vamos!

F. CLEM. (Saliendo con los hábitos recogidos y un fusil al hombro.) ¡Victoria, victoria!

JORGE. }
TER. } (Bajando á la escena con Elvira.) ¡Fray Clemente!

F. CLEM. ¡Los franceses huyen á la desbandada por el camino de Esparraguera! (Descansando el fusil en el suelo.) ¡Prrr! ¡Francesitos á mí!

ROSA. }
ANG. } ¡Ya vienen, ya vienen!... (Aparecen por la izquierda Alberto, el señor Pedro y otros varios Aldeanos con diferentes
ALD. } armas. Cesa dentro el fuego.)

ELV. ¡Alberto!... (Abrazándose á él.)

ALB. ¡Elvira!... ¡Jorge!... ¡Mi pobre Teresa!

TER. ¡Alberto!... (En voz baja.) ¡Hermano mío! (Se abrazan.)

PEDRO. ¡Nuestro triunfo está asegurado! ¡La derrota ha sido completa!

TODOS. ¡Ya están ahí!... ¡Ya están ahí!

ALB. Paso á LOS HÉROES DEL BRUCH! (Aparecen los sematenos desfilando por la senda alta de la izquierda, llevando cada uno su bandera, etc. Marcha triunfal ó paso doble en la orquesta. El desfile se hará en la forma siguiente: primero los de Igualada con su gloriosa é histórica bandera del Santo Cristo.)

JAÍME. ¡Viva el Santo Cristo de Igualada!

TODOS. ¡Viva! (Luégo los de Manresa y los de Sampedor, con el célebre tambor Llausá delante de ellos: después el Mansueto con la bandera francesa tomada al enemigo, y detrás los demás somatones del Bruch, Collbató, etc., etc.)

JAIME. ¡Viva el Mansueto!

TODOS. ¡Viva!

MANS. ¡Compañeros: he aquí la insignia de nuestra gloria! ¡El águila imperial de los *invencibles* en manos de los montañeses del Bruch! ¡Hurra!

TODOS. ¡Hurra!

MANS. ¡Viva España!

TODOS. ¡Viva!... (Todos forman un animado conjunto al pié de la montaña, ondeando sus banderas al aire. En el fondo, y sobre las rocas que sean practicables, Mujeres, Ancianos y Niños completan este cuadro, que el autor confía á la dirección escénica.)

APOTEOSIS FINAL (1)

Aparece en el telón del fondo, en la parte superior de las montañas de Montserrat, la imagen de la Virgen. (Telón transparente, iluminado por detrás por un gran foco de luz.)

TER. ¡Montañeses... viva la Virgen de MONTSERRAT!

TODOS. ¡Viva! (Doblan la rodilla en tierra y se descubren, despliegan las banderas. El sol aparece por el fondo de la izquierda en todo su esplendor (pero sin acabar de salir, que es cuando presenta su más grandioso aspecto), iluminando con sus rayos la escena.)—CUADRO FINAL. HIMNO COREADO

(1) Esta apoteosis ha sido dispuesta por la dirección escénica de este teatro, confiada á D. Antonio Tutau y al distinguido pintor escenógrafo D. Francisco Soler y Rovirosa. El autor, que siempre ha venerado el sentimiento religioso de cada pueblo, en el que generalmente está consignada su gloriosa historia, ha aceptado con verdadero entusiasmo este respetuoso homenaje á la Virgen de Montserrat.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

- LA PORTERA DE LA FÁBRICA. Melodrama en siete actos.
- MARÍA MENOTTI, LA LOCA DE LOS ALPES. Melodrama en un prólogo y cinco actos.
- EL SALTO DEL TORRENTE. Melodrama en seis actos.
- EL HEREDERO DEL BELVEDERE. Drama en un prólogo y cinco actos.
- LA PAYESA DEL MONTSENY. Drama de espectáculo en cinco actos, divididos en ocho cuadros.
- LA SAETA. Drama en un prólogo y cuatro actos.
- LOS HÉROES DEL BRUCH. Drama histórico de espectáculo en seis actos, divididos en siete cuadros.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.